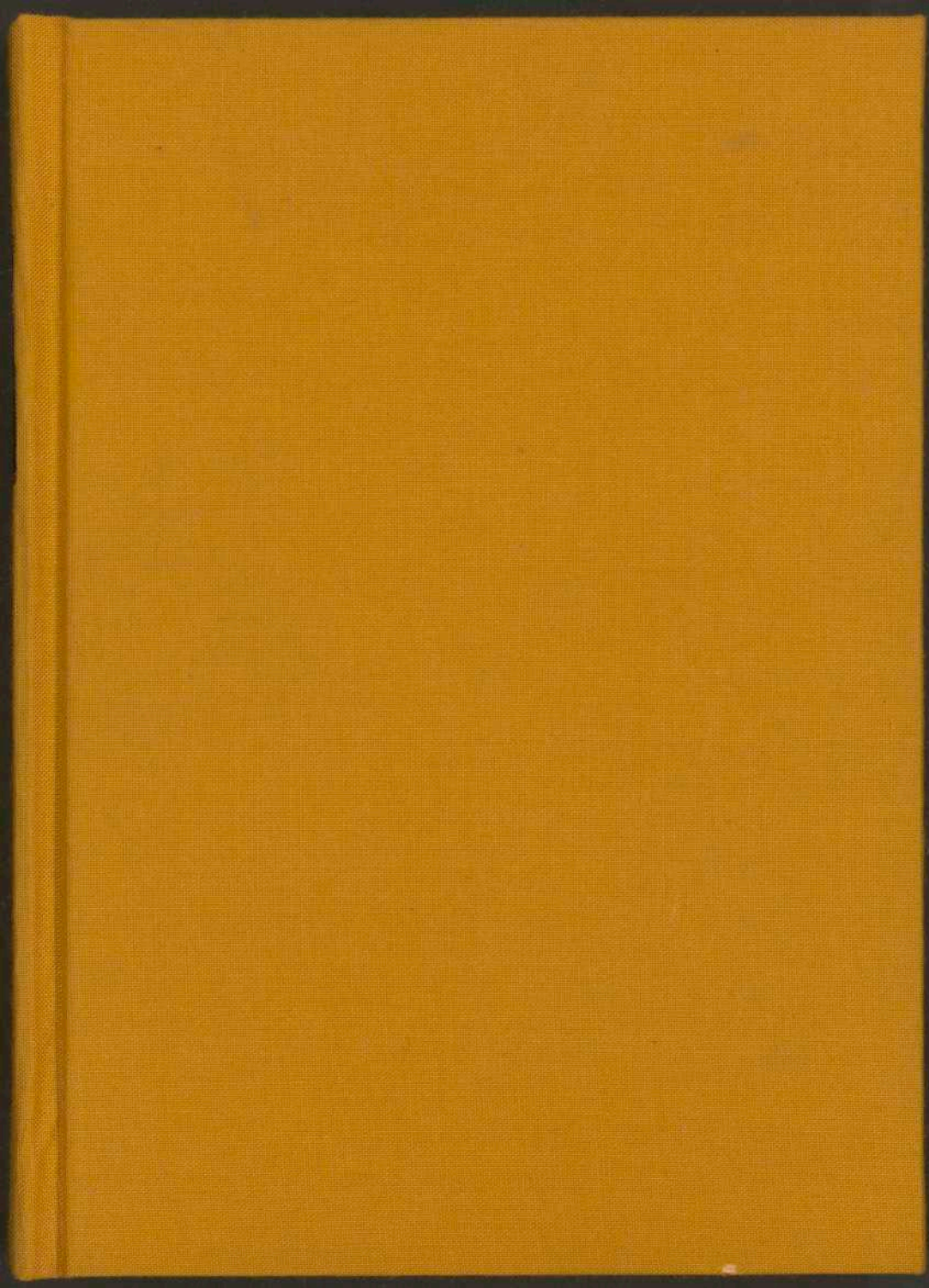
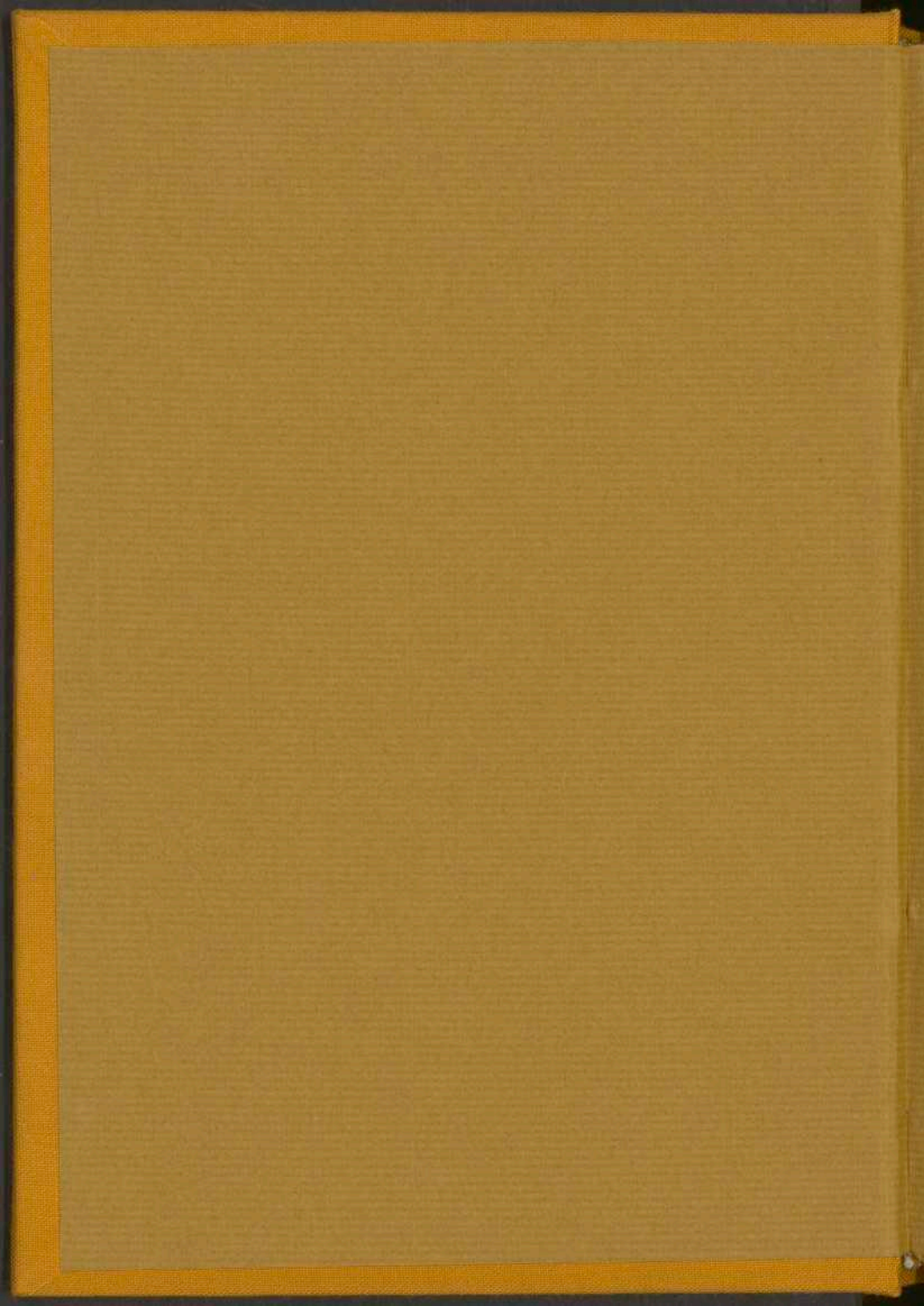
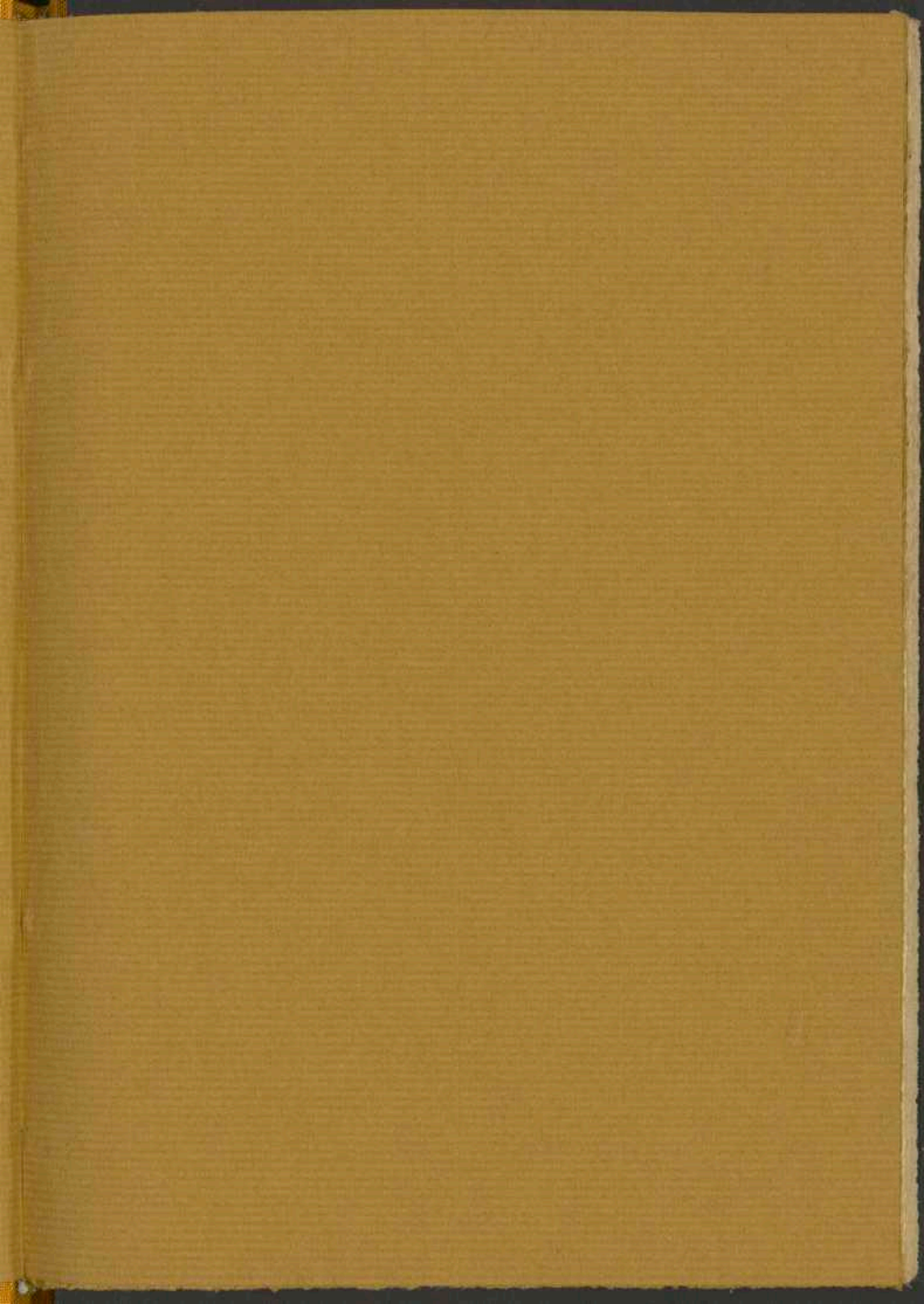
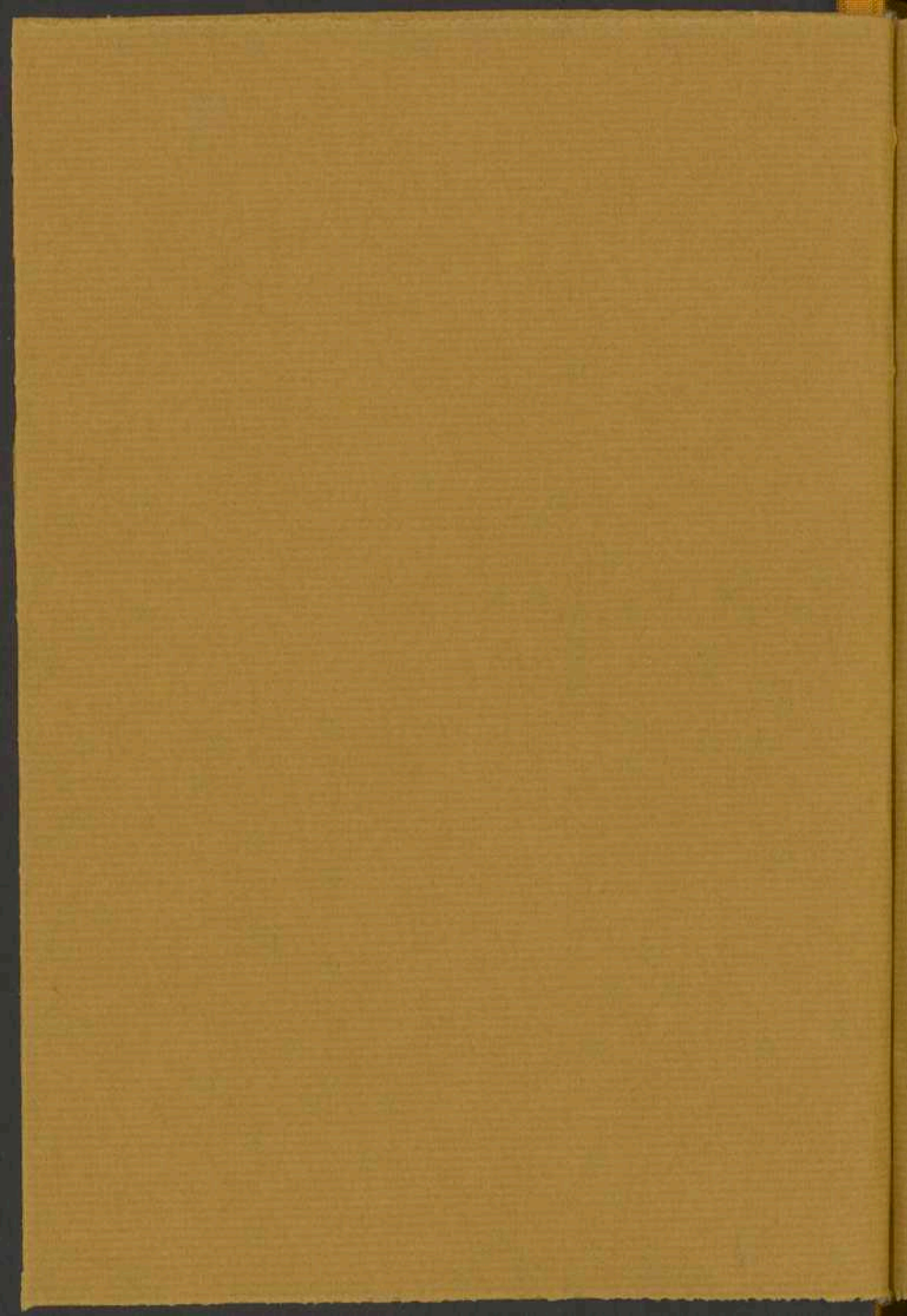
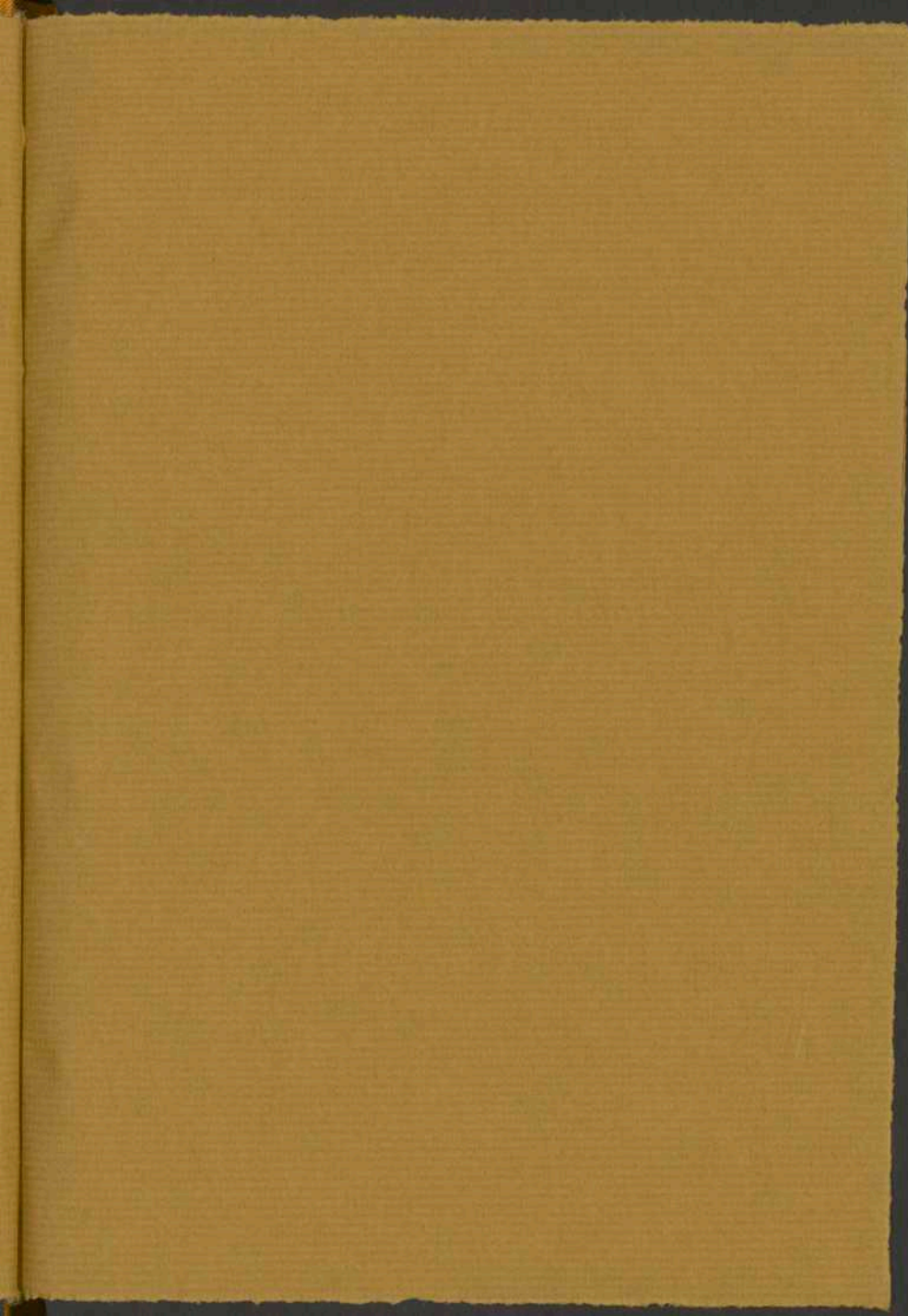


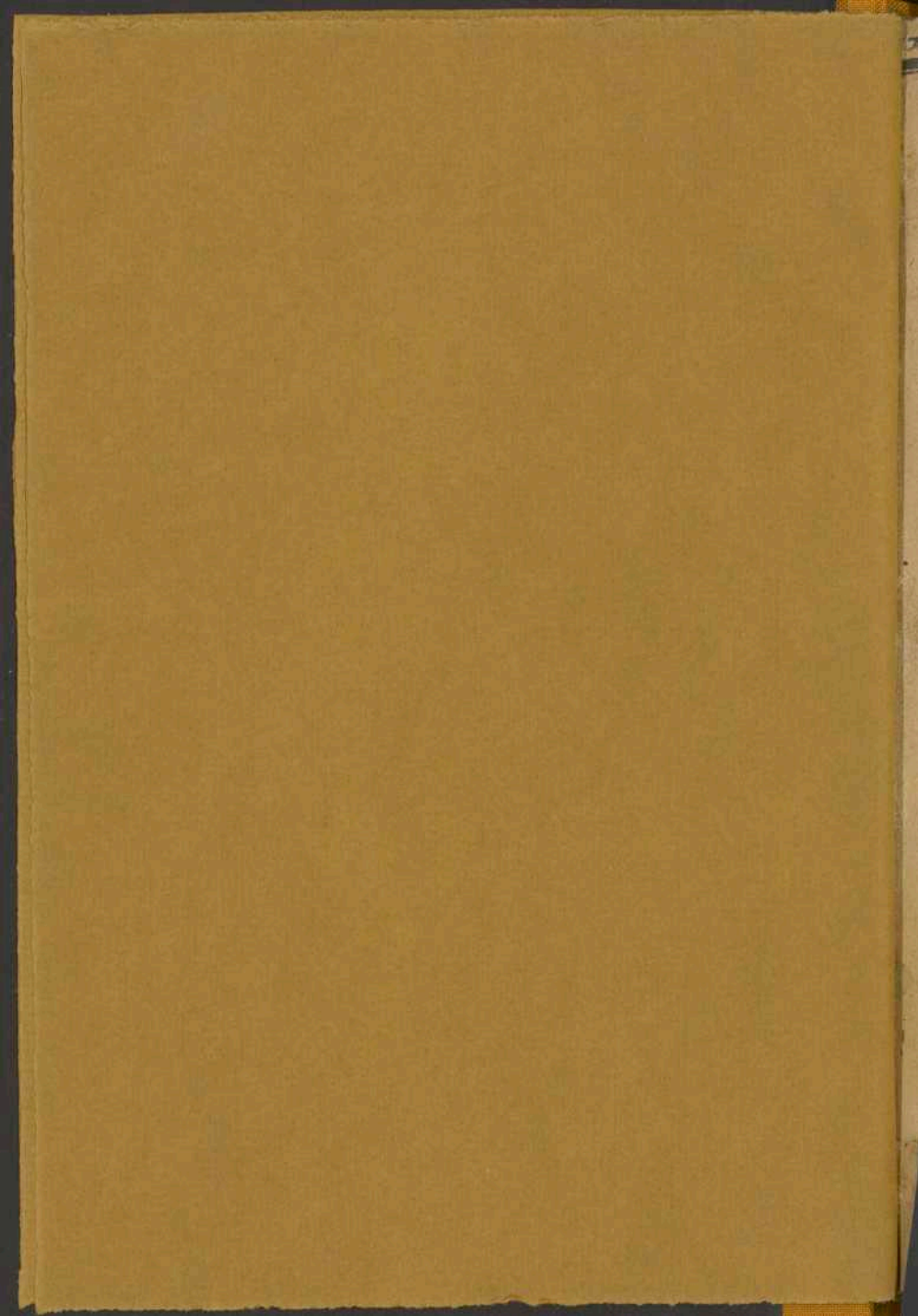












JP/1808

Folletín de LA RIOJA

El secretario íntimo

POR

JORGE SAND



LOGROÑO

Imprenta de LA RIOJA, Sagasta, número 25

Teléfono número 7

1899

Boletín de la ROLA

El secretario intimo

Por

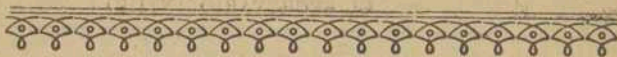
JORGE SAND

LOGOÑO

Imprenta de LA ROLA, Sección, número 25

Teléfono número 7

1899



EL SECRETARIO ÍNTIMO

I

Una de las calurosas mañanas de verano, á eso de las once, viajaba un joven de gallarda presencia por el camino de París á Lyon. Llamábase Luís de Saint Julien; y con razón procedía á su apellido el título de conde, porque era en efecto de una de las principales familias de su provincia. Caminaba á pié y con un pequeño morral al hombro; su traje era más que modesto, y por momentos se le iban hinchando los pies bajo sus polainas cubiertas de polvo.

Este joven, criado en el campo bajo la dirección de un digno eclesiástico, tenía gran rectitud de principios, un talento despejado y la suficiente instrucción para aspirar al empleo de preceptor, de segundo bibliotecario ó de secretario particular. Tenía muchas buenas prendas y algunas virtudes; también flaquezas y aun defectos, pero estaba exento de vicios. Era bueno y novelesco, pero orgulloso y tímido, es decir, puntilloso y desconfiado, como todos los que no tienen experiencia de la vida ni conocen el mundo.

Si no basta esta ligera reseña de su carácter para excitar el interés del lector, acaso le concederá la lectora un poco de benevolencia, cuando sepa que el joven conde Luís de Saint Julien tenía hermosos

ojos, manos blancas, dientes como el marfil y cabellos muy negros.

¿Por qué viajaba á pié? Probablemente porque no tenía medios de ir en coche. ¿De dónde venía? A su tiempo lo diremos. ¿A dónde iba? Ni él mismo lo sabía. Sin embargo, en estas pocas palabras pueden resumirse su pasado y su porvenir: venía del triste país de la realidad y trataba de aventurarse á todo trance en el dulce país de las ilusiones.

En los ocho días que llevaba caminando, había soportado heroicamente el cansancio, el sol, el polvo, las malas posadas, y el invencible espanto que va siempre triste y silencioso al lado del hombre sin dinero.

Una fuerte desolladura en un tobillo le obligó por fin á sentarse en un poyo inmediato á una casa de postas.

Acertó á pasar por delante de él, al cabo de pocos instantes, una elegante y airosa berlina de camino, seguida de una carretela y de un coche, que contenían, al parecer, la servidumbre ó la familia de algún personaje.

Ocurriósele al mancebo la idea de subirse á la trasera de uno de aquellos carruajes, mas, no bien instalado en ella, el postillón, echando al soslayo una ojeada muy ducha en observaciones de aquella especie, descubrió el perfil del delincuente que corría con la sombra del coche y de los caballos sobre la blanca arena del camino; paróse inmediatamente y le intimó con un tono imperioso, que se apease.

Hízolo, en efecto, Saint Julien, y se dirigió á las personas que iban en el coche, persuadido en su crédula sencillez de que sólo un postillón grosero podía oponerse á una pretensión tan natural como la suya; pero las dos personas que ocupaban el carruaje eran lectora (empleo especial en la casa de

algunos grandes, sobre todo en Italia) y un mayordomo, gentes de suyo esencialmente altanera é insolentes y le enviaron noramala.—Gente soez y mal criada—replicó Saint Julien montando en cólera,—ellos si que han nacido para ir á la trasera del coche de una persona decente.

Saint Julien hablaba en alta voz y con energía; los tres carruajes andaban lentamente cuesta arriba y sin hacer ruido sobre una arena menuda y caliente; la voz del joven y la del postillón que le insultaba por agradar á los viajeros del coche, llegó á oídos de la persona que iba en la berlina; asomó la cabeza por la portezuela para ver lo que pasaba, y Saint Julien vió, con una opresión de pecho muy propia de sus pocos años, el más hermoso busto de mujer que concibió jamás su imaginación juvenil; pero no tuvo tiempo para admirarla despacio, pues apenas puso en él los ojos la señora, bajó el los suyos al suelo con timidez. Entonces aquella mujer tan hermosa, dirigiéndose al postillón y á sus criados, con una recia voz de contralto y un acento extranjero algo retumbante, les echó una fuerte reprimenda é interpeló con familiaridad al viajero. —Ven acá, hijo mío—le dijo—súbete al pescante de mi berlina y deja un huequecillo de dos dedos para mi galba Blanca; que va la pobre en el estribo. Ea, despacha; reserva tus cumplidos y tus reverencias para otro día.

No esperó Saint Julien á que se lo dijera dos veces, y, jadeando de cansancio y de alegría, trepó el pescante y acomodó la galga entre sus rodilas. Llegado que hubo al fin de la cuesta, partió el carruaje al galope.

En la posta siguiente, á la que llegaron á todo correr los caballos, apeóse Saint Julien temeroso de abusar del permiso que se le había concedido pro-

longando su viaje de aquella suerte; y como se mezcló á los postillones, á los tiros, á las gallinas y á los pobres que atestan siempre las casas de postas, pudo á su sabor contemplar á la hermosa viajera, que no hacia el menor caso de él, y reprendía á sus lacayos, uno después de otro, en tono entre enfadado y festivo. Era, en verdad, una persona singular y cual nunca habia visto Saint Julien otra; alta, airosa ancha de hombros; su cuello blanco y esbelto tenía á la vez actitudes marciales y majestuosas. Cualquiera la hubiera echado treinta años cumplidos, pero acaso no tenía mas que veinticinco; era una hermosura algo cansada; su palidez, sus mejillas casi imperceptiblemente hundidas y el semicírculo azulado que se destacaba debajo de sus rasgados ojos negros; daban una expresión de voluntad reflexiva, de penetrante inteligencia y de firmeza melancólica á toda su cabeza, cuya belleza lineal podía, á mayor abundamiento, ponerse en parangón con los más perfectos camateos antiguos.

No menos que su desenfado, admiraron á Saint Julien la riqueza y coquetería de su traje de camino. Parecía tan ligera como bondadosa, y hechaba dinero á los pobres con extraordinaria profusión; iban en su coche otras dos personas, á quienes no se acordó de mirar nuestro joven, tan embelesado estaba en contemplar á aquélla.

En el momento de echar á andar, asomóse de nuevo á la portezuela, y buscando con los ojos á Saint Julien, vió que se acercaba con el sombrero en la mano para darle graciaa. No se hubiera atrevido el pobre muchacho a reiterar su solicitud, pero ella previno sus deseos, diciéndose:

—¿Cómo es eso? ¿Te quedas aquí?

—Señora—respondió—voy á Lyon; pero temía...

—¡Bueno! bueno!—repuso con su voz imperiosa

y varonil—allí te dejaré antes de que sea de noche.
¡Ea, arriba!

Llegaron, en efecto, al caer la tarde. Más de cien veces había tenido tentaciones Saint Julien durante el viaje de volverse y echar al interior de la berlina una furtiva ojeada, pero no se atrevió á hacerlo, conociendo que su curiosidad podía parecer grosería é ingratitud; contentóse con apearse en todas las paradas y mirar á hurtadillas á la hermosa viajera, para examinar sus acciones, escuchar sus palabras y escudriñar su conducta, afectando no obstante un aire indiferente y distraído; mas siempre halló en ella aquella mezcla continua de fanfarronería y llaneza que tanto le preocupaba. No se atrevía á dirigir la palabra á ninguna de las personas de su comitiva para satisfacer su curiosidad, y no sabía absolutamente cómo responder á estas preguntas que á sí mismo se hacía: ¿Es una reina ó una ramera? ¿Cómo averiguarlo? ¿Qué me importa?—añadía—¿por qué he de apartarme tanto por una mujer á quien he visto hoy, y á quien acaso no volveré á ver en mi vida?

Entraron la viajera y su comitiva con gran pompa y boato en la posada principal de Lyon. Indeciso estuvo por un momento Saint Julien, no sabiendo si era aquella una posada ó la casa de su desconocida protectora; mas echó á tierra con gran presteza, á fin de marcharse en la última hipótesis, y de no hacer la desairada figura de un mendigo ó de un parásito.

Pero á la vista del posadero, que salió seguido de sus criados en la chaqueta blanca al encuentro de la recién venida, detúvose arrastrado por irresistible curiosidad, y oyó de su boca estas palabras, que le quitaron un peso enorme de encima del corazón,

—Aguardaba á vuestra alteza, y espero que que dará contenta.

Disipada entonces sus penosas dudas, resolvióse Saint Julien á hacer su primera calaverada. En vez de ir á buscar, como solía, algún escondrijo oscuro y frugar en el barrio más humilde de la población pidió un cuarto en la misma posada que la princesa, á fin de volverla á ver, aunque no fuese más que por un instante y de lejos exponiéndose á gastar más dinero en un solo día que en los ocho que llevaba de camino.

Solo halló por doquiera caras amables y atenciones infinitas, porque lo creyeron agregado á la servidumbre de la princesa, y sabido es que los ricos son objeto de profunda veneración en todas las posadas del mundo.

Después de haberse retirado á su cuarto para arreglarse un poco, se sentó en el patio sobre un banco, y echó una mirada á los balcones á que supuso que podría asomarse la princesa. No tardaron en realizarse sus esperanzas; abriéronse los balcones, pusieron dos personas un sillón con su correspondiente banquillo en una ventana, y en él se arrellanó la princesa fumando repetidos cigarrillos ambarados, mientras que un hombrecillo enjuto, y con la cabeza en polvada, puso una silla junto á ella, desplegó lentamente un papel, y empezó en tono respetuoso la lectura de una gaceta italiana.

Sin suspender su agradable ocupación de fumar uno tras otro los abundantes cigarrillos que le presentaba, ya encendidos, una lindísima camararista ó doncella, á quien por la elegancia de su compostura tomó Saint Julien, cuando menos, por una marquesa, la alteza trasalpina le miró entornando los párpados con tal impavidez, que el pobre mozo se puso encendido como una grana. Volvióse la curiosa dá-

ma á su doncella, y sin consideración alguna hacia los pulmones del abate que leía para las paredes:

—Ginetta—le dijo—¿no es ese el muchacho que recogimos esta mañana en el camino?

—Sí, señora.

—¿Luego se ha mudado de vestido?

—Así parece, serenísima señora.

—¿Vivirá aquí?

—Creo que será como dice vuestra alteza.

—Y ¿por qué interrumpe usted su lectnra, buen abate?

—Creí que su alteza no se dignaba escuchar...

—¿Y qué le importa á usted? Adelante.

Volvió el abate á su tarea, habló al oído la princesa á Ginetta, que volvió un momento después trayendo unos gemelos de teatro y con ellos examinó á su sabor la princesa á Saint Julien. Tenía éste una figura muy delicada é intesante; el cansancio y las penas daban á su rostro pálido una dulce expresión de ternura y languidez.

Volvió la princesa los gemelos y Ginetta, diciéndole:—*Non é troppo brutto*;—luego tornó á tomarlos, y de nuevo los flechó en el joven. El abate continuaba leyendo.

No había pòdido Saint-Julien ponerse tan elegante como hubiera querido. Había sacado de su pequeño ajuar de camino un blus de cutí ruso, un pantalón blanco y una camicisa limpia y muy fina: pero aquel blus bien ceñido á la cintura dibujaba un talle flexible y delgado como el de una mujer; su camisa abierta dejaba ver un cuello de nieve sombreado por largos cabellos negros; una gorra de terciopelo negro, airosamente inclinada sobre la oreja, le daba un aspecto de paje enamorado ó de poeta.

—Ahora que ya no está cubierto de polvo dijo Ginetta—parece persona bien nacida.

—¡Hum!—dijo la princesa tirando el cigarro sobre el periódico que leía el abate y que prendió fuego precisamente debajo de las narices del digno personaje—será algún pobre estudiante.

No oía Saint Julien lo que decían aquellas mujeres, pero bien conocía que se ocupaban de él, porque no se tomaban el menor trabajo para disimularlo. Escocióle un poco verse casi señalado con el dedo, como si no fuera un hombre y como si hubieran creído imposible comprometerse con él, y así, para sustraerse á aquella impertinente investigación, entró en la sala de viajeros.

Iba á sentarse á la mesa redonda, cuando sintiendo que le daban un golpecito en el hombro volvió los ojos y se halló cara á cara con la rancia y magra persona del abate que vió poco antes asomada al balcón.

Llamándole á un lado, y después de mil obsequiosas reverencias, preguntóle el abate si quería cenar con su alteza serenísima la princesa Cavalcanti.

Poco faltó para que me le diese un patatús al pobre Saint-Julien; más pronto, vuelto en sí, discurrió que bajo la triste catadura del abate podía muy bien albergarse un natural irónico y zumbón; así, respondió:

—Seguramente, caballero; cuando me haya hecho el honor de convidarme.

—Pues á eso vengo—repuso el abate, inclinándose hasta el suelo.

—¡Oh! para eso no basta—dijo Saint Julien, que se creyó bronicado por la princesa.

—Entre personas de nuestra categoría, bien sabe la princesa Cavalcanti que no se emplea á un abate á guisa de embajador; quiero tratar con un personaje más importante que vueseñoría ó recibir una carta firmada por la ilustre mano de su alteza.

No opuso el abate la menor objeción á esta pretensión extraña, ni expresó su rostro la menor opinión personal en el asunto que estaba desempeñando; saludó profundamente á su interlocutor y le dejó diciendo que iba á llevar su respuesta á la princesa.

Volvió Saint Julien á sentarse á la mesa redonda, convencido de que acababa de desbaratar un complot fraguado para reírse de él. Tenía tan poco conocimiento del mundo que sus admiraciones nunca duraban mucho.—Puede—se decía—que todas estas cosas estén admitidas en sociedad.

Había vuelto á su gravedad habitual, cuando le llamó la atención el nombre de Cavalcanti que oyó pronunciar profusamente en el extremo opuesto de la mesa.

—Caballero—dijo á un joven que estaba á su lado—¿quien es esa princesa Cavalcanti?

—¿Quién es—dijo el joven atusándose el bigotillo rubio y dándose un aire desdenoso como de persona que no tiene nada nuevo que aprender en el universo—la princesa Quintilla Cavalcanti? ¡Bah! una princesa como otras muchas.

Iba Saint Julien á responder, cuando le tocó en el hombro el posadero y le pidió que tuviese la bondad de salir un momento.

—Caballero—le dijo con muestras de verdadero sobresalto—cosas muy extraordinarias están pasando entre usted y su alteza la señora princesa Cavalcanti.

—¿Cómo! ¿Pues qué?...

—¡Ahí es una friolera! Su alteza le convida á usted á cenar con ella, y usted rehusa, siendo causa de que ese excelente abate Soapione acabe de llevar una solemne peluca. La princesa no puede creer que haya cumplido bien su comisión, y le echa la culpa

de la ofensa que recibe. En fin, me ha mandado que venga á pedir á usted la razón de su extraño proceder.

—¡Esto ya pasa de raya!—dijo Saint Julien;—esa señora tiene el capricho de burlarse de mí ¿y no he de poder oponerme á que lo haga? ¡Me gusta el empeño!

—La señora princesa es muy absoluta, pero....

—La señora princesa de Cavalcanti puede ser todo lo absoluta que quiera, pero aquí no se halla en sus Estados, y no conozco ninguna ley francesa que me obligue a cenar por fuerza con ella.

—¡Por amor de Dios, señor, no diga usted eso! Si Mad. Cavalcanti recibiese una injuria en mi casa, sería capaz de no volver á poner los pies en ella. ¡Una princesa que pasa por aquí casi todos los años, y que se detiene dos días, haciendo más de cien escudos de gasto!... En nombre del cielo, señor de mi alma; vaya usted, vaya usted, á cenar con ella. La cena será estupenda; faisanes, gelatinas...

—Ea, hágame usted el gusto de dejarme en paz.

—Por vida mía—exclamó el posadero profundamente consternado y cruzando las manos sobre su enorme barrigon,—por vida mía que no lo entiendo. ¡Cosa como ésa! ¡Un joven que no quiere cenar con la princesa mas hermosa del mundo, porque teme que se burlen de él! ¡Ah! ¡Si la señora princesa supiera que lo hace usted por ese motivo, sí que diría que los franceses son gente muy ridícula!

—Ahora que lo pienso—dijo Saint Julien entre sí—puede que tenga razón. Y aunque se burlen de mí, ¿qué importa? Si así fuera, yo procuraría tomar mi desquite.—Pues señor—añadió dirigiéndose al posadero—vaya usted á presentar mis respetos á la señora princesa, y dígaie que estoy pronto á obedecer sus órdenes.

—¡Loado sea Dios!—exclamó el posadero—no tendrá usted motivos para arrepentirse. Va usted á comer las más exquisitas truchas de Ginebra que!... Y echó á correr loco de contento.

Con objeto de darle tiempo para despachar su comisión, volvió Saint Julien á la sala en que estaban los viajeros. Reparó entonces en un hombre alto y pálido, de bastante buena figura, que rondaba al rededor de las mesas como si fuera llevando cuenta de lo que decían los demás. Creyó que era un espía, porque nunca había visto á ninguno, y porque en su nimia, desconfianza, todos los curiosos se lo parecían, nadie, sin embargo, tenía menos trazas de serlo que aquel individuo. Era pausado, melancólico, distraído, y no carecía de cierta tontería natural. En el momento de pasar por junto á Saint Julien, pronunció dos veces seguidas, entre dientes, y apoyando en las dos primeras sílabas, el nombre de Quintilla Cavalcanti. Luego se sentó á la mesa é hizo algunas preguntas acerca de ella.

—Por mí—dijo una persona á quien se dirigió—nada puedo decir; pregunte usted á ese joven que está junto á la estufa; es un criado suyo.

Púsose Saint Julien colorado, y volviendo bruscamente la espalda, se disponía á salir de la estancia, pero el extranjero, con singular tenacidad, le detuvo asiéndole del brazo, y saludándole con la amabilidad de un hombre que cree hacer una gran concepción á la necesidad.

—¿Tendría usted la bondad—le dijo—de decirme si la señora princesa de Cavalcanti llega directamente de París?

—No sé—respondió el joven con sequedad; —es persona á quien no conozco.

—¡Ah! caballero, pido á usted mil perdones. Me habían dicho....

Saint Julien lo saludó y le volvió la espalda. El viajero pálido tornó de nuevo á sentarse á la mesa.

—¿Ha averiguado usted algo?—le preguntó el joven del bigotillo rubio.

—Buen yerro me ha hecho usted cometer—dijo el viajero pálido á la persona que le dirigió á Saint Julien.

—Usted dispensará—repuso éste;—me pareció haber visto á ese joven en el pescante de su coche.

El joven de los bigotes sabía muy bien que Saint Julien no conocía á la princesa, por que le había hecho á él una pregunta semejante á la del viajero pálido; pero se la echaba de ingenioso y chusco, y trató de prolongar el horror de éste.

—No señor—dijo,—tengo la certeza de que usted no se ha equivocado, pues conozco mucho á ese mozo, y se que es el ayuda de cámara de Mad. Cavalcanti. Si usted conociese el carácter de esos criados italianos, sabría que no sueltan una palabra gratis; hubiérale usted ofrecido siquiera cinco francos, y ya vería como....

—En efecto—exclamó el viajero que tenía singular empeño en satisfacer su curiosidad.—Sacó un luis del bolsillo y salió en busca de Saint Julien.

Esperaba éste en el zaguán á que viniese el posadero á buscarle para introducirle en el cuarto de la princesa, cuando de nuevo se le acercó el viajero pálido, con más resolución que la vez primera, y buscándole la mano, deslizó en ella la moneda destinada al intento.

Saint Julien, que no entendió qué quería decir aquel preludeo, tomó la moneda y le miró, continuando con la mano abierta en actitud de hombre que no sabe lo que le pasa.

—Ahora, buen amigo, respóndame usted—dijo el

viajero pálido;—¿cuánto tiempo ha estado en París la princesa Cavalcanti?

—¡Cómo! ¡Otra vez!—exclamó el joven furioso y tirando al suelo la moneda de oro,—¿acaso todas estas pobres gentes han perdido el sexo con su princesa Cavalcanti?

Fuese corriendo al patio, y estuvo á pique en su cólera de irse también de la casa, creyendo que todos estaban de acuerdo para burlarse de él. En aquel momento lo cogió del brazo el posadero, diciéndole en tono jovial y afectuoso:

—Venga usted, venga usted, caballero; ya todo se arregló; el abate ha llevado su correspondiente récipe, y la princesa está aguardándole.

II

Al entrar en la habitación de la princesa, recobró Saint Julien aquella serenidad de espíritu que alcanzamos cuando las circunstancias acosan a nuestra timidez hasta en sus últimas trincheras; apretó la hebilla de su cinturón, quitóse la gorra, pasóse la mano por el pelo y entró firmemente resuelto á sentarse con blus de cutí ruso á la mesa de Madame Cavalcanti, bien comedianta.

Paseábase ella á la sazón por el cuarto, departiendo con sus compañeros de viaje. Apenas vió á Saint Julien, dió dos pasos hacia él, y le dijo:

—Por cierto, amigo mío, qué se ha hecho usted bien de rogar. ¿Teme usted comprometer su genealogía sentándose á nuestra mesa? No hay nobleza que no haya tenido principio como todas las cosas, aun la de usted....

La mía, señora—respondió Saint Julien interrumpiéndola sin miramiento—data del año 1107.

La princesa, que no sospechaba las desconfianzas

de Saint Julien, soltó una gran carcajada; la traviesa Ginetta, que andaba recogiendo algunos trabajos de su señora, hizo otro tanto, y el abate, viendo que la princesa se reía, se echó también á reír sin saber de lo que se trataba.

El único que no tomó parte en aquella algazara fué un oficial alto y fornido, en uniforme de capricho, verde manzana, recamado de oro sobre el pecho, tieso y espetado como una bailarina, con bigotes que le llegaban hasta las sienes, y más espuelas que un gallo inglés. Saltábansele de las órbitas sus ojos de halcón viendo la cachaza de Saint Julien se fiaba tampoco de cuanto veía, que creyo sorprender al vuelo entre ellos alguna mirada de inteligencia.

—Ea, sentémonos á la mesa—dijo la princesa, viendo humear la sopa;—saciado el primer apetito, suplicaremos al señor que nos refiera las hazanas y timbres de sus antecesores. Ciertamente es cosa fatal para nosotros, soberanos legítimos, que no piensen como este todos los franceses, pues no vendría de allende los Alpes tanta *aria cattiva* para la salud de nuestras aristocracias.

Púsose Saint Julien á comer con notable desparpajo, y á mirar con una aparente libertad de espíritu á las personas que le rodeaban.

—Si en efecto estoy sentado á la mesa de una princesa serenísima—dijo para su colete—es más grande el honor como creía, porque ahí están todos esos galafates á quienes ha tratado como lacayos durante el día, y que van ni más ni menos que yo á participar de su cena.

Acostumbraba, en efecto, la princesa á sentar á su mesa, cuando iba de viaje, á sus principales servidores; al abate, que era su secretario; á la lectora, silenciosa dueña que trinchaba con perfección; al

mayordomo mayor de su casa, y aun á Ginetta, su favorita; otros dos criados de menor escala servían á la mesa, y otros dos ayudaban al posadero á subir la cena.

—Por lo menos es la querida de un príncipe—dijo entre sí Saint Julien;—bien lo merece por su hermosura.—Y de nuevo fijó en ella los ojos, aunque esta suposición le quitó gran parte de su prestigio.

Admirablemente hermosa estaba al resplandor de las bujías; su cutis, algo bilioso á la luz del día, tenía de noche una blancura ideal. A medida que iba llegando la cena á su fin, adquirían sus ojos un brillo deslumbrador, sus palabras eran más profundas, incisivas, su conversación estaba más llena de gracia y talento; pero á excepción de Ginetta que, en su calidad de niña mimada, siempre tenía algo que decir, y remedaba con bastante gracia el todo y ademanes de su señora, los demás convidados callaban como muertos. La lectora y el abate aprobaban con miradas y sonrisas todas sus opiniones, y no osaban desplegar sus labios; el caballero mayor parecía unir á una muy desapacible disposición accidental, una nulidad de inteligencia reducida al estado crónico. Bien se conocía que la princesa estaba de humor de conversar; pero hacía vanos esfuerzos para sacar ni una sola palabra de aquel maniquibordado en todas las costuras.

Saint Julien no deja de sentirse con fuerzas para hablar, pero no se atrevía; tomó por fin, una resolución, arrojando aquella mirada cariñosamente glacial que todos dejan caer, en tales casos, sobre el que aun no ha hablado, empezó por una franca atrevida contradicción á un aforismo burló de Mad. Cavalcanti. Sin reparar en que disgustaba altamente al caballero, que no entendía muy lija

el francés, se expresó en esta lengua; la princesa, que la entendía perfectamente, le respondió en la misma, y por espacio de un cuarto de hora toda la asamblea escuchó su diálogo con religioso silencio.

A los veinte años, pronto se pasa del desprecio al entusiasmo; hay tal pretensión a augurar bien de los hombres, que á la menor apariencia de saber ó de virtud se cree de berles una reparación inmensa, exagerada. A punto estaba Saint Julien de caer en este extremo, aunque había momentos todavía en que venía á turbar su mente la idea de una mojiganga habilmente dispuesta; tentaciones le daban de tomar á toda á aquella corte italiana por una compañía de cómicos de la legua.

La prima donna, se decía, hace el papel de esa princesa de retumbante apellido; el adecán no es más que un tenor sin voz y sin expresión; ese mayordomo sordo y mudo está sin duda acostumbrado á hacer el papel de la estatua del Comendador; Ginetta es una verdadera Zerlina, y en cuanto á ese abate estúpido, será seguramente algún banquero judío que la prima donna trae al retortero y que sostiene á toda la compañía.

Acabada la cena, la princesa, dirigiéndose á su caballerizo mayor, le dijo en italiano:

Lucioli, vaya usted de mi parte á visitar á mi amigo el Mariscal de campo^{***} que reside en este pueblo, y dígame que la prisa y el cansancio me han impedido convidarle a cenar, pero que va usted hacerle presentes mis finos recuerdos.

Lucioli, aunque algo mohino por aquella comisión que podía muy bien no ser más que un pretexto para perderle de vista, no se atrevió á resistir y salió.

Inmediatamente después preguntó el abate á su

alteza si tenía algo que mandarle, y oída su respuesta negativa, salió de la estancia.

Saint Julien, no sabiendo qué pensar, iba á retirarse también, pero ella le detuvo diciéndole que le había gustado su conversación y que quería disfrutarla por más tiempo.

Tembló Saint Julien de piés á cabeza. Un sentimiento de repugnancia que casi rayaba en horror era lo único que podía inspirarle una mujer de augusta cuna entregada al libertinaje: semejante mujer le parecía tanto más odiosa cuanto era más temible, rodeada de mil medios de seducción, y con el alma llena de perversidad y destreza. Miró, pues de hilo en hito á la princesa, se quedó en pié junto á la puerta, en actitud altanera y fría.

La princesa Calvavanti no reparó en ello al parecer; hizo una seña á Ginetta y dió un libro á la lectora: un momento después salió la doncella con un tocador portátil de laca del Japon, que colocó sobre una mesa. Sacó de un saquillo de terciopelo bordado una enorme peineta de concha incrustada de oro, y soltando la trenzula de seda que sujetaba los cabellos de su señora, empezó á peinarla, pero lentamente y con cierta voluptuosa languidez, que parecía no tener otro objeto que ostentar á los ojos de Saint Julien el lujo de aquella esplendida cabellera. A decir verdad, no había tal vez otra más hermosa en toda Europa: era negra como el ala del cuervo, lisa, igual, y tan reluciente sobre las sienes, que hubiera podido pasar por un raso brillante; tan larga y tan espesa, que caía hasta el suelo y la cubría como un manto.

Jamás había visto Saint Julien otra semejante si no en sus fantásticos duenos juveniles. El peine dorado de Ginetta centelleaba como un relámpago en aquel río de ébano, ya haciendo revolotear sutiles

trenzas sobre los hombros de la princesa, ya dejando caer sobre su pecho grandes mechones como bandas de azabache; y luego, reuniendo todo aquel tesoro bajo su inmensa peineta, hacía la rielar con mil reflejos como un torrente de tinta.

Con su túnica de damasco amarillo, bordada en derredor de lana carmesí, su falda y su pantalón de muselina blanca, su cinturón de trenza de seda que le ceñía por cima de las caderas bajando hasta las rodillas; con sus babuchas bordadas, sus anchas mangas bobas y su flotante melena, la opulenta Quintilla parecía una princesa romana. Lais, Haidé, no hubieran sido nombres demasiado poéticos para aquella belleza griega del tipo más puro.

Durante aquella ostentación de refinada coquetería, estaba leyendo la dueña sin que pareciese que la escuchaba la princesa, ocupada en quitarse y ponerse sus sortijas, en limpiarse las uñas con una pasta perfumada y enjugarlas con una batista guarnecida de encaje.

No podía mirarla Saint Julien sin involuntaria admiración; para conjurar á la bella encantadora, hubiera querido escuchar la lectura, pero era un libro alemán que no entendía.

—Fanciulo—le dijo la princesa sin levantar los ojos hacia él—¿entiendes tú eso?

—Ni una palabra, señora.

—Mistress White—dijo en inglés á la lectora—lea usted el texto latino que está al lado, ¿Supongo, caballero—añadió mirando á Saint Julien—que ha hecho usted sus estudios de humanidades?

Respondió Luis inclinando la cabeza; la lectora dió principio al texto latino. Era aquella una obra de metafísica alemana, la mas á propósito del mundo para marear á cualquiera.

Interrumpía la princesa de vez en cuando la lec-

tura, y sin suspender por eso la prolija limpieza de sus manos, contradecía y refutada la lógica del libro con superioridad tan varonil, é inteligencia tan penetrante; echaba unas ojeadas tan exactas, tan profundas sobre las sutilezas de aquel misterioso análisis, que no sabía en verdad Saint Julien á qué atenerse.

Instado por ella á dar su opinión sobre las hon-
das cavilaciones del ascético alemán, sacó á relucir su escasa ciencia, más pronto conoció cuán poca cosa era esta en comparación de la de Mad. Cavalcanti. Criticóle ella con templanza, rebatió sus argumentos con suma dulzura, y acabó por escucharle con más atención, cuando, abandonando la controversia ergotista se fió más en las naturales luces de su razón y en las inspiraciones de su conciencia. Quintilla, viéndole en buen camino, le escuchaba con gusto, é insensiblemente fué entregándose el joven á aquel placer intelectual que siente el ánimo en darse cuenta clara á sí mismo de las ideas que examina.

Poco á poco fué dejando el lejano rincón y la actitud confusa en que había estado hasta entonces por cortedad. Hallábase en su más brillante período cuando echó de ver que estaba apoyado en el tocador de Madama Cavalcanti, frente por frente de ella, y bajo el fuego inmediato de sus rasgados ojos negros. Había dejado ya sus cepillos de uñas y echado á un lado el peine de Ginett; embozada de pies á cabeza en su larga cabellera, había cruzado la pierna derecha sobre la rodilla izquierda y ambas manos en torno de su rodilla derecha, y en esta graciosa actitud oriental, mirábale con sonrisa angélica mezclada á cierta contracción de cejas que revelaba serio interés.

Aterrado del peligro que corría, detúvose Saint

Julien cortado en mitad de una frase, pero en vano quiso dar una expresión adusta á su mirada; brotó á pesar suyo una llama amorosa y casta que hizo sonreír á la princesa.

—Basta por hoy—dijo á su lectora;—misstress White, puede usted retirarse.

Luis estaba en brasas; la cabeza se le iba; veía con terror acercarse el momento decisivo, pensando en el ridículo papel que iba á hacer repeliendo los favores de tan hermosa dama; mas con todo jurábase á sí mismo que no serviría jamás de juguete á los infames placeres de una mujer, aún cuando llegase á ser el más estragado de los hombres.

De pronto díjole la princesa con amable naturalidad:

—Buenas noches, hijo mío: supongo que tendrás necesidad de descansar; yo también empiezo á sentir algún sueño; no es esto decir que me lo haya producido tu conversación; al contrario, me ha sido sumamente agradable y desearia prolongar el placer que me ha resultado de este encuentro. Si tus proyectos de viaje se avienen con los míos, te ofrecería un asiento en mi coche. Veamos, ¿adónde vas?

—Lo ignoro, señora; soy un aventurero sin bienes de fortuna y sin asilo; pero, por muy miserable que me encuentre, jamás consentiré en ser gravoso á nadie.

—Lo creo—dijo la princesa con bondadosa gravedad; pero entre dos personas que se aprecian mutuamente, puede haber un cambio recíproco de servicios, útil y honroso para entrambas. Tú posees conocimientos que yo necesito; podemos, pues, sernos útiles uno á otro. Ven á verme mañana temprano, y acaso podremos no separarnos tan pronto después de habernos entendido tan bien.

Al acabar estas palabras, le dió la mano y se la apretó con la honrada familiaridad de un amigo. Mientras bajaba la escalera, oyó Saint Julien correr los cerrojos de su estancia.

—Pues señor—dijo—convengo en que he sido loco y necio. Mad. de Cavalcanti es la más hermosa, la más noble y la mejor de las mujeres.

III

Mucho trabajo costó á Saint Julien conciliar el sueño. Lo ocurrido se presentaba á su memoria como un capítulo de novela, y cuando despertó á la mañana siguiente apenas podía creer que no había soñado todo aquello.

Impaciente por ver á la princesa, que debía ponerse en camino muy de madrugada, vistiósese á toda prisa y pasó á su cuarto, rebotándole del pecho la alegría y aligerado el ánimo de las injustas dudas de la vispera, halló en efecto á madama Cavalcanti dispuesta á partir. Ginetta le preparaba el chocolate, mientras ella hojeaba un folleto sobre economía política.

—Hijo mío—dijo á Saint Julien—he pensado en usted; sé á qué punto ha llegado en su estudio, y que no raya en exceso de más ni de menos. ¿Ha estudiado usted en particular alguna cosa de que no hayamos hablado anoche?

—No, señora. Vuestra alteza me probó ayer que sabe mucho más que yo en todo, por cuya razón no alcanzó en qué pueda serle útil.

—Es usted precisamente el hombre que buscaba. Ahora trato de reducir el número de las personas que me rodean y de buscar las más escogidas; pienso reunir en uno solo los empleos de mi lectora y

mi secretario; á ella la caso ventajosamente con un hombre de quien necesito reirme un poco, y el otro es un majadero del que haré un excelente canónigo con mil escudos de renta. Ambos quedarán contentos, y usted los reemplazará á mi lado; reunirá los sueldos de que disfrutan, mil escudos por una parte y cuatro mil francos por otra, amén del aposento, mesa, etc.

Esta oferta, deslumbradora para un hombre sin recursos como Saint Julien á la sazón, le dió no poco en qué pensar.

—Dispense usted mi franqueza, señora—dijo después de un momento de indecisión;—pero tengo orgullo y soy el único vástago de una noble familia, no tendría á menos ciertamente trabajar para vivir, pero temería, aceptando los beneficios de un príncipe, aceptar también una librea.

—Aquí no se trata de librea ni de beneficios—dijo la princesa;—los empleos que le confiero le colocan en mi intimidad.

—Seguramente no merezco tanto favor, señora—repuso el joven algo turbado;—pero—añadió bajando la voz—la señorita Ginetta goza también de la intimidad de vuestra alteza....

Comprendo—respondió;—teme usted ser mi lacayo; tranquilícese, señor conde; aprecio las almas nobles y nunca las ultrajo. Si me ha visto tratar como esclavo al pobre abate Scipione, culpa es de su bajeza, no de mi altanería. Pruebe usted cómo le va con mi proposición; si no fía en mi delicadeza, el día en que deje de tratarle con el decoro debido, ¿no será usted dueño de dejarme?

—Nada más me queda que hacer, señora—respondió Saint Julien arrebatado—que poner á los pies de vuestra alteza mi celo y mi gratitud.

—Y yo los acepto con amistad—repuso Quintília

abriendo un gran libro forrado de taflete con manecillas de oro—tenga usted la bondad de escribir en esa hoja nuestras estipulaciones, con su nombre, su edad y el lugar de su nacimiento. Yo pondré mi firma al pié.

Luego que la princesa hubo firmado aquella hoja y una copia que Saint Julien se guardó en su cartera, hizo llamar á su servidumbre, desde el ayudante de campo hasta el jockey, y mientras tomaba su chocolate, le dijo con lentitud y en tono absoluto:

—El señor abate Scipione y mistres White dejan de pertenecer á mi casa; el señor conde de Saint Julien los reemplaza. White Scipione no dejan por eso de ser mis amigos, y saben que no hay en esto desgracia para ellos, sino recompensa. Presento á todos al señor de Saint Julien; quiero que sea tratado con respeto y que no se le llame más que señor conde. Que todos mis servidores continúen siéndome fieles y sumisos; bien saben que no los desatenderé en su ancianidad. No hay que sacar los pañuelos y andar en lloriqueos de ternura; se que me profesan sincero cariño. Los saludo; despejen ustedes.

Sacó su reloj del pecho y dijo:

—Dentro de media hora nos pondremos en camino.

Saludó el auditorio y desapareció guardando profundo silencio.

No hallaron las órdenes de la princesa la más remota apariencia de desaprobación ni aun de asombro en aquellos semblantes prosternados. El ejercicio fuerte de una autoridad absoluta tiene un carácter de grandiosidad á cuyo prestigio no es fácil sustraerse aun cuando se encierre en estrecho límites; Saint Julien se admiró de sentir instalarse, por decirlo así, el respeto en su alma sin repugnancia y sin esfuerzo.

Volvió á su cuarto á tomar algunos efectos, y bajaba la escalera consu pequeño ajuar de camino bajo el brazo, cuando se llegó á él aquel viajero pálido que tan estraña curiosidad le había manifestado el día anterior, y le saludó dirigiéndole mil obsequiosos perdones por su impertinente equivocación.

De buena gana hubiera querido Saint Julien evitarle, pero no le fué posible; tuvo, pues, que entrar en conversación con él, esperando salir adelante de aquel paso con cuatro frases de atención, pero ¡vana esperanza!; el viajero pálido, asiéndole del brazo, le dijo en el tono patético y solemne de un hombre que convida á otro á su entierro, que tenía que decirle una cosa de la mayor importancia, que pedirle un servicio inmenso. Saint Julien, que á pesar de sus continuas desconfianzas, era bueno y servicial, se resignó á escuchar los secretos del viajero pálido.

—Caballero—le dijo éste, tómeme usted por un loco enhorabuena; pero en nombre del cielo, no me tome usted por un insolente y responda á la pregunta que le hice anoche. ¿Quién es esa princesa Quintilia Cavalcanti?

—Le juro á usted, caballero, que no la conozco —respondió Saint Julien—y en prueba de ello, voy á decirle de qué modo he hecho conocimiento con ella.

Luego que terminó su relación, que el viajero escuchó con sus cinco sentidos, exclamó éste:

—Todo eso es novelesco y raro, y me confirma en la opinión en que estoy de que esa mujer singular es mi bella desconocida del baile de la ópera.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Saint Julien mirándole con ojos asombrados.

—Una vez que usted ha tenido la bondad de contarme su aventura—replicó el viajero,—voy á con-

tarle la mía. Estaba yo, hace tres semanas, en el baile de la ópera de París; vino á embromarme un dominó tan lleno de extravagancia, gentileza y *donaire*, que quedé absolutamente prendado; la llevé á un palco, en donde me dejó ver su rostro, el más hermoso y expresivo que he visto en mi vida. Seguíla todo el tiempo que duró el baile, aunque después de haberme hecho mil zalamerías, se conocía que procuraba huír de mi; logró, en efecto, eclipsarse por un momento, pero guiado por aquella penetración que nos da el amor, la encontré al pié de la escalera cuando se disponía á subir en carruaje elegante, sin armas ni librea. Supliquéla que escuchase, y entonces me dijo que era persona de calidad, que tenía que guardar ciertos miramientos y que ponía condiciones á mi felicidad. Juré aceptarlas todas; díjome que la primera sería dejarme vendar los ojos, consentí, y á penas estuvimos sentados en el carruaje, me ató un pañuelo, riéndose como una loca. Cuando se paró el coche, me asió del brazo con mano firme, me hizo apear y me llevó á tan buen paso, que más de cuatro veces estuve á punto de dar de narices en el suelo; dióme, en fin, un empujón, y caí despavorido sobre un excelente sofá, al mismo tiempo me quitó la venda y me hallé en un precioso gabinete donde todo anunciaba una ilustrada afición á las artes y el gusto más exquisito. Dejóme examinarlo todo con curiosidad, y por el examen de sus libros vine en conocimiento de que debía ser persona muy sabia, entendida en el griego, el latín y el francés. Era italiana, y se conocía por la nobleza de sus modales y la elegancia de su conversación que debía ser persona muy principal. Confieso con toda franqueza que me fatto poco para enloquecer de orgullo y contento, y que luego quedé deslumbrado y abatido considerando la distancia que

mediaba, bajo todos aspectos, entre aquella mujer y yo. Cuanto habían sido grandes mi confianza y fatuidad durante el baile, lo fueron mi humildad y timidez al convencerme de que no me las había con una persona de circunstancias y de un talento superior. Agradóla sin duda mi timidez, porque desde entonces empezó á mostrarse festiva y aun cariñosa.

Saint Julien se sonrojó, y el viajero, advirtiéndolo, le dijo con aire más grave y rostro más pálido aun:

—Acaso le pareceré á usted por demás presumido y jactancioso; sin embargo, lo que le estoy diciendo en confianza es la estricta verdad. No creo tener trazas de fanfarrón ni de chancero.

—No, seguramente—respondió Luis;—prosiga usted.

—Era una mujer muy singular, grave, discreta, burlona, altiva, insolentente... ¿y por qué no decirlo? algo descarada. Después de haberme impuesto silencio con autoridad por una palabra algo atrevida, dijo las cosas más cómicas y menos castas del mundo.

—¡Es posible!—exclamó el joven con indignación.

—Sí, señor—prosiguió el viajero.—Con todo, á pesar de aquellas extravagancias, y tal vez á causa de ellas, me enamoré perdidamente, no con aquel amor ideal y puro de la primera juventud, sino con un amor inquieto, abrasador como un deseo. En fin, caballero, aquella noche fui el más feliz de los hombres y solecí con delirio el favor de verla al día siguiente, favor que me prometió á condición de que no procuraría averiguar su nombre ni su casa: juré, en efecto, respetar su voluntad. De nuevo me vendó los ojos, me sacó de la estancia y me hizo entrar en el coche, del que tuve que apearme al cabo de media hora. Estaba aun en el estribo, cuando una mejilla suave y perfumada, que reconocí bien, rozó con la

mía, y al mismo tiempo una voz, que no olvidaré me dijo estas palabras al oído: *Hasta mañana*. Me quité la venda; pero me dieron un fuerte empujón, y en un segundo se cerró la portezuela tras de mí. El coche no tenía faroles, y partió como un relámpago, habiéndome dejado en una de las más intrincadas calles de árboles de los Campos Elíseos. Nada ví, y pronto dejé de oír el ruido del coche, por más esfuerzos que hice para seguirle. Caía una furiosa helada; el suelo estaba cubierto de hielo, sobre el que me escurría á cada paso; tuve, pues, que tomar el partido de volverme á mi casa.

—¿Y al día siguiente?—preguntó Saint Julien.

—No volví á ver á mi desconocida hasta hace un momento, en una de las ventanas que dan sobre el patio de la posada. Es la princesa Quintilia Cavalcanti.

—¿Está usted seguro, caballero?—dijo Luis triste y consternado.

—Otra prueba tengo—dijo el viajero sacando del bolsillo un reloj muy elegante y abriéndole:—mire usted esa cifra, ¿no es la de Quintilia Cavalcanti, con esta abreviatura PRA, es decir princesa? ¡Maldita abreviatura que tanto me ha hecho devanarme los sesos!

—¿Cómo llegó á manos de usted ese reloj?—dijo Saint Julien.

—Por una rarísima casualidad; yo tenía uno absolutamente idéntico, que dejé sobre la chimenea; al ir luego á cogerle precipitadamente tomé este que estaba á su lado, y solo al cabo de varios días reparé en la cifra grabada por la parte interior.

—No sé si esto es un sueño—dijo Saint Julien examinando el reloj—pero juraría que he visto otro muy parecido hace un momento en manos de esa mujer.

—¿Un reloj de platino ruso, trabajado en Orient—dijo el viajero—con incrustaciones de oro esmaltado?

—Creo que sí.

—Pues abra le usted, amigo mío, ábrale usted, y hallará dentro mi nombre. Carlos de Dortan: hágalo usted, se lo suplico.

—¿Cómo quiere usted que vaya ahora á pedirle su reloj á la princesa? Y además, ¿qué sacaría usted de eso?

—¡Oh! quiero abochornarla como merece; no se hace mofa de ese modo de un hombre de buena fe que se ha sometido á tantas misteriosas precauciones. Es preciso que quite la máscara á una infame coqueta, ó bien que me cumpla sus promesas; entonces guardaré eterno silencio sobre su aventura; porque, á decir verdad, amigo mío, aún soy capaz de amarla con todo mi corazón.

—Pues le doy á usted la enhorabuena—dijo Saint Julien;—por mí, aborrezco á esa clase de mujeres, y...

—Ya está el coche á la puerta—exclamó el viajero;—voy á aguardarla al paso; á decirle mi nombre en alta voz, á aterrarla con una mirada... Pero, por favor, caballero, vaya usted antes á decirle que quiero hablarla, que soy Carlos de Dortan; ella sabe muy bien mi nombre, pues me acuerdo que me lo preguntó. Y además, tiene mi reloj...

Llegó en esto el mayordomo de la princesa á llamar á Saint Julien. Obedeció éste, y halló al paje, á la dueña y á los demás instalados ya en los coches de la comitiva, y prontos á echar á andar. No tardó en presentarse la princesa con Ginetta; ambas llevaban cubierto el rostro con largos velos negros para preservarse del polvo del camino. La princesa se había levantado el suyo, pero quando vió su co-

che rodeado de curiosos, se lo volvió á bajar con muestras de impaciencia y despecho. Precipitose en aquel momento el viajero pálido para verla, pero llegó tarde y no pudo.

Entonces, no otreviéndose á dirigir la palabra á aquella mujer cuyas facciones no distinguía bien, cogió del brazo á Saint Julien y le pidió por lo más sagrado que le dijese su nombre.

Cedió el joven maquinalmente, y dijo á la princesa:

—Señora, aquí está Mr. Carlos de Dortan.

—No tengo el honor de conocerle—respondió la princesa—¡Ea, señores, despachemos!

Al oír aquel tono absoluto, los criados de la princesa apartaron sin cumplido á los curiosos. Quintilia entró en su berlina sin que el viajero pálido se atreviese á abrirla. Saint Julien le vio apretar los puños de rabia y subirse con precipitación sobre un banco para ver mejor.

—¿Quién es ese hombre que nos mira tanto?—preguntó con indiferencia la princesa reclinándose muellemente en el testero de la berlina, cuyo vidrio ocupaban Saint Julien y Ginetta.

—No sé—respondió Ginetta con candor, levantándose el velo.

—Es un tal Carlos de Dortan—dijo Luis indignado.

—¿No es un relojero?—repuso la princesa con tanta naturalidad, que Saint Julien no pudo saber si era aquello una pregunta de buena fe ó una imprudente chanzoneta.

La princesa se levantó también el velo, se volvió hacia Dortan, y le dijo en tono seco é imperioso:

—Caballero; hágase usted á un lado; no se mira así á una señora.

Dortan se puso pálido como una luna, y quedó fascinado, sin poder moverse del sitio que ocupaba.

El carruaje partió á galope.

t—¡Qué insolentes son esos franceses!—dijo Gine-ta al cabo de algunos momentos.

—¿Por qué?—preguntó la princesa, que ya había olvidado el incidente.

—Es preciso—dijo Luis entre sí—que ese Dortan sea un estúpido ó un loco rematado.

Pronto le subyugaron la indiferencia y serenidad de la princesa, y parecióle que había soñado la historia de Dortan.

Entretanto el camino desaparecía bajo los pies de los caballos, y la ciudad de Lyon se eclipsaba á lo lejos entre el denso polvo del horizonte.

IV

Los días que duró aquel viaje pasaron como un sueño para Saint Julien. Tenía la princesa un talento singular para sacar de cada cuestión todo el partido posible; para simplificarla, ponerla en claro y engalanarla en seguida con la magia de su vasta y brillante imaginación. Todas sus opiniones relevaban un alma fuerte, una voluntad implacable, una lógica concisa y severa.

Aquel carácter varonil deslumbraba al joven conde; hubiera querido entrever en él algo más de sensibilidad; un poco más de sentimiento y un poco menos de raciocinio, hubieran hecho aquel carácter más seductor, sin quitarle acaso su prestigio; pero Saint Julien no sabía aun á punto fijo si se engañaba augurando mejor de la belleza de su inteligencia que de la bondad de su corazón. Acaso aquella alma tan grandiosa tenía aún más de una faz que mostrarle, más de un tesoro que revelar: sólo le afli-

gía verla más dispuesta á la crítica que á la simpatía cuando se apartaba de la realidad positiva para echarse á volar por el campo de alguna vaga teoría sentimental.

Por otra parte, apreciaba aquella frialdad de imaginación, que debía, á su parecer, provenir de unas costumbres rígidas é irrepreensibles. La casta familiaridad de sus hábitos y de sus palabras acababa de borrar la mala impresión que le hicieron á primera vista sus desenvueltos modales y brusca familiaridad. ¿Cómo conciliar además los principios de orden y de noble armonía que con tanta convicción emitía á cada paso la princesa, con costumbres de desorden y libertinaje? La depravación en un alma tan elevada le parecía una monstruosidad irrealizable.

Poco después creyó que aquella mujer ocultaba su bondad como una flaqueza, pero que ardía en su alma un tesoro de caridad y mansedumbre. Ocupábase exclusivamente en teorías filantrópicas y se indignaba de hallar á su tránsito tantas miserias sin auxilio; imaginaba medios para remediarlas y se asombraba de que otros no los hubieran imaginado antes.

Hablaba de la dificultad de mantener una buena armonía entre los gobiernos y los pueblos, pero no la creía insuperable. Después de haber examinado profundamente y criticado el sistema de todos los gabinetes de Europa, cuyos más recónditos secretos sorprendía su penetrante mirada, erigía sobre bases filosóficas su sistema de gobierno absoluto.

—Los grandes reyes hacen los grandes pueblos —decía;—todo se reduce á este axioma tan sabio, pero aún no ha habido grandes reyes sobre la tierra. Ha habido grandes capitanes, héroes de ambición, de inteligencia y de valor, pero ni un solo príncipe justamente valeroso, bueno, ilustrado, frío,

firme en sus propósitos; en todas las biografías ilustres, siempre asoma por algún lado la flaca naturaleza. No es esto decir que se deba abandonar la obra y desesperar del porvenir del mundo, la inteligencia humana no ha llegado aún al límite en que debe detenerse; todo lo que se puede concebir bien, es ejecutable.

Después de hablar de esta suerte, caía en profundas cavilaciones; fruncía ligeramente el ceno, y su sombría pupila parecía hundirse en sus órbitas: la ambición dilataba su encendida frente; parecía una hija de Napoleón.

En aquellos momentos:—¿Qué es la caridad, qué es el amor—se decía Saint Julien;—qué son todas las virtudes y todas las poesías y todos los sentimientos delicados y tiernos para un alma abrasada de esas inmensas ambiciones?

Pero cuando la veía echar á los pobres el oro de su bolsillo y aún parte de sus vestidos; cuando la oía con voz cariñosa y casi maternal informarse con interés de las dolencias ajenas y consolar á los afligidos, le llegaban más al alma estas muestras de bondad familiar que otras acciones más grandes hechas por otra mujer.

Un día cayó un postillón debajo de sus caballos y fué gravemente herido. La princesa voló la primera en su auxilio, y sin temor á manchar su rico traje con la sangre y el polvo, ni á ser herida por los piés de los caballos, en medio de los cuales se metió sin reparar en nada le socorrió y vendó con sus propias manos. Hizolo con tanto celo é inteligencia, que Saint Julien hubiera creído que había en aquello alguna afectación, á no haberla visto reprender seriamente á su paje, que ponía el grito en el cielo por un rasguño, repeler colérica á los mendigos que ostentaban á sus ojos llagas postizas, y despre-

ciar, en una palabra, todas las ocasiones que se le presentaban de hacer gala de una compasión inútil y crédula.

Llegaron por fin á Montereale, y la princesa, mandando abrir su coche, enseñó á lo lejos á Saint Julien las torres de una lindísima fortaleza en miniatura, que dominaba su capital; pronto apareció ésta, blanca y graciosa, como una tacita de plata, en medio de un delicioso valle. La guarnición, compuesta de quinientos hombres, salió á recibir á su amable soberana; las doce piezas de artillería de los castillos metieron todo el ruido que pudieron; y en las puertas de la ciudad pronunciaron los magistrados su inevitable arenga.

Recibió Quintilla; al parecer, todos aquellos honores con un poco de altivez é ironía; acaso hubiera soportado mejor aquellas fastidiosas formalidades si las hubiera realzado á merced de su orgullo el brillo de más vasto poderío; no obstante, tomóse el trabajo de hacer á Saint Julien los honores de su pequeño principado con suma gracia y amabilidad. Tuvo el buen gusto de no mostrarse muy corrida de la ridiculez de sus magistrados, de la mezquindad de sus fuerzas militares y de la pequeñez de sus dominios; no dejó de reirse francamente de cuanto le merecía, sin perder, no obstante, ocasión de hacerle observar con maña y destreza los efectos de una prudente administración.

Pero todos sus afanes eran supérfluos; Saint Julien, que nunca había visto más que los desconchados torreones del solar hereditario y sus rústicas cercanías, no podía ver sin admiración pueril aquel aparato de monarquía doméstica. La belleza del cielo, los vivos colores del país, la elegancia del palacio construído al gusto oriental por los diseños de la princesa, la prosopopeya de los señores de su

pequeña corte, los trajes algo anticuados, pero ricos, de los altos empleados, todo tomaba á sus ojos un aspecto de esplendor y majestad que le hacia mirar su suerte como un sueño.

Cuando llegó á su palacio, tan sitiada se vió Quintilia de agasajos y reverencias, que no pudo ocuparse en instalar á su nuevo secretario. Al querer éste tomar algún descanso, los criados, midiendo su consideración por la magnificencia de los vestidos, le enviaron á una guardilla, resignóse él sin dificultad; delicado de complexión y poco habituado á la fatiga, no tardó en dormirse profundamente.

Al día siguiente por la mañana entró á despertarle Ginetta.

—Señor conde—le dijo con la seriedad propia de la persona que conoce toda su dignidad;—aquí no está usted bien. Su alteza no sabe donde lo han alojado, pero como no tuvo tiempo ayer para ocuparse en nada, suplica á usted que espere aquí un día ó dos, que salga lo menos posible, que no se deje ver de muchas personas, que no hable á ninguna, y que esté seguro de que se ocupa en instalarla de un modo que quedará contento.

Después de este discurso, saludóle Ginetta, y salió con aire magestuoso.

El joven se conformó religiosamente con las órdenes de su soberana. Un ayuda de cámara ya algo canoso, le llevó manjares sumamente apetitosos, le sirvió respetuosamente sin hablarle una palabra y le entregó algunos libros; tales fueron las pruebas que estuvo por espacio de tres días, de que se acordaba de él la princesa.

En la noche del tercero, cuando empezaba ya á impacientarse y á no recibir mucho gusto de verse así abandonado, oyó, al mismo tiempo que la campa-

na del reloj, que daba las doce, las ligeras pisadas de una mujer, y de nuevo se presentó Ginetta.

—Sígame usted; señor conde—le dijo con tono respetuoso, pero con una mirada un si es no es burlesca;—su alteza serenísima me manda que conduzca á usted á su nuevo domicilio.

Siguióla Saint Julien cruzando multitud de corredores en los pisos más altos del palacio; al cabo de mil revueltas abrió Ginetta una puertecilla, cuya llave llevaba; pero al ir á entrar el joven por ella, lanzose hacia ellos un hombre encendido y colérico, exclamando:

—¿A dónde se va?

—¿Qué le importa á usted?—respondió la atrevida doncella?

A la vacilante claridad de la luz que ésta llevaba en la mano, reconoció Saint Julien al escudero ó ayudante de campo Lucioli, que fulminaba sobre él centelleantes miradas.

—Tengo el mando de esta parte del palacio —dijo—y nadie pasará sin mi permiso.

—Aquí hay otro que vale algo más—dijo Ginetta presentándole un papel.

Examinóle Lucioli, lo hizo trizas entre sus manos con fiera exasperación, y lo tiró al suelo profiriendo un horrible juramento; luego desapareció, no sin haber echado á Saint Julien una nueva mirada de rencor y venganza.

Aquella rápida escena reavivó las dudas del manco.

—O soy un necio—dijo entre sí—ó esta conducta es la de un amante abandonado que ve en mí su sucesor.

Tanto le turbó esta idea, que llegó todo trémulo al pie de la escalera. Quando Ginetta se volvió para

entregarle la llave del cuarto, estaba pálido, y apenas podía sostenerse sobre sus rodillas.

—¿Qué es eso?—le dijo la niña de los vivaces ojos—¿tenemos miedo?

—No de Lucioli, señorita—respondió con frialdad Saint Julien.

—Entonces ¿de quién?—le preguntó con ingenuidad.—Pues señor, aquí está usted en su cuarto; la princesa le pasará á usted recado mañana, cuando pueda recibirle; un servidor particular responderá á esta campanilla. Buenas noches, señor conde.

Díjole esto echándole una mirada equívoca; en la que no pudo Saint Julien distinguir la ingenua malicia de un niño de la donosa zalamería de una coqueta; casi temió temerse á sí mismo por sobradamente presuntuoso.

Estaba la estancia primorosamente adornada; era todo tan nuevo y flamante, que no pudo menos Saint Julien, á pesar de sus escrúpulos, de persuadirse de que aquella habitación había sido preparada expresamente para él. La austera sencillez de los adornos, la sobriedad de los objetos de lujo, la buena elección de los objetos de arte, parecían expresamente destinados á sus gustos y carácter. Los grabados representan los retratos de sus poetas favoritos; los libros que prefería llenaban los estantes; cerrados con puertas de cristales; hasta había una gran Biblia entreabierta por un salmo que muchas veces había citado con admiración durante el viaje.

—Es imposible que todo esto sea efecto de la casualidad—dijo—¿pero quién soy yo para que de esa suerte piense en mí, para que me honre con una amistad tan delicada? ¡Quintilia! Quintilia! Cualquiera que sea el escarnio que hagan de mí los hombres, por muy desgraciado me tendría si hubiera de trocar el tesoro de este casto y puro efecto por una

noche de placer... Y sin embargo ¿cuánto no es mi orgullo al aspirar á ser el único amante de una mujer como ella? ¿Soy loco ó necio?

Al día siguiente por la mañana se decidió á tirar del cordón de seda de la campanilla, menos porque tuviera necesidad de un criado, que por un sentimiento de vaga é inquieta curiosidad, aplicada á las cosas que le rodeaban; dos minutos después vió entrar el paje de la princesa, un muchacho de diez y seis años, pero tan pequeñito y endeble, que cualquiera le hubiera dado doce. Su móvil y delicada fisonomía, su aire jovial, delicado y petulante, su traje teatral, su melena rubia y bien rizada, realizaban el más pequeño tipo de paje travieso y de niño mimado que llevó jamás el abanico de una reina.

—¡Cómo! ¿Eres tú Galeotto?—dijo con sorpresa el joven.

—Sí, yo—respondió el paje con altivez;—la princesa me pone á tus órdenes; pero escucha: nunca olvides que me llamo Galeoto *degli Siratiópoli* y que soy tu igual en todo; si la pobreza ha hecho de mí un aventurero, jamás podrá convertirme en lacayo; ten, pues entendido que soy aquí tu amigo y compañero. Obedezco á la princesa y la serviré de rodillas, porque és mujer y hermosa; pero á tí nunca consentiré más que en servirte por favor. ¿Estamos?

—No tengo necesidad de un servidor—replicó Saint Julien—y sí de un amigo. Ya ves que la casualidad me favorece.

Galeotto le presentó su mano, y una sonrisa amistosa entreabrió su rosada boca armada de una magnífica dentadura.

—Bien me decía su alteza—prosiguió—que no tardaríamos en entendernos y en vivir como her-

manos. La princesa quiere que no tengamos ninguna comunicación con los criados; jóvenes como somos, pobres como lo fuimos, no necesitamos ayudas de cámara, pero tenemos necesidad mutuamente de consejos y de compañía; por eso nuestras celdas están inmediatas una a otra; una campanilla comunica de tí á mí; pero, tenlo presente, la misma comunicación existe de mí á ti, y para comenzar, escucha:

Salió el paje y poco después sonó como vibrada con autoridad una campanilla escondida entre las colgaduras de la cama de Saint Julien, comprendió éste y se apresuró a salir de su cuarto; al cabo de pocos pasos, vió á Galeotto en la puerta del suyo.

—Iba á buscarle a la casualidad—dijo Saint Julien—porque no me has dicho, caro mío, donde reside tu señoría; pero, en fin, aquí me tienes a tus órdenes.

—Bien está—dijo el paje;—ahora volvamos a tu cuarto, que te voy a ayudar a vestir. Esto es de suma importancia—añadió viendo que Saint Julien ponía mal gesto; no hago mas que cumplir lo que se me ha mandado; déjame.

Sacó entonces Galeotto del bolsillo una llave de plata sobredorada, con la que abrió un gran cofre de cedro que servía de cómoda en el cuarto de Saint Julien, sacó de él algunos vestidos de forma extraña, que desagradaron al joven francés.

—Eres un pobre hombre, amigo mío—le dijo el paje;—si temes ponerte en ridiculo echándote á cuestras un vestido de teatro, no debiste aceptar el dominio de una mujer. ¿Olvidas que hacemos aquí los primeros papeles después de la mona y del papagayo? Eso mismo hice la primera vez que me quitaron mis manteos raídos (porque es de advertir que me escapé del seminario por encima de las tapias) paraponerme estas plumas con que parezco un

catatúa: lloré, pateé (entonces tenía doce años); quise hacerlo todo añicos y tirar la gorra al tejado; pero Ginetta, que es una muchacha de talento, me dijo lo que hacía al caso y te aseguro que hoy me encuentro como el pez en el agua.—Mira—añadió el travieso pajecillo contoneándose enfrente de un espejo en que se reflejaba de los pies hasta la cabeza;—esta pierna hecha á torno y este pie de mujer. ¿no serían cosas tiradas á la calle bajo un pantalón de soldado y una bota húngara? ¿Crees que sería tan airoso mi talle, que serían mis movimientos tan graciosos bajo las trenzas de un dormán ó bajo el paño de ese frac grosero? Por lo que hace á mis encajes, no son mucho más blancos que mis manos, que es todo lo que hay que decir, y mis cabellos, que acaso te parecerán algo afeminados, conde amigo, tienen el honor de que todos los días los rice y perfume Ginetta. El cuidado de saber lo que nos sienta bien debe fiarse á las mujeres, donde ellas reinan, créeme, no somos muy dignos de compasión.

—Galeotto—dijo Saint Julien cediendo con aire pensativo á sus instigaciones;—si es así, te confieso que no es muy de mi gusto esta corte. Tú eres decididor, alegre, brillante, y esta vida debe agradarte; además, aun no has llegado á la edad en que se hace sentir la necesidad de ocupaciones más serias; tienes ya, es cierto, la noble altivez de un hombre, pero aún conservas la feliz impresión de un niño. Yo ya soy viejo, y tengo un carácter melancólico, un natural reservado y frío. Una vida de bullicio y diversiones no me conviene; no sé agradar á las mujeres; en una palabra, preferiría vivir como un hombre.

—¡Admirable princesa!—exclamó Galeotto abrochándole su jubón de terciopelo negro.

—No quisiera en verdad cargar con un fusil al

hombro y fumar en un cuerpo de guardia—continuo Luis;—conozco que no he nacido para esa vida aperreada, enemiga del desarrollo de la inteligencia.

—¡Sublime sensatez la de su alteza!—repuso el paje, atándole encima de la rodilla un arillo de plata encelada.

—Pero desearía—continuó Saint Julien—poder ocuparme aquí en un trabajo útil, y tener el derecho de consagrar al estudio mis horas de descanso.

—¡Viva su alteza serenísima!—exclamó el paje.

—Pero ¿qué es eso? ¿No me escuchas?

—Todo lo contrario—respondió el muchacho;—lo que me admira escuchándote es que su alteza te conozca ya tan á fondo. Todo eso que me estás diciéndome lo dijo ella anoche, y conocerás que después de haberte conocido tan admirablemente; tendrá demasiado talento para no apartarte de tu vocación. Todo lo que desees te lo ha preparado ya; ha entrado en el fondo de tu cerebro por las niñas de tus ojos, y ha estudiado tu alma en el sonido de tu voz; ten cachaza por algunos días, y si no estás contento con tu suerte, ya puedes pensar en ahorcarte, porque es señal de que padeces spleen. Entretanto mirate al espejo, y dime si la elección de ese traje no revela en nuestra soberana el sentimiento del arte y la inteligencia del corazón.

—Veo que eres muy irónico—dijo Saint Julién mirándose sin verse;—yo no soy así.

—¿Eres quisquilloso?

—Un poco; con rubor lo confieso.

—Haces mal; pero á fé mía que no lo digo en broma. Mirate; me voy para no intimidarte.

Cabizbajo quedo el mancebo enfrente del espejo sin pensar en seguir el consejo de Galeotto; poco á poco comenzó á mirarse, con disgusto al principio, luego con sorpresa, y al fin con cierto placer. Aque-

lla ropilla negra, aquella ancha valona Blanca, aquellos largos cabellos caídos sobre las sienes se acomodaban tan bien con el rostro pálido, el continente tímido, y la expresión lánguida y algún tanto desconfiada del joven filósofo que después de haberla vestido de aquella suerte no era posible imaginársele vestido de otro modo.

Nunca había reparado Saint Julien en su buena figura, ni tampoco le había hecho reparar ninguno de sus rústicos amigos, antes por el contrario, le habían acostumbrado á mirar la delicadeza de su complexión como una falta de su naturaleza y una organización bastante despreciable. Entonces, por la primera vez, viéndose semejante á un tipo que muchas veces había admirado en las copias grabadas de los cuadros antiguos, se admiró de no hallarse tan desairado como creía. Brilló en su rostro una ingenua satisfacción, y estuvo embebecido cerca de un cuarto de hora en éxtasis delante de su propia imágen, olvidándose de todo completamente, y tomando el espejo en que se miraba en su inmovilidad contemplativa, por un hermoso cuadro suspendido enfrente de él.

Dos caras isueñas que aparecieron de pronto en segundo término, destruyeron su ilusión; salió como de un sueño, y vió detrás de sí al paje y á Ginetta, que le aplaudían destortillándose de risa. Algo confuso de verse sorprendido, apoyóse de espalda en la pared, y cruzando los brazos, esperó á que acabasen de exhalar su loca alegría; pero no bastó á ponerla coto su mirada tri te y desdenosa. El paje dió un brinco sobre la cama apretándose el vacío, y Ginetta se dejó caer en el suelo con el donaire y soltura de una gatita juguetona.

Luego levantándose de repente y cruzando los brazos, se apoyó también de espaldas en la pared,

precisamente enfrente de Saint Julien y en la misma actitud que él, y le miró de pies á cabeza con suma formalidad. Volviéndose enseguida al paje, dijo-le en tono grave:

—La pierna algo delgadilla y las rodillas muy juntas; pero no hace mal, nada de eso.

Picado y corrido ya el conde en alto grado, oyó dar las once; entonces el paje y la doncella, dando un respingo como lebreles al sonido de la bocina, le asieron cada uno por un brazo diciendo:

—¡Pronto, pronto, á la obligación!—y antes de que tuviera tiempo para saber lo que le pasaba, se halló en la estancia de la princesa.

V

Estaba Quintilia reclinada sobre ricas alfombras, aspirando el aroma del sándalo en una larga pipa cubierta de pedrería; su traje era, como de costumbre á la griega, pero de un lujo asiático. Sus vestidos de seda de la India con fondo blanco, bordado de flores, estaban recamados de infinitos adornos de piedras preciosas; su garganta y sus brazos deslumbraban con sus magníficos diamantes. Su gorro griego de terciopelo azul celeste, puesto de lado sobre sus largos cabellos destrenzados, estaba bordado de perlas finas con rara perfección. Un riquísimo puñal brillaba en su faja de cachemira; dormía á sus pies un cervatillo domesticado del Ganges, alargado el hocico sobre una de sus delgadas patas. Apoyada en el codo y rodeándose del fragante humo del sándalo, la princesa entreabiertos los párpados, parecía sumergida en uno de aquellos largos éxtasis cuya serena dulzura saben saborear tan bien los pueblos de Levante.

Empezó Ginetta á prepararle el café y el paje á

llenar su pipa que ella alargó con aire indolente, después de haberle hecho con la cabeza un casi imperceptible saludo amistoso, Saint Julien permanecía en pie en medio de la estancia, absorto en su admiración, pero sin saber qué hacer ni qué decir.

Quintilia, dando un soplo á la nube de ópalo que ondulaba en torno suyo, distinguió á su secretario, que aguardaba con timidez sus órdenes.

—¡Ah! ¿Eres tú, Giliano?—dijo presentándole su hermosa mano.—¿Estás bien en tu nueva habitación? ¿Te parece que he sido un buen factotum en tu pequeño palacio? Ya te llegará tu turno de trabajar en el mío; pero mañana hablaremos de eso; hoy quiero presentarte á mis cortesanos; procura no cortarte. Veamos tu traje... Anda un poco... ¿qué te parece, Ginetta?

—Pienso absolutamente como vuestra alteza, señora.

—¿Y tú, Galeotto?

—Si esta señorita no hubiese dicho nada, yo hubiera dicho algo; pero no creo que se pueda dar una respuesta más ingeniosa que la suya.

—Ginetta—dijo la princesa—te prohibo que hagas rabiar á Galeotto; además—añadió viendo el aire triste y abatido de Saint Julien—esas niñerías no son del gusto del señor conde, y será preciso que tengáis con él un poco á raya vuestra loca alegría.

—Señora—dijo Luis, que temió aparecer pedante—déjelos vuestra alteza, yo se lo suplico, que ejerciten en mí su buen humor. Soy un lugareño sin gracia y sin talento; sus sarcasmos me formarán tal vez

—Eso corre por cuenta de nuestra amistad—dijo Quintilia;—pero todavía no me has contado tu historia, hijo mío, y aun no sé por qué capricho de la suerte el señor conde de Saint Julien me ha hecho

el honor de seguirme al Friuli. Apostaría á que en todo esto se encierra alguna aventura de amor, alguna gran pasión de novela acibarada por la inflexibilidad de un padre tirano; tu venida me huele á escapatoria. Sepamos, muchacho, que calaverada hay de por medio, por que deuda de juego, por qué mortal desafío, por qué doncella robada ó seducida digiste adiós tu patria.

Esto diciendo, apoyó su pie, calzado de una media de seda azulada con bordados de plata, sobre el lomo de su atigrado cervatillo, y al tomar su pipa de manos del paje, le besó en la frente con indolencia.

No turbó en lo más mínimo esta familiaridad á Galeotto, que parecía de todo punto resignado á su papel de niño, pero hizo sonrojar al tímido Luis.

—Veamos—dijo la princesa sin advertirlo—aun nos queda una hora hasta que empiece el ceremonial; ¿quieres contarnos tus aventuras?

—Mas le valdria á vuestra alteza, señora mandarme leer un cuento de las *Mil y una noches*, o una novela de Cervantes, cualquiera de las cuales la divertiría mucho más que la desaliñada y tosca narración de las oscuras penas de un héroe tan vulgar como yo.

—Creo comprender tu repugnancia, Giuliano—repuso la princesa;—temes ser escuchado con indiferencia; pero te engañas; no trato de satisfacer una vana curiosidad, sino de leer, si me es posible, en el fondo de tu corazón, á fin de ilustrar mi amistad sobre los medios de hacerte feliz. Si dudas del interés con que vamos á oírte, aguarda á adquirir más confianza; á nosotros nos toca saber merecerla.

—Necio sería é ingrato, señora—respondió Saint Julien—si dudase de benevolencia de vuestra alteza después de las bondades de que me ha colmado;

creo también en la amistad de mi joven compañero y en la discreción de la señorita Ginetta, además no hay grandes misterios en mi historia y ciertamente no puede la publicidad ni agravar ni mitigar los infortunios domésticos que han herido mi corazón.

Cogió Galeotto de la mano á Saint Julien le hizo sentar sobre la alfombra entre él y el cervatillo favorito; en seguida el joven conde comenzó su historia en estos terminos:

«Nací en Normandía, de padres nobles, pero arruinados por la revolución del siglo pasado. Mi madre, al abandonar su patria, tuvo á gran fortuna poder confiar mi educación á un sacerdote, á quien en mejores tiempos había hecho importantes servicios, y que, por gratitud, se encargó de mí. Seis años tenía cuando me instalaron en la rectoría, en una pobre aldea de mi patria. El cura era todavía joven, pero austero ferviente como un cristiano los primeros tiempos de la iglesia; inteligente é instruido, complacíase en extender el círculo de mis ideas en cuanto es posible hacerlo sin traspasar los límites de la fe. Juzgaba él todas las cosas humanas con severidad, pero con calma; sus principios eran inflexibles, y la suma pureza de su conciencia le daba derecho á ser absoluto y firme con los malos; era poco accesible al entusiasmo y sólo se exaltaba para anatematizar el vicio con palabras vehementes y arrancar la máscara á la vil hipocresía.

A pesar de esta noble sinceridad, y del horror con que miraba todo maquiavelismo religioso, aquel hombre respetable era poco querido, porque pocos lo comprendían. Acusábanle de intolerante y le confundían con los fanáticos que bajo el hábito del levita, albergan el rencor y la suspicaz acrimonia de los corazones ulcerados, pero eran injustos con él;

puedo asegurarlo. Era el más casto y al mismo tiempo el menos desaborido de los sacerdotes: la firmeza, el espíritu de orden, el amor á la justicia, principales elementos de su carácter, derramaban en su trato y en sus costumbres una serenidad patriarcal. Su hermana, digna y excelente mujer, distribuía las limosnas con discernimiento; su casa era un dechado de modestia, aseo y decoro, y era tal la vigilancia que ejercía el buen sacerdote sobre su parroquia, que no se veía en toda ella ningún malhechor ó vagabundo.

En esto se apoyaban algunos flántropos imprudentes para decir que su conducta era más bien la de un inflexible juez que la de un apóstol misericordioso; no querían comprender que hacía la guerra al vicio y que sólo aborrecía en los hombres la marcha del pecado.

Por lo que á mí hace, todo me agradaba en él, y mas que nada aquel virtuoso rigor que desvanecía todas las dudas de mi conciencia y allanaba todos los obstáculos en la senda de mi vida; guiado por él sentíame capaz de ser virtuosa como él. Sus consejos, sus estímulos y sus elogios me inundaba de una alegría celestial, y no temía buscar en un noble orgullo la fuerza que el hombre necesita para arrostrar las seducciones culpables. Exhortábame él á este sentimiento de estimación hacia mí mismo, haciéndome mirar como la más segura garantía contra la depravación de un siglo sin creencias.

Cuando entré en la adolescencia, una vaga y desconocida inquietud vino á turbar la paz de mis sueños y al fervor de mis oraciones, así se lo confesé á mi protector, no como á sacerdote, sino como á amigo. Respondiome con franqueza y me reveló todos los secretos de la vida.

—Si estuviérais destinados á la virginidad del sacerdocio—me dijo—procuraría prolongar vuestra ignorancia ó apagar con el temor los ardores de vuestra imaginación juvenil; pero el germen de las pasiones se revela con sobrada vivacidad para que trate nunca de apartaros del mundo, á donde os llama el destino; todo consiste en dirigir bien las propias pasiones para que sean fértiles en nobles pensamientos y buenas obras.

Entonces me pintó con vivísimos colores las dos especies de amor que mancillan ó purifican las almas; el halago del placer que, sin el otro amor, sólo conduce al embrutecimiento de la inteligencia, y el amor del corazón, que une á los seres virtuosos y produce la unión santa del hombre y la mujer. Háblome de aquella compañera de Adán, de aquella bendición del cielo enviada al sueño del primer hombre como el don mas hermoso que reservaba el Hacedor para coronar la grande obra de la creación; háblome también de ese ser degenerado que en nuestra sociedad corrompida, desmiente su celeste origen y embriaga al hombre con el veneno de la lujuria, fruto amargo y eterno de la ciencia. Los retratos que me hizo de la mujer pura y de la mujer viciosa, imprimieron en mi corazón de niño dos imágenes indelebiles: una divina y coronada, como las vírgenes de nuestras iglesias, de una santa aureola; otra, odiosa y horrible como un funesto ensueño. Que esta idea era errónea en su aplicación inmediata, me parece indudable en el día y sin embargo, nunca he podido perder enteramente esta obstinada impresion de mi primera juventud. La fealdad del cuerpo y la del alma siempre me parecen insuperables á primera vista, y ver á la hermosura del rostro servir de máscara á la lepra del corazón, es cosa que me indigna como una doble impostura,

que me aterra como un completo trastorno en el orden eternal del universo.

Cuando volvieron á Francia los Borbones, volvieron mis padres de la emigración, y dejé con pena la rectoría para ir á habitar el ruinoso castillo de mis mayores. Mi padre sacrificó sus últimos recursos para volver á entrar en posesión del solar que llevaba su nombre, pero sólo pudo recobrar una pequeña parte de las tierras inmediatas, y el sostén de su casa y de un parque que nada le producía, acabó de hacer precaria y triste nuestra existencia. Esperé, no obstante, al principio, gozar una felicidad nueva para mí, en la intimidad de mi madre, cuyas caricias y tiernos desvelos eran los más dulces recuerdos de mi infancia. Todavía era hermosa á pesar de sus cincuenta años, y á un talento natural sumamente despejado, unía bastante instrucción y no poco conocimiento del mundo; mas por una invencible fatalidad, nuestras opiniones diferían en muchos puntos. Verdad es que mi madre daba poquísima importancia á nuestras discusiones, como sino advirtiera la dolorosa impresión que me producían; pero era muy duro para mí hallar en una mujer á quien hubiera querido tributar el más santo respeto, una ligereza de principios tan contraria á lo que yo esperaba de ella.

Poco á poco la superficialidad con que trataba mi madre mis más caras creencias y la especie de irónica compasión que le inspiraba mi carácter, me hicieron ser algo más audaz, y tratar de atraerla á mis ideas; pero entonces me impuso silencio con altivez y me reprendió agriamente lo que ella llamaba el pedantismo de la intolerancia. Mi padre nunca tomaba parte en nuestros altercados; casi siempre dormido en su poltrona, sólo le interesaba su partida de los cientos que mi madre le hacía, es cierto,

con infatigable dulzura, y con tal que nada turbase su natural indolencia, á todas las caras y á todos los caracteres se avenía.

Un conocido de la casa me hizo, casi á pesar mío, el triste favor de confiarme que mi madre había engañado más de una vez en otros tiempos á aquel marido demasiado bueno, y me aconsejó que anduviese más mirado y prudente en mis discusiones con ella. Dile gracias por el aviso y lo aproveché; comprendí que ya no tenía derecho para discutir, pues hacerlo lo hubiera sido arrojarle el de censurar la conducta de mi madre; pero limitándome á un frío respeto, sentí desvanecerse en mí aquel ciego cariño á que se dirigían todas mis esperanzas.

Mis pesares me hicieron melancólico, adusto, y el fastidio se apoderó de mí; en aquel aislamiento del alma adquirí un hábito de disimulo y cautela que acabó de enajenarme el corazón de mis padres. Cruelmente me lo manifestaron cuatro ó cinco veces, y á la última tomé mi resolución; huí de su casa una noche dejándoles una carta en que me disculpaba humildemente y les prometía que, cualquiera que fuese mi suerte futura, nunca tendrían que avergonzarse de mí. Púseme en camino á la casualidad, tristemente y casi sin recursos, no permitiéndome la estrechez en que vivían mis padres pedirles el menor sacrificio; esperé en la Providencia y también un poco en mi valor. Vuestra alteza sabe lo demás, pues, merced á sus bondades, no he tenido que soportar por mucho tiempo las fatigas y privaciones de un viaje.»

—Gracias te doy por tu confianza, Luis—dijo la princesa;—veo que tienes un noble corazón; pero déjame que te hable como amiga y reemplace á la madre que abandonaste, porque temo, hijo mío, que estés algún tanto contaminado, sin saberlo y apesar

tuyo, del espíritu de obstinación y orgullo de que con razón se acusa al ciego de Francia. Ese cura de quien me has hablado, es sin duda un hombre virtuoso y franco, pero acaso no iban muy descarriados los que le acusaban de ser poco indulgente y misericordioso. No me gusta que se expulse de un país á los vagabundos y á los malecheros; mas valdria tratar de fijar y dar ocupacion á los unos, de corregir ó contener á los otros. Tu madre me parece una buena mujer, que tú hubieras debido aceptar con sus virtudes y sus defectos, y aún te estimaria más si hubieras ignorado ó sumergido en profundo silencio los errores de su juventud.

No te alucines, amigo mio; ese caracter absoluto, esa fria costumbre de condenar en silencio y repelar para siempre y sin perdon todo lo que no se nos parece, pueden muy bien hacernos culpables, peligrosos para los demas y aun para nosotros mismos. Ya ves lo que has sufrido; y seguramente tu madre, por muy insustancial que sea, habrá llorado tu partida y sus motivos. ¿Las das alguna vez al menos noticias tuyas?

—Si, señora—respondió Saint Julien.

—Bien hecho; hazlo siempre así, y afánate por lograr que el lenguaje de tus cartas le haga olvidar la acerba pesadumbre que le has dado. En todo caso —añadió la princesa poniéndose en pié y presentándole su mano;—bien has hecho en decirnos todas esas cosas, señor conde; así conoceremos mejor el respeto que debemos á tus desgracias. Hijos míos—dijo á los otros dos testigos de aquella escena;—tenéis demasiado talento y delicadeza para no conocerlo también; el corazón de San Giuliano no es de la misma edad que el vuestro y no debeis tratarle cual á un niño como vosotros. Y tú, Luis—dijo volviéndose al joven conde—preciso es tambien que

hagas alguna concesión á su juventud y procura distraerte con ellos; unidos consagraremos nuestros esfuerzos á crearte un porvenir mejor que el pasado: sino lo logramos, prueba será de que la amistad es insuficiente y de que tu alma no olvida.

Siendo ya llegada la hora en que debía presentarte por primera vez después de su vuelta á toda su corte reunida, púsose la princesa sobre su traje de seda un ropón de terciopelo bordado de oro y forrado de martas cibelinas. Tomó el paje su abanico de plumas de pavo real, y entregó á Saint Julien un libro espléndidamente encuadernado, en que debía apuntar las solicitudes presentadas á la soberana. Ginetta, que tenía privilegios especiales, se mezcló á tres grandes señoras austriacas que, por derecho de nobleza, tenían el honroso cargo de presentarse en público como criadas de su alteza.

Luego que la princesa recibió los homenajes de sus aduladores, presentóles su secretario particular, el conde de Saint Julien. En el tono en que lo hizo conocieron todos que no era al pie de la letra el que veían un sucesor del abate Scipione y que era preciso conducirse con él de otra manera. Tanto le acusaron á protestas y rendimientos, que el pobre joven quedó como atontado; muy distante estaba ciertamente de haber concebido tan alta idea de su destino.

—A fe mía que no me tratarían mejor—se decía—si fuera el esposo de la princesa; y sin embargo, bien deben saber con qué equipaje llegué á esta corte.—Viendo entonces cuán bajos y rastreros son los hombres ante todo el que obtiene la privanza del amo, se admiró de haber sido tan tímido.—¿Dónde está—decía—aquella grandeza que yo soñaba? ¿Dónde están aquellos hombres generosos que sostienen la dignidad de su clase con nobles acciones

y tienen el corazón noble y altivo como la divisa de sus ilustres ascendientes? ¿Son tan raros los verdaderos nobles como los verdaderos talentos?

Se celebraron en el mismo día las bodas del ayudante de campo Lucio con la lectora mistress White. Gran motivo de admiración fué para Saint Julien que á aquel gallardo joven casarse con una solterona de humilde esfera y cortísimos alcances, pero nadie participó de su sorpresa. Quintilia dotaba magníficamente á la dueña, con lo que podría Lucio en lo sucesivo satisfacer su ridícula vanidad y ostentar un lujo insolente. Muy reconciliado estaba el novio con su situación y hallaba en el continente grave de su princesa más indulgencia para su amor propio de lo que había esperado.

Presidió, en efecto, la Cavalcanti aquella escena con imperturbable sangre fría; imposible era sospechar, en vista de su aire austero y maternal, que se ocupaba en divertirse seriamente á costa de una víctima insolente y villana. En ningún rincón de la capilla se divisó la más leve sonrisa; los labios de Quintilia estaban inmóviles y apretados como los de un sistemático que resuelve interiormente un problema difícil; sin embargo, todavía desconfió el conde de aquella afectación, y cuando hacía la media noche se reunió la princesa en su cuarto con él, Ginetta y Galeotto, no le asombró en manera alguna la escena de que fué testigo. Ginetta, apretándose la boca con el pañuelo, parecía esperar con violenta impaciencia permiso para soltar la presa, cuando Quintilia, dejándose caer cuan larga era sobre la alfombra, la dió el ejemplo de una risa inextinguible y casi convulsiva. El paje completó el tercero y Luis quedó embobado contemplándolos, hasta que, moderadas un tanto las risotadas, un fuego graneado de sarcasmos y de observaciones clásicas

vino á hacerle conocer que había presenciado la más solemne y majestuosa mojiganga de que puede ser víctima un amante desdenado ó caído.

—Eso no me gusta—dijo al paje cuando se hallaron solos en su cuarto;—ó ese Lucioni es un sandio á quien chasquean sin compasión, ó un miserable que se consuela con dinero y á quien sería mucho mejor plantar en la calle.

—Paréceme—dijo el paje en tono seco y formal—que os metéis á criticar la conducta de nuestra bienhechora, y si es así, también os diré, señor conde, que *eso no me gusta*.

—Ponéos en mi lugar—dijo Luis algo confuso—¿no pensaríais viendo cosas tan extrañas, que la princesa es muy cruel con los que osan elevarse hasta su altura ó muy inconstante con los que á ella hace subir por un momento?

Respondió el paje á estas razones con una carcajada; mas volviendo inmediatamente á su formalidad, salió de la estancia diciendo á Saint Julien:

—Amigo mío, ni la fidelidad ni la prudencia admiten el espíritu de análisis.

VI

Al día siguiente llamó la princesa á su secretario y se encerró con él en su gabinete. Mil proyectos la ocupaban: quería introducir notables economías en su lujo, fundar un nuevo hospital, cercenar las riquezas de un cabildo, escribir un tratado sobre Economía política y otras muchas cosas más.

Saint Julien quedó pasmado; y creyó por un momento que no bastaría ni aun para plantearlas toda la vida de un hombre; pero sentó ella con tanta exactitud los puntos principales, dióle explicaciones

tan concisas y luminosas, que pronto empezó á ver claro lo que había tomado al principio por el caso de una cabeza mujeril. Antes de despedirle, le confió un trabajo bastante considerable que debía presentarle acabado al día siguiente, y del que quedó contenta, aunque hizo en él numerosas enmiendas y anotaciones.

Muchos meses emplearon en disponer y llevar á cabo aquellos trabajos. Durante este tiempo estuvo la princesa encerrada en su palacio; se suspendieron todas las diversiones y besamanos, estuvieron las calles silenciosas y no iluminó las fachadas el resplandor de las hachas. Quintilia, vestida de un largo ropón de terciopelo negro y recogido su hermoso cabello bajo una toca á lo María Stuardo, parecía olvidar completamente el lujo, la pompa y el bullicio á que era tan inclinada. Sumergida en estudios serios y en útiles reflexiones, no se procuraba más distracción ni solaz que el de fumar por la noche en una azotea con sus confidentes íntimos, á saber: el paje, el secretario y Ginetta. Paseábase á veces en góndola con ellos por el pequeño y manso río llamado Celina, que cruza el principado pero toda alegría bulliciosa estaba desterrada de sus conversaciones.

Sus proyectos de mañana, sus trabajos de ayer la ponían en inmediato y continuo roce con Saint Julien, resultando de esto entre ellos una familiaridad en que había un no sé qué de sereno y fraterno, que era algo más que la amistad, y que no se parecía, sin embargo, al amor. Así lo creía Luis al menos, pero es lo cierto que un solo pensamiento dominaba su alma y absorbía todas sus facultades. Si no hubieran llenado las horas en que la princesa le desterraba de su presencia el constante trabajo que ella le imponía y los breves momentos de des-

canso que le era forzoso tomar, seguramente le hubieran parecido insoportables; pero apenas se levantaba, pasaba al gabinete de Quintilia y no se separaba de ella hasta la noche; con él hacía todas sus comidas, comidas á la ligera. Si reposaba tal vez el ánimo fatigados de sus continuas tareas intelectuales con ideas más agradables, siempre era en compañía de su joven protegido; hablábale de las bellas artes que ambos amaban y sentían profundamente, escuchaba con interés algunas sencillas y tiernas poesías de que se inspiraba el joven á su lado, ó bien le hablaba de las ventajas de una vida laboriosa y arreglada, de los encantos de una amistad pura y santa. Escuchaba el mancebo con delicia, y al ver su carta frente y su mirada maternal, olvidaba que podía nacer en su pecho al lado de aquella mujer una pasión borrascosa ó fatal, persuadiase de que había llegado el término de los deseos de un alma noble; creía haber alcanzado para siempre una felicidad completa y sin remordimientos. Verdad es que, á veces, cuando se hallaba solo al salir de aquellas dulces pláticas, su cabeza se inflamaba, su corazón latía apresurado, su agitación se convertía en un vago dolor, pero un sentimiento piadoso sucedía á estas agitaciones; daba gracias á Dios por haberle sacado de una condición dolorosa para colmarle de tantas felicidades, lloraba como un niño, pronunciaba el nombre de Quintilia y lo asociaba al nombre de María, la virgen de los cielos. Y después que aligeraba su oprimido corazón con estos éxtasis, emprendía con nuevo ardor la tarea que le había confiado su soberana, y saboreaba anticipada la delicia de merecer y alcanzar sus elogios y su agradecimiento.

Enteramente separado del resto de la servidumbre de la princesa, sólo tenía algunas relaciones con

Galeotto; su carácter tímido y algo altivo, sus serias asiduas ocupaciones, y sobre todo el sentimiento de bienestar en que se hallaba y que hacia inútil para él toda expansión, se oponían a que tuviese comunicación alguna con los demás; tan retirado vivió desde su llegada á la corte de todo lo que no era Quintilia, que apenas sabía los nombres de las personas que á cada paso encontraba en las habitaciones del palacio; en tanto, una verdadera pasión, devoradora, tenaz, eterna, se encendía en su alma sin saberlo él mismo á la sombra de aquella peligrosa confianza. La imaginación de aquel joven era tan pura, tan mal conocía el amor, que no creía en su tormentos y los parecía sin sospechar su existencia.

Así pasaron seis meses; una tarde hallóse el trabajo terminado. Aquel día había estado la princesa más grave y pensativa de lo acostumbrado; escribió de su propio puño una página entera al fin del mamómetro que acababa de presentarle Saint Julien, y mientras en esto se ocupaba, Ginetta, que se había introducido con mucho tiento en la estancia, esperaba con una especie de ansiedad á que acabase; sus ojos negros y traviosos se dirigían con impaciencia, ya á la puerta, donde divisó Luis una punta del ferreruero de Galeotto, ya á la frente sombría y al fruncido ceño de la princesa.

Dejó ésta en fin la pluma con aire distraído, se cubrió el rostro con las manos, volvió á tomar la pluma, se entretuvo un momento con una trenza de su pelo que se había soltado, luego se estremeció de repente, trazó con precipitación algunos números, firmó el registro, lo cerró, y de un manotazo lo cerró, y de un manotazo lo echó á rodar al otro extremo de la mesa; en seguida, sin dejar la pluma, púsose en pié, se volvió hacia Ginetta y se la colocó en un mechón de su negra cabellera.

—¿Se acabó por fin, señora?—dijo lanzando un grito de júbilo;—¿esa blanca mano va á romper la pluma y á manejar de nuevo el cetro y el abanico? ¿Hemos llegado al término de esta pálida cuaresma? ¿Va á romper en fin el placer la losa del sepulcro en que lo ha hundido vuestra alteza? ¿Puedo tirar esta pícara pluma que me pesa en la cabeza como si fuera de plomo?

—Haz con ella un auto de fe—respondió Quintilia;— no trabajo más por este año.

—¡Viva la libertad!—exclamó Galeotto entrando de un brinco en la estancia.—A riesgo de llevar la tentación de hincar una rodilla en tierra ante mi soberana y suplicarle que se digne romper las cadenas de su escudero.

—Tiende tu alegre vuelo, linda mariposa—dijo la princesa dándole un beso en la frente.

—¡Virgen María!—dijo el paje levántandose;— más de seis meses hacía que no honraba tanto vuestra alteza á su pobre enano. Ya estamos todos salvos, renacemos, rompemos el capullo, resucitamos... ¡Aleluya! ¡aleluya!

—Quememos esta maldita pluma—dijo Ginetta.

—Nada de eso—repuso el paje quitándose la de la mano—metámosle en el tintero del señor secretario y vaya todo junto al Celina.

—Alto ahí—dijo la princesa; respetad el trabajo, la reflexión y la economía. Giuliano mío, ya nos volveremos á ver las caras entre los libros; descansen hoy y digamos adiós á estas negras vestimentas; riamos con estos niños, seamos jóvenes y alegres como ellos, Paje, haziluminar las cuatro fachadas de mi palacio; tú, Ginetta vuelve la libertad á mis caballos y quitame del dedo esta última mucha de tinta.

Frotó Ginetta las manos de la princesa con esen-

cia de limón; el paje abrió las ventanas y dió desde ella algunas órdenes en alta voz; luego se llevó á Luis á la azotea, y dándole un soberbio ramillete de flores, le dijo:

Llévasele á su alteza, échate á sus pies y procura que deje caer sobre ti una dulce mirada; sobre todo, despidete para mucho tiempo de ese continente abatido. ¿De qué te admiras? ¿Cielas que estábamos convertidos para siempre, y que todo había de ir conforme á tus gustos y tus ideas? Aprende á conocer la amistad; yo, que podría vengarme hoy de todo el aburrimiento que me has causado, quiero, por el contrario, ayudarte á recobrar tu privanza, que se bambolea.

—Te juro, que no lo entiendo—respondió Saint Julien tomando maquinalmente el ramillete.

—Ea, ea—interrumpió el paje empujándole hacia la estancia;—sino eres torpe, aprovecha la ocasión, porque ya empieza la gresca.

Azabanse ya en efecto por los aires los armónicos sonos de cien instrumentos y volaban por las calles infinidad de cohetes y carretillas.

—¿Qué quiere decir toda esa algazara?—dijo Luis.

—Eso es obra mía—respondió Galeotto en tono de hombre muy satisfecho de sí mismo, obra que debe salvar ó perder á no pocos aduladores, hacer volar á los unos como águilas, zampujarse á los otros como gansos.

Saint Julien, empujado por el paje, se acercó á la princesa con muestras de turbacion y timidez.

Ya estaba transformada en otra distinta de la que estaba viendo hacia seis meses; tenia el cabello perfumado, la frente coronada de diamantes, loco y magnifico tocado. Su cuerpo había mudado de tnd y su rostro de expresion; indudablemente

cía más joven y estaba más hermosa y seductora que con su ropón negro y su aire meditabundo, pero á Luis le gustaba antes mucho más.

—Arrodillate—le dijo el paje al oído—y procura besarle la mano.

Creyó Saint Julien que se burlaban de él y casi estuvo á punto de acusar á Quintilia como cómplice en aquella pantomima. Dejose caer lentamente sobre el cojín de terciopelo que estaba á sus pies, y, trémulo y palpitante, alzó sobre ella una mirada que parecía una triste y cariñosa reconvención; pero en vez de hallarla irónica como creía, Quintilia le cogió cariñosamente una mano.

—¿Qué veo? ¡Flores en la mano de Saint Julien! —le dijo con amable sonrisa;—y precisamente me traes las flores que más me gustan, la rosa turca y la pompadura que embriaga. Vengan, vengan, Giuliano; tú también quieres rejuvenecerte y gozar.... Bien, hijo mío, bien. Hagámosles ver que el trabajo no nos ha vuelto estúpidos y que nuestras facultades no se han embotado como nuestras plumas.

Esto diciendo, besó Quintilia á su secretario en las dos mejillas; era aquella la primera vez que tal hacía, y tan lejos estaba el joven de esperar lo, que estuvo á punto de desfallecer bajo la violencia de su conmoción interior. Dióle como un bahído y no le fué posible comprender lo que pasaba en torno suyo.

Hubo grandes fuegos artificiales sobre el río, y una magnífica cena que parecía improvisada, pero que Galeotto y Ginetta tenían dispuesta muy de antemano, prolongó la diversión hasta muy entrada la noche. Saint Julien al principio siguió maquinalmente á la princesa; todavía se hallaba bajo la delirante impresión de aquel beso, y así no pensó más que en admirar su hermosura y amable dignidad.

con los que la festejaban; mas poco á poco todo aquel séquito de cortesanos que ya había perdido la costumbre de ver interponerse entre ella y él, aquel bullicio que no le permitía ser oído él solo, aquel movimiento que, al parecer, embelesaba á Quintilia llegaron á serle odiosos. Más de una vez sintió impulsos de dejar toda aquella algazara é ir á encerrarse en su cuarto; pero un sentimiento de adusta y recelosa inquietud le detuvo al lado de la princesa.

VII

—Amigo mío—le dijo Galeotto á la mañana siguiente—pongo en tu noticia que anoche estuviste soberanamente ridículo. ¿Qué tenías? ¡Triste, pálido, conternado!... Mira lo que haces; la princesa está de humor de divretirse; sino te diviertes, eres perdido.

—¡Perdido!—dijo Saint Julien;—¿cómo y por qué?

—¿Por qué? Porque la aburrirás. ¿Cómo? Por que olvidará hasta tu nombre.

—¿Dónde estamos, Dios mío?—dijo Luis pasándose la mano por los ojos con invencible tristeza.—¿Estoy soñando? ¿Cómo ha podido mudar todo de tal suerte en doce horas?

—Tu no conoces el mundo—repuso el paje;—ignoras que se debe no contar con nada, estar preparado á todo, y tener veinte caras para mudar con los que mudan.

—Pero hazme conocer á Quintilia, explícamela, ¿Qué me importan los demás?

—¡Quintilia!—dijo el paje bajando la voz;—¡que te explique esa mujer! ¡Yo! Mira; diez y seis años tengo y no me faltan ambición, travesura y cierta inteligencia. Veo, oigo y no me afano por compren-

der, obedezco; adivino lo que me van, á mandar, me parece que esto es algo para mi edad; pero que penetre la razón de lo que veo, de lo que oigo y de lo que hago, es ya demasiado exigir de mi inexperiencia y mi juventud. Tú si que debieras, filósofo profundo, ilustrarme.

—Solo una cosa quiero saber—dijo Luis fijando sus rasgados ojos tristes en los vivaces ojillos de Galeotto.—Bien veo que hay en ella dos mujeres distintas, una verdadera y otra artificial; una que ha nacido lo que es, otra formada por el siglo y por los hombres; ¿cuál de ellas es la obra de Dios?

Tuvo el paje en los labios una contracción nerviosa, como si fuera á decir una palabra cínica; adivinó Saint Julien las dos sílabas que se asomaban á aquella boca sardónica, y un doloroso estremecimiento corrió por todo su cuerpo, pero mudando pronto el paje de ademán y de tono, con aquella flexibilidad de cortesano innata en él.

—Esa pregunta no tiene piés ni cabeza, amigo mío—le dijo paseándose con gravedad por el cuarto;—el amor y la metafísica te han trastornado el seso. Te parece á tí que *nacemos* siendo algo? Basta hacer cada cual con nacer noble, canalla ó príncipe. Si fuera frenólogo, te diría cuáles protuberancias del cráneo de su alteza motivan las contradicciones que ves en ella; pero no siendo más que un pobre ignorante, prefiero admirar sus cabellos de azabache y recibir en esta frente pecadora los besos de una boca ducal, á....

Recordando el beso que había recibido, estremeciéndose el joven conde y se puso sucesivamente encendido y pálido como un difunto; advirtiéndole el paje, y parándose enfrente de él con los brazos cruzados:

—Amigo mío—le dijo—estás enamorado....¡Hom-
bre al agua!

—¿Yo?—dijo Luis turbado;—no lo creas, Venero á mi soberana, la...

—Calla, calla, no digas disparates—repuso Galeotto;—ya no estamos en los tiempos de la caballería andante; en el día, un noble y aun un pastelero, pueden casarse con una princesa. Estás enamorado, pero eres un loco.

—Déjate de bromas, Galeotto.

—No hay broma que valga. Ayer cuando recibiste aquel par de besos, estuviste á punto de desmayarte, lo que para quien no aspirase más que á medrar, hubiera sido de excelente efecto; esas timideces prosperan por esta tierra más que las fatuidades á lo Luciola. No serás tú á quien casen con una dueña y te envíen á tomar los aires al campo con cincuenta mil francos de renta y una momia ambulante como mistress White; pero te pondrán sí, un collarcito de oro al pescuezo y te dejarán encaneecer echadito sobre un ruedo entre el cervatillo atigrado y la galga blanca.

—¿Y cuál es el importante papel que haces tú aquí?—dijo Luis algo picado.

—Ninguno—respondió el paje; pero no estoy enamorado; y cuando me besan en la frente no olvido que soy un dije, un animalito casero, un niño condenado á no crecer; en este sentido, mientras llevo á hombre y hasta que empiecen á echarlo de ver, voy volviendo á Ginetta los besos que me dan.... Haz lo que yo, Giuliano: Ginetta es una muchacha excelente.

Experimentó Saint Julien algo así como un mareo y forzoso le fué apoyarse en el respaldo de una silla que tenía al lado.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó con mortal angustia.—¿Dónde me habéis conducido? ¿En qué abismo de corrupción me habéis precipitado?

Respondió Galeotto con una sonora carcajada á aquel místico apóstrofe.

El sencillo Luis le miraba con sorpresa y una especie de terror. Criado en el campo, lleno de inocencia y candor, no podía comprender la precoz depravación de aquel lujo del siglo, fruto amargo de la civilización.

—¡Tan joven y tan hermoso!—prosiguió mirándole con una sinceridad de dolor que aumentó la algarazara del paje;—con tanta gracia, con una frente tan pura, ¡ser ya tan árido y tan calculador! ¡Haber vencido ya el amor y el entusiasmo y los sentidos! ¿Y qué? ¡Ni siquiera enamorado de Ginetta!... ¡Irónico é insultante bajo los labios de ésta, desconfiado y frío bajo los labios de aquella!... ¿Qué amas, pues, qué puedes amar en este mundo, anciano de diez y seis años?

—El dinero y el poder—dijo el paje;—el dinero para tener buenos caballos, ricos trajes y mujeres de quienes no tenga que estar enamorado hasta el punto de saltarme la tapa de los sesos si me son infieles; de esas mujeres que tienen el talento estrictamente necesario, ni más ni menos, para darnos un momento de delirio, único bien que puede dar de sí la mujer, falsa y lasciva por naturaleza; el poder para humillar á los pícaros y á los necios que me adulan y me aborrecen, para hundir en el polvo esas caras orgullosas que se bajan para mirarme, ¡Sí, sí! el dinero y el poder; todo hombre que no sea imbécil ó loco, debe aspirar á esto y despreciar lo demás.

—¿De quién has aprendido esos principios?—dijo Saint Julien—¿de Quintilia?

—¡Oh! ¡Siempre á vueltas con la misma idea! ¿Qué me importa á mi Quintilia? ¿Piensas que trato de vejeter en esta miserable nación en miniatura?

¿Piensas que esta parodia de reino y estas sombras de cortesanos, y estas fortalezas de bizcocho, y este palacio, que serviría de ramillete en la mesa de un banquero, y estos empleados que desdeñaría el groom de un par de Inglaterra, y todo este verdadero juego de chiquillos es cosa que me cautiva y seduce? Eso es bueno para tí, virtuoso cleriguillo, que ya te crees en la cumbre de las grandezas humanas y que tomas el teatro de la polichinela por la Scala ó por Carlos. Menos feliz, yo no me alucino, conozco que el universo entero no es bastante espacio para mi actividad, y me ahogo en esta estufa donde nos freímos como pobres castañas que una mujer saca de la lumbre en beneficio del diablo. Ea, buen Giuliano, sigue tu vocación y no te cures de la mía; yo si que debia quedarme patitieso en vista de un candor como el tuyo, porque eres en verdad una escepción, un fenómeno, una maravilla en este siglo de cálculo y egoismo. Acaso eres un ángel á los ojos de Dios, pero te juro que los hombres te enseñarían por dinero si supieran lo que eres.

—¿Pues que soy?—exclamó Saint Julien confundido.

—¿Quieres que te lo diga? ¿No te enfadarás?

—No.

—Un simple.

—¿Y Quintilia?

—Algún día te lo diré, si nos vemos á cien leguas de aquí.

VII

Grandes funciones se preparaban en palacio. Nunca había visto Saint Juelien lujo tan desenfundado ni tan exorbitantes gastos. Nadie podía ob-

tener audiencia de la princesa sino para hablarla de disfraces, de músicos y de danzantes. El pobre secretario privado, indiferente á todas aquellas cosas, vagaba pálido y triste en medio de aquel desorden entre el polvo de los preparativos y la turba multa de los obreros.

Tres días enteros pasaron sin que viese á la princesa, con lo que cayó en una honda melancolía y lloró su hermoso sueño desvanecido, sus dulces ilusiones perdidas. En la mañana del baile acordóse de él, y le hizo llamar para entregarle el traje que debía ponerse, dióle gravemente las más frívolas instrucciones, pidióle su parecer sobre el corte de las mangas que le estaba probando Ginetta y luego olvidó su presencia y le dejó retirarse sin reparar en él.

Magnífico fué el baile; merced al más estafalario capricho de la princesa, toda la corte representó una inmensa colección de mariposas y de insectos. Corpiños de mil colores apretaban las cinturas; luengas alas de toda especie de tela, dispuestas sobre imperceptibles alambres, se desplegaban sobre las espaldas; ó caían á lo largo de los costados, y eran, en verdad, admirables la exactitud de los matices, las formas de los detalles, el corte y la actitud de las alas y hasta la fisonomía de cada insecto, reproducida por el peinado ó compostura de la cabeza del personaje encargado de representarlo.

El buen abate Scipione, transformado en langosta, daba sus correspondientes brinquitos con sumo donaire en su estrecho vestido de crespón verde claro; el rozagante Lucioli, bien ceñido en una concha combada de raso color de castaña, y cubierto el vientre de una chupa listada de blanco y negro, representaba admirablemente un abejarrón de la más corpulenta especie conocida; la larga y amo-

jamada marquesa Lucioli, exmistress White, estaba estupenda bajo su estrecha falda de terciopelo negro y grandes alas de tafetán amarillo con rayas azules; con su chupada cara pálida, los tijeretazos de sus alas y su manera de andar que se esforzaba, aunque en vano, porque resultase vivaracha y graciosa, cualquiera la hubiera tomado por la gran mariposa llamada *podalira*, tan desgachada y torpe, que las golondrinas se desdenan de perseguirla y la dejan aletear y caer al suelo entre las amarillentas y festoneadas hojas del sicomoro. El pajecillo Galeotto representaba la linda mariposa llamada *Argos*, brillantes pedrerías de todos colores rielaban sobre sus alas de terciopelo azul celeste, forrado de raso, matizada de nácar, amarillo y rosa; Ginetta llevaba un corpiño azul con rayas negras, y batía con graciosa desenvoltura sus transparentes alas de crespón; Luis iba disfrazado de *autiopé*, con alas de terciopelo negro franjeadas de oro.

La princesa misma había presidido la elección y distribución de todos estos trajes; había consultado á más de veinte sabios y revuelto todos los tratados de entomología de su biblioteca, para llegar á un grado de perfección capaz de hacer perder la chaveta al más grave de todos los profesores de historia natural, habidos y por haber. Con rara sagacidad había sabido adecuar cada papel, ó al menos cada color, al carácter y fisonomía de cada individuo. Veíanse en derredor suyo esbeltas venecianas vestidas de abispas, de cucarachas y de mosquitos; brillantes oficiales convertidos en grillos, en capricornios, en esfinges; viéronse varios jóvenes abates transformados en hormigas y el mayordomo en araña; hubo moscones y lagartijas que produjeron un verdadero entusiasmo; la luciérnaga dió golpe, y las mujeres alborotaron el baile con sus

chillidos á la vista del enorme escarabajo sagrado de los egipcios.

Pero entre todas aquellas aéreas cohortes distinguíase Quintilia por la riqueza y sencillez de su traje: había elegido por emblema la gentil mariposa blanca de la noche; su falda y sus alas de gasa de plata mate caían graciosamente plegadas á lo largo de su cuerpo; llevaba en la cabeza dos soberbios marabús que, inclinándose desde su frente sobre sus hombros, representaban con suma propiedad dos flexibles atenas.

El piso estaba cubierto de flores; multitud de escalas de seda, ocultas entre guirnaldas de rosas, estaban clavadas á las paredes ó suspendidas de las bóvedas. Los más temerarios trepaban á aquellos frágiles apoyos, se colgaban de ellos, bajaban, subían, se columpiaban entre las columnas ó se alzaban de una á otra batiendo sus diáfanas alas, lo que formaba un espectáculo verdaderamente mágico, cuya novedad embelesó por un momento al mismo Saint Julien; más pronto inesperadas angustias le arrancaron de su pueril admiración.

Quintilia, colmada de atenciones y galanteos, se abandonaba con tanta alegría al placer de ser admirada, que el pobre mancebo no pudo dudar por más tiempo del error á que le habían inducido seis meses de retiro y felicidad serena. — ¡Insensato! — se decía. — ¿Cómo pudo imaginar que esa mujer tuviese otra cosa en el corazón que la vanidad de su sexo y el orgullo de su linaje? ¿Qué placer ha sacado de alucinarne y de alucinarse á sí misma con aquellos sueños proyectos filantrópicos, con aquellas altas ambiciones de un alma generosa, cuando sus más ardientes deseos, sus más completas delicias son un pasatiempo ruinoso y el insulto incienso de las cortes?

A pesar de estas tristes reflexiones, con ansiedad espiaba todas sus miradas, seguía á hurtadillas todos sus pasos; cuando se le figuraba que hacía más caso de un hombre que de otro, su corazón palpitaba, perdía el sexo, estaba á punto de dar una ridícula campanada; luego se contenía como para darse cuenta á sí mismo de sus propias agitaciones y estremecerse al sentir el amor al mismo tiempo que la aversión.

Habiéndosele descompuesto un poco su lindo peinado en un vals, equivocóse la princesa y entró en sus habitaciones para arreglarlo, sin querer molestar á Ginetta, que estaba bailando en otra sala. Retiróse, pues, sola y en silencio á su tocador; pero en el momento de ir á cerrar la puerta, vió detrás de sí un rostro pálido; era Saint Julien que la había seguido. En el delirio de su pesar había creído verla hacer un guiño á Lucioli y no pudo contenerse.

—¿Qué me quieres, Giuliano?—le dijo con sorpresa;—parece que estás triste ó enfermo. ¿Tienes algo que decirme? ¿Qué puedo hacer?

—¿La molesto, señora?—respondió tartamudeando;—mándeme usted dejarla sola.

—No hay para qué—repuso con absoluta indiferencia;—siéntate en ese diván mientras me arreglo estas plumas, y si tienes algo que decirme, ya te escucho.

Sentóse Luis y quedó en silencio. Quintilia, en pie delante de su espejo y volviéndole la espalda, arregló su peinado con mucha cachaza; luego que acabó, pensó en él, y lo miró en el espejo: parecía un difunto.

Fué á sentarse á su lado, y asiéndole la mano por un desenfado que parecía provenir, no menos de la bondad de su corazón que de la franqueza de su carácter.

—Tú tienes algo—le dijo—tú sufres: ¿estás enfermo ó eres desgraciado?... ¿cuál de las dos cosas?

Habla, ya sabes que soy tu amiga.

Inclinó Luis el rostro sobre las hermosas manos de Quintilia y las cubrió de lágrimas.

—¿Estás enamorado?—le dijo apretándoselas cariñosamente.

—¡Ah! ¡Señora!...

—Lo estás, ¿no es verdad?

—¡Sí! ¡sí!

—¿De quién?

—Nunca me atreveré....

—¿De Ginetta?

—No, señora.

—¿Luego será de mí?...

—Sí, señora.

—Tanto peor para ti—respondió haciendo un ademán de impaciencia que rayaba en depecho,—tanto peor para los dos.

Creyó Saint Julien haber herido su orgullo.

—Perdóneme su alteza—le dijo;—soy un necio y un insolente; va usted á despedirme, pero prevendré sus órdenes sobre ese punto; lo único que hubiera deseado es una palabra de compasión antes de perder para siempre la dicha de verla, señora...

—¡Bah, bah! No sabes lo que te dices, Luis; no pienso por ahora en despedirte y si te vas, será muy contra mi voluntad. Crees haberme ofendido, pero me engañas; si te amara, te lo diría; y si te lo dijera, me casaría contigo.

Poco faltó para que Saint Julien se restregase los ojos, como hombre que acaba de soñar, pero no dejó también de mortificarle aquella franqueza.

—Deja ese aire compungido, Giuliano; por tu vida, porque lo dejes. Mira: todos los jóvenes son presumidos ó novelescos; tú no eres presumido, pero sí

novelesco. Te crees enamorado de mí, y no lo estás. ¿Y cómo habías de estarlo, cuando no me conoces?

—Razón tiene usted en eso, señora: el cielo sabe que no la conozco; si la conociera, me vería radicalmente curado ó decididamente incurable; pero es el caso que no sé lo que ustedes, y esta incertidumbre me mata. Ya la tomo en el secreto de mi corazón por un ángel del señor; ya... sí; no quiero ocultarlo, ya la comparo á Catalina II.

—Salvo los asesinatos, envenenamientos y otras miserias de este juez, que no constituirían al fin y al cabo una gran diferencia—dijo la princesa con seca ironía;—¿no es verdad?—Luego, agitando su abanico de plumas:—Adelante, señor conde—prosiguió;—siga adelante esa arenga.

—Búrlese usted de mí, desprécieme—dijo Luis desesperado;—tiene usted razón; trátame como á un loco; lo soy. ¿Qué me importa su cólera? ¿Qué su desprecio? En el momento de perderla para siempre, cuando ya nada arriesgo, todo se lo puede decir.

—Di, di—respondió con mucha calma.

—Pues bien; digo, señora, que esto no puede durar, y que es preciso que me ausente. Me trata usted con confianza y no la merezco; me colma de favores, y soy un ingrato. En vez de limitarme á servirla y venerarla en silencio, me ocupo de todas sus acciones, sospecho en usted las mayores infamias; la espío como si estuviera encargado de asesinarla; pregunto á sus criados, estudio sus miradas, comento sus palabras, aborrezco su tocado, quisiera matar á los que la admiran.... Estoy celoso, señora celoso y desesperado. Mófese usted de mí, lo! sí, yo se lo pido. Yo mismo me burlo de mí más amargamente de lo que nadie podría hacerlo! De tres días á esta parte sobre todo estoy loco, completamente loco; á cada momento estoy á punto de dirigirla reconven-

ciones y de pedirla cuenta de mis tormentos.... ¡Yo á usted!.... ¡Yo, su lacayo!.. Señora, bien sé que soy su lacayo....

—No hay que apurarse tanto—interrumpió la princesa;—no trato de humillarte; esos medios son buenos para quien no tiene otros. Ni eres mi lacayo señor conde, ni lo serás nunca; además, aun cuando lo fueras, un caso habría en que tendrías derecho para hablarme como acabas de hacerlo; ¿sabes cuál?

—Ya nada temo; dígalo usted.

—Te lo diré sin cólera y sin desprecio. Ese caso, Luis, sería si yo te hubiera alentado á hacerme la corte siquiera por.... ¿por cuanto diré? por cinco minutos.... ¿Es mucho?

—Muy cruel es usted conmigo, señora, y lo merezco. No, no me ha alentado usted ni un momento, lo sé; no me ha dirigido ni una mirada, ni una expresión que pudiera autorizarme á esperar....

—A no ser que hayas tomado por pruebas de mi amor ó por señales de mi liviandad las atenciones y desvelos de una amistad inocente, de un aprecio sincero. Muchas veces he oído decir que las mujeres antes de llegar á cincuenta años, no tienen derecho para ser como yo, que la franqueza no les sirve para nada; así lo he visto, en efecto, haciendo la experiencia, pero ¿con quién? con necios ó con malvados. Te tomaba por hombre capaz de juzgarme.

—Señora, señora; es usted injusta, por vida mía. Me ha preguntado con tono de autoridad, me ha arrancado mi secreto.... Toda mi culpa se reduce, pues, á no haber mentido cuando me dijo usted hace un momento: «Si estás enamorado, lo estás de mí.»

—Tu culpa, Luis, no consiste en decírmelo, sino en estarlo.

—¿Y piensa usted que eso depende de mi voluntad?

—Tal vez. Si yo fuera hombre, sería el amigo de Quintilia, la comprendería, la adivinaría, y acaso la estimaría.

—Pues bien; déjeme usted que la comprenda señora—exclamó el joven hincándose de rodillas sin acercarse á ella—y aun podré ser su amigo y también su basallo.

—Señor conde—dijo la princesa poniéndose en pie—no tengo que dar cuentas á nadie; mucho tiempo há que aprendí á despreciar la opinión de los hombres. ¿No ha leído usted la divisa de mis armas: *Dios es mi juez?*

Salió de la estancia dichas estas palabras, y Saint Julien, sin ser poderoso á levantarse, quedó como herido por el rayo.

IX

Luego que volvió en sí, triste, desesperdo, se cubrió el rostro con las manos, empezó á llorar como un niño.

—Lo tomas con demasiado calor—le dijo el inalterable Galeotto, que acababa de entrar sin que él lo viera;—te traigo mejores noticias. Su alteza te prohíbe salir de palacio y te manda que vayas á hablarla á su cuarto mañana, después del baile.

—¡Cómo!—exclamó Saint Julien—¿te ha dicho?...

—Lo que estoy contando; pero me parece que basta para adivinar todo lo que ha pasado. ¿Con que, en fin, aventuraste tu declaración? No me parece mal.... ¿Quién sabe? Puede que tu vuenta fe te aproveche más que á otros su industria.... ¿Por qué me miras con ojos espantados?... ¿Su alteza se amoscó seriamente, eh?... Mejor es eso que la sorna del des-

precio. Cuando volvió al baile tenía un aire tan sombrío, que, á pesar de que al instante empezó á bailar con el duque de Gurck, bien se conocía....

Saint Julien no le escuchaba; cogióle del brazo Galeotto, y se lo llevó á los jardines.

—Escucha—le dijo—soy tu amigo y quiero favorecerle. ¿Estás realmente enamorado?

—¿Yo?—dijo el conde, tanto por altivez como por delirio,—¡no por cierto! ¿Cómo se puede amar á una mujer á quien no se conoce?

—¡Bravo! Me gusta oírte hablar así; eso prueba que tienes ideas más sanas de lo que yo creía. Pero ¿á qué aspiras aquí? ¿Cuál es tu plan? ¿Quiéres ser el amante de la princesa?

Hizo Saint Julien un ademán de horror que Galeotto no vió.

—¿Quiéres—prosiguió—reinar sobre este reducido imperio, mandar á estos pequeños grandes señores? Poco es, pero al fin es más que nada, y para un bachiller hidalguillo no me parece mal por algún tiempo; pero cuenta que hay diez probabilidades contra una de que no reinarás aquí sobre nada ni sobre nadie. Se puede agradar, pero gobernar, nó; con esa mujer no hay que esperar más que ser su amante; es decir, su muy atento y seguro servidor. Mira ahora si quieres consagrar tantos afanes y desvelos á ese resultado en el que tantos otros te han procedido, en el que tantos otros te precederán.

Este discurso enfrió de tal manera la imaginación del pobre secretario, que se sintió capaz de hablar en el mismo lenguaje que Galeotto.

—Antes de responderte—le dijo—es preciso que lo medite, y para ello necesito estar en más antecedentes; ¿puedes y quieres dármelos?

—Sí, porque te compadezco, y si me vendes algún día, en mi mano está el desquite: poseo tu secreto.

—Pues bien. Cuéntame la vida y milagros de Mad. Cavalcanti.

—Eso es mucho pedir.

—¿No quieres?

—No puedo, porque nada sé ni nadie aquí sabe nada, como no sea Ginetta, y aún esa lo dudo. Te diré, pues, todo lo que sé, y no será muy difuso; te diré lo que presumo, y será muy lógico. A los doce años la casaron por poderes, y enviudó sin haber visto nunca á su marido, por fortuna, pues era viejo, feo y tonto. El encargado de desposarse con la princesa se llamaba Max, ni más ni menos, y era bastarda de no sé que reyezuelo de Alemania. Tenía doce años como la princesa, y diz que fué una ceremonia muy graciosa la de su boda; los dos chiquillos estaban, según cuenta enfáticamente el abate Scipione, atestados de insignias de todos los países, de diamantes y de bordados, graves como retratos de familia, hermosos como ángeles, si hemos de creer á mistres White. Al salir de la iglesia se pusieron á jugar á las muñecas, y estuvieron comiendo confites durante todo el baile. No sé de resultas de qué convenios diplomáticos pasó el bastardo Max tres años en la corte de Cavalcanti; lo cierto es que al cabo de este tiempo fué desterrado con *furore* por los parientes de la princesa; más ésta, luego que se vió viuda y huérfana....

—Levantó el destierro á Max—dijo Luis.

—Ni por asomo; lo echó en olvido, y se enamoró de no sé cual de sus pajes; luego... ¿qué sé yo? ¿á quién dejó ella de amar?—Calló Galeotto por un momento y añadió:—¿Crées tú que haya amado jamás á alguno?

—He de volverme loco—dijo Saint Julien—ó por mejor decir, ya lo estoy; porque me parece que todos lo están. ¿Qué debo pensar de tí, Galeotto? ¿Te

propones insultarme? ¿Quiéres batirte conmigo? Habla.

—Tú chocheas. Pues ¿qué te he dicho? Lo único que podía decirte. ¿Crees tú que, á excepción de Ginetta, hay aquí quien pueda informarte mejor que yo? Haz la prueba, pregunta, mira, escucha por las rendijas, y si algo averiguas, ven á contármelo, por que también soy curiosillo, y quisiera saber lo que pasa; pero puedo asegurarte que por más que olfateo, nada saco en limpio. Aquí nadie habla, por la sencillísima razón de que nadie piense; nadie sabe si es la más austera ó la mas perversa de las criaturas, y probablemente nunca lo sabremos. Semejantes mujeres deberían llevar en la frente un cero para indicar que no pertenecen á la especie humana, y que es preciso tratarlas como abstracciones.

—Pero ¿por qué?—exclamó Luis—¿por qué?

—Porque nada dicen, nada hacen, nada piensan y nada sienten como las demás mujeres; son naturalidades misteriosas, inteligencias depravadas, palabras enigmáticas, cuerdas flojas que no tienen tono alguno perceptible al oído, arabescos diabólicos, paisajes como los que aplica la escarcha á los vidrios; en ellos se ve de todo y no hay nada. Ni son mujeres, ni son hombres, ni tienen edad, ni carácter, ni sexo...

—Mucho aborreces á esa mujer—dijo Luis.

—No puedo aborrecerla ni amarla; para mí no existe, es una cosa rara, curiosa, entretenida á veces.... Me inclino ante su corona pero su cabeza no vale ni para gobernar una escuela de niñas.

—Creo que te engañas, y que podría mandar un ejército. Seguramente le falta todo lo que yo buscaría en una mujer, pero tiene todo lo que admiro en un hombre; acaso es capaz de heroísmo.... Pero ¿qué nos importa á nosotros, que no somos reyes ni gene-

rales? En fin, dejemos esto á un lado; cuéntame todo lo que sabes.

—¿El resto de la historia de Max?

—¿Qué historia es esa?...

—Es, como todo lo que sé, un rumor misterioso, una sospecha vaga, y nada más.

—Pero, en fin....

—Tengo entendido, amigo mío que su desgracia fué un poco más seria que lo de Lucioli; pero mira, dejemos lo que nos falta para mañana, y entre tanto unamos nuestros esfuerzos y démonos la mano.

—¿Contra quién?

—Contra la hipocresía mujeril—respondió Galeotto;—jura que me dirás todo lo que te suceda; yo juro decirte todo lo que averigüe.

Saint Julien, agotadas todas sus conjeturas, aturdido de tanta charla y no sabiendo ya á santo que encomendarse, juró todo lo que quiso Galeotto y volvió á los salones del baile.

X

Tuvo cuidado de no presentarse á la princesa, y se contentó con rondar alrededor de la sala en que estaba, ya mirándola valsar por entre las guirnaldas entretejidas en las columnas, ya internándose por las galerías en que empezaban á apagarse las luces, siguiendo algunos grupos misteriosos que se ocupaban al parecer en asuntos más graves que la música y el baile. Saint Julien, transformado voluntariamente en espía, estaba triste y desazonado; era la primera vez que quería llegar al conocimiento de la verdad por medios que su conciencia desaprobada, pero hallaba al mismo tiempo cierto placer en la punzante agitación en la curiosidad.

Sentíase algo ofendido de haber sido tratado como un chiquillo, de haber vivido seis meses encerrado en un rincón de palacio, donde acaso él solo ignoraba lo que tanto interés tenía en descubrir; creía á la sazón llevar á cabo una legítima venganza, casi cumplir un deber consigo mismo destruyendo con todas las fuerzas de su alma convicciones que le habían hecho feliz, pero que tal vez le habían engañado.

Poseía Saint Julien en grado heróico aquel egoismo brutal que todos tenemos en nuestras relaciones con las mujeres; no queremos estimarlas sino en cuanto la sociedad las estima y nos avergonzaríamos de ser los únicos en hacerlas justicia. En él sobre todo, la desconfianza peculiar en los caracteres tímidos, y aquel orgullo casi monástico que es como un reverso de medalla en los hombres austeros, daban nueva energía á su resolución. Sombrio, avergonzado, palpitante, creía salir de un sueño y miraba como otras tantas nuevas todas las que veía; no podía oír al paso una palabra insignificante sin buscar en ella un sentido profundo y una luz desconocida. En todos los semblantes que le miraban creía traslucir una expresión de sarcasmo ó de desprecio; preciso era que estuviese muy obcecado, por que difícil era en verdad hallar cosa más compasada, prudente y grave que aquella pequeña corte imbuída en sólidos principios de obediencia pasiva y penetrada de las ventajas positixas de su dependencia.

Convencido Saint Julien de que nada sacaría de todas aquellas serviles criaturas, púsose á observar de cerca á los extranjeros que, si bien no se mostraban menos comedidos en presencia de la princesa podían muy bien, como vasallos de otros amos, atreverse á formar *in petto* una opinión cualquiera acerca de Mad. de Cavalcanti.

Había observado Luis, desde el principio del bai-

le, las rendidas atenciones del duque de Gurek, joven y amable, recién llegado á palacio, y en obsequio del cual, así se susurraba al menos, se había dispuesto aquel magnífico saraó. Observó después que la privanza del duque decaía notablemente, y que en el fúlgido círculo en que, como un sol radiante, arrastraba. Quintilia á sus dóciles planetas, el astro del gallardo conde de Steinach brillaba con más vivo esplendor á medida que la pálida estrella del duque iba alejándose del centro de atracción, como un mundo abandonado del celeste foco de luz y vida; en una palabra, el conde de Steinach había entrado en la órbita de Mercurio y el duque de Gurek completaba penosamente la larga y fría rotación de Saturno.

Vió Saint Julien que hacía el duque una seña á Sharbb, su consejero privado, y que momento después, esquivándose cada cual por distinto lado, ambos desaparecían del salón.

Signió Luis con cautela á Gurk, y le vió reunirse con su compañero junto al estanque principal, donde, protegido por la sombría arboleda del parque, oyó la conversación de los dos austriacos.

—Pues señor—dijo Sharbb—parecéme que ya hemos despachado nuestra comisión y que Steinach gana en el pleito.

Yo podría perder toda esperanza como vos—dijo el duque algo picado—si sólo me interesasen en este mundo los proyectos de nuestro soberano; pero trátase para mí de algo más personal. La princesa es hermosísima...

Comprendo—interrumpió Sharbb...—Pero ¿y si se propone no hacer caso de Steinach ni de vuestro vencia?

—Siempre nos queda un medio—replicó Gurek;—el de reclamar el hombre anonadado.

—Pero dirá que ella no tiene que darnos cuenta ninguna, porque no sabe qué ha sido de él.

—La intimaré para que presente la persona de Max ó las pruebas de su muerte.

—Pero eso sería una exigencia absurda y ridícula; ella responderá que...

Llevóse en esto la voz de Shrabb una fuerte bocanada de viento que pasó por junto al estanque, y como los dos interlocutores se iban alejando de Saint Julien, no oyó más que el siguiente retazo de una frase de Gurck, comenzada con energía:

—Trescientos infantes, que sobrarian para...

—Llegaron de esta suerte á un sitio iluminado por la luna, y no atreviéndose á seguirlos Saint Julien, tomó el partido de volver al baile; pero al subir la escalera principal se encontró con Galeotto, que le andaba buscando. Llevóle éste al fondo de la galería, y le dijo con aire triunfante:

—¡Estupendo! Acabo de descubrir un secreto de Estado....

—Y yo—dijo Luis—acabo de entrever un misterio de iniquidad.

—¡Oh! ¡oh!—repuso Galeotto,—tu historia me parece más grave que la mía. Sepamos; ¿qué has averiguado? Empieza.

Contóle Sait Julien palabra por palabra todo lo que acababa de oír.

—Eso no me dice nada de nuevo—dijo el paje;—sé muy bien todo lo que se cree de la desaparición de Max, y veo que esos hombres no están mejor informados que nosotros. Por lo que hace á los proyectos del duque de Gurck y de su soberano, voy á explicártelos de pe á pa, escucha. El diminuto principado de Monteregale, que tenemos la incomparable ventura de ocupar bajo las augustas leyes de nuestra idolatrada soberana...

—Al grano, al grano.

—Acabo de oír hablar diplomáticamente, y no puedo expresarme en otros términos. Este reducido principado, como iba diciendo, aunque metido como un diamante entre las montañas del Tirol, ha tenido el honor de llamar la atención de un vecino poderoso que para nada lo quiere, pero que, no sabiendo sin duda cómo recompensar á alguno de sus validos ha pensado naturalmente en gratificarle con la susodicha joya; con este objeto ha enviado aquí al conde de Steinach, hombre irresistible de profesión, que debe subyugar á la princesa, casarse con ella y ser nada menos que nuestro augusto soberano. Por otra parte, otro vecino no menos poderoso quisiera hacer entrar en no sé qué alianza ofensiva y defensiva á todos los soberanillos del estado Lombardo. Sabiendo nuestra Quintilia es sin disputa mujer de carácter, y que no deja de tener cierta influencia sobre sus vecinos, ha destacado, con el objeto de que frustre los planes del conde de Steinach, cuyas opiniones no están de acuerdo con las suyas, al inimitable duque de Gurek y á su escudero el profundo Shrabb. Estos dos héroes deben, el uno con su arrogante figura, el otro con su mágica elocuencia, apartar á la princesa de toda alianza que no sea la de su señor. Resumiendo, pues, esta importante complicación, te anuncio que su alteza, objeto de tan gigantescas empresas y de tan graves combinaciones, se halla colocada entre dos fuegos, el conde de Steinach y el duque de Gurek, que ambos aspiran á la suprema dicha de ser sus amigos íntimos; lo que prueba que no has escogido el momento más oportuno para hacer tu declaración en forma.

—¿Pero cómo diablos—dijo Luis procurando disimular su despecho—te has compuesto para descubrir todas esas cosas?

—Me han reducido.

—¿Cómo?

—Me he vendido.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que he aparentado venderme. He charlado á diestro y siniestro con el paje del conde de Steinach, le he inspirado confianza, le he metido en ganas de hablar y le he hecho decir cuanto me hacía falta saber para adivinar lo demás.

Enseguida he mostrado la más alta admiración á la cabellera y vuelos del conde, me he hecho pasar por hombre enamorado de su uniforme, fascinado por el mérito superior de su figura, animado de sus más vivos deseos de emplearme en su servicio y de acatarle como soberano, etcétera, etcétera; de tal suerte que el paje encantado de verme tan apegado á los intereses de su amo y suponiéndome de más influencia con la princesa de la que realmente tengo, debe presentarme al conde mañana mismo y ofrecerle mi poderosa cooperación para el logro de sus proyectos. ¡Gracias á Dios, que voy á hacer mi papel de paje tal como nos lo pintan las ónicas, los dramas, los romances y las novelas; que voy, en fin, á llevar amorosos billetes de un amartelado caballero, á cantar sus trovas á los pies de mi soberana, á ensalzar su pujanza en las ideas! Oh, y cómo voy á reirme! ¡A la obra! Amigo mío, haz por ser el correvedile del duque y no nos faltará diversión.

—No tengo gracia para fingir—dijo Luis;—además, dices que te has vendido.

—Poco á poco, entendámonos. El paje me ha prometido montes de oro de parte del conde, y aunque he fingido aceptar, no soy italiano hasta ese punto; mañana, sin ir más lejos, debo recibir un hermoso caballo andaluz que mostré deseos de poseer; cierta-

mente se lo devolveré al conde apenas haya logrado desbaratar sus planes matrimoniales, pero cuando él vuelva á verle el pelo estará el pobre animal tan traído y llevado, que no le será fácil llegar desde las cuadras del conde al matadero.

—¡Pero esa historia de Max!—dijo Saint Julien con aire pensativo.

—¡Siempre con tus ideas lúgubres á vueltas! Eres la tristeza personificada... Ea, basta de conversación; ande por hoy la broma; mañana será otro día.

XI

¶ Cuando volvió al baile Saint Julien, llamó su atención un personaje en quien aún no había reparado: era un lindísimo escarabajo llamado por los entomólogos *criocero del lirio*. Producía este insecto en la asamblea gran sensación: no tanto á causa de su vestido, que excedía en perfección á todos los demás, sino por su cara, maravillosamente imitada, llevaba una careta tan bien hecha, que el profesor de historia natural de la corte se frotó el ojo izquierdo y se preguntó si tenía ó no delante de su pupila el cristal de su excelente microscopio, y en él un verdadero criocero. Luego que se hubo convencido de que verdaderamente estaba viendo un jigastesco escarabajo en proporciones reales y palpables, cayó en una especie de lirio, y pálido y desencajado, exclamó, alzando las manos cruzadas:

—¡Perdóname, oh supremo hacedor de todo lo creado; perdóname la muerte de tantos inofensivos insectos! Sí, lo confieso, he asesinado á las más inocentes mariposas; he atravesado con un alfiler y condenado á horribles suplicios á los más irreprehensibles coleópteros. Pero no lo he hecho por odio ni por venganza, no; y de ello pongo por testigo á la

luz del sol, ó, por mejor decir, á la de la luna, que ya debe haber salido, porque son las dos y sesenta y cinco minutos con diez y siete segundos, y en esta estación...

—Por vuestra vida que volváis en vos, buen maese Cantárida—exclamó la princesa, que apreciaba en mucho al digno naturalista, apretándose la boca con el pañuelo para no dar á su corte el ejemplo de una jovialidad que hubiera degenerado en insultante; pero habiéndose acercado, como los demás, el criocero para saber la causa del espanto de maese Cantárida, viéndole tan inmediato á sí, exclamó frenético el malhadado sabio:

—¡Oh, espectro, espectro horrible!... ¡Oh fantasma vengador!... ¡Aparta, aparta, déjame! ¡Ah! sí; verdad es que anoche mismo te cogí en el cáliz de una azucena; que te arranqué sin piedad de tu palacio embalsamado; que te saqué inhumanamente de entre el polvo de oro en que te refugiabas... Sí, yo dí fin á tu inocente vida; á una vida toda de amor, de libertad, de céfiro y de ventura... Y te despedacé miembro á miembro, viscera á viscera y te ví morir en las convulsiones de una lenta agonía... ¡Oh! ¡Perdón, perdón!... ¡Ten piedad de mis remordimientos! ¿Qué va á ser de mí, cielo santo, si todos los insectos que he mutilado, descuartizado, empalado, se me aparecen en este instante, armados con sus cuernos, sus dientes, sus sierras, sus garras, sus agujijones?...

No pudo resistir por más tiempo la gravedad de la princesa á tan estrafarto discurso; tuvo la desgracia de encontrar las miradas de Ginetta y en el mismo instante, rebotando su alegría en estrepitosas carcajadas; al punto todos los cortesanos, aun los que no habían oído una jota de la arenga de maese Cantárida, se abandonaron sin freno á una alegría

convulsiva; se apretaron los riñones, abrieron las bocas de oreja á oreja, y aún hubo algunos que, hallándose á la vista de la princesa, esperaron obtener alguna atención revolcándose por el suelo de pura risa. Al estruendo de todas aquellas careajadas, á la vista de aquellas contorsiones, creyó el pobre Cantárida que era llegada su hora y que se hallaba en el infierno en medio de una legión de demonios transformados en insectos; empezó á chillar y manotear como un energúmeno.

—Amigo mío—le dijo la princesa;—serénese usted por Dios y considere que todo esto no es más que una ilusión de su cerebro, que debe tener algo trastornado; de algún tiempo á esta parte se entrega demasiado al estudio, y su alma sensible le crea remordimientos que envidiaría el más puro y austero de los cristianos. Déjese, pues, de locuras y venga á tomar parte en nuestros placeres, y á admirar con nosotros el inimitable disfraz de este criocero.

—No, no—respondió el naturalista—eso no es obra del arte; nadie es capaz de imitar la fisonomía de un insecto con tanta perfección; yo mismo no hubiera podido hacerlo, y, sin embargo; no hay en el mundo más que un solo hombre que me sea superior en en el conocimiento de esta ciencia, y es un joven á quien conocí en París, y que se llamaba...

En este instante el criocero, que estaba precisamente detrás de maese Cantárida, se le acercó al oído y le dijo en voz baja una palabra que hizo al sabio estremecerse de pies á cabeza.

—¡Cielo santo!—exclamó —¿será posible?—y echándose en los brazos del criocero, le apretó de tal suerte que se rompió un ala y tres patas, porque es de advertir que el digno profesor había elegido

el traje del lindo insecto cuyo nombre le había dado por apodo la princesa.

Viendo esta terminarse de modo tan sentimental escena tan grotesca, dejó los dos avechuchos retirarse a un lado y hablar largamente de sus asuntos, cuando el abate Scipione, que por un favor especial estaba encargado aquel día de hacer las veces de maestro de ceremonias, se acercó á ella humildemente solicitando el favor de decirle cuatro palabras. Llamóle Quintilia á un balcón corrido, junto al cual se hallaba, y fué el caso que Saint Julien, que nunca la perdía de vista, saliendo por otra puerta vidriera, se halló también en el balcón, casi al lado de ella, pero protegido por un denso bosquecillo de geranios y de fragantes clemátidas.

—Escelsa señora—dijo el abate, aquí se presenta un incidente de la más alta importancia, pero sobre el cual me es absolutamente imposible tomar un partido cualquiera sin consultar la voluntad expresa de vuestra alteza.

—Habla, Scipione—respondió Quintilia,—veamos lo que te apura.

—Vuestra alteza—dijo el abate— me ha dado la consigna de no dejar entrar á nadie con careta, y sólo se ha dignado permitir que cada cual pudiese adaptar á su cabeza ó á su rostro un rasgo distintivo de insecto que representa; así es que unos se han puesto narices postizas, otros frentes metálicas, otros ojos de cristal, etc... pero el caso que se presenta es muy distinto.

—Ea, sepamos—dijo la princesa impaciente.

—Conozco que abuso del precioso tiempo de vuestra alteza—repuso el abate.—pero no puedo menos de hacerle presente una notable infracción de las leyes establecidas. El criocero del lirio, como le llama, si no me engaño, maese Cantárida....

—Bueno, bueno; adelante.

—Me tomaré la libertad de hacer observar á su alteza que ese individuo trae una máscara completa que no deja ver ninguna parte de su rostro. Esta circunstancia no se le habrá escapado á la alta penetración de mi soberana, por lo que acaso no debí....

Hizo Quintilia un ademán de impaciencia; el pobre abate calló todo confuso; luego prosiguió temblando:

—Creí que era un deber en mí someter al dictámen de vuestra alteza esta dificultad, y si aprueba la excepción en favor del....

—Nada de eso—replicó bruscamente la princesa.

—¿Quién se ha atrevido á quebrantar mis órdenes?
¿Cómo se llama ese sujeto?

—¡Dios mío! señora. Nada sé... Creía que vuestra alteza le conocía.

—¡Cómo es eso!—exclamó indignado Quintilia.
—¡Aquí, en mi mismo palacio, en mis salones hay una persona que no sabes como se llama! ¡Un desconocido, un insolente, un espía tal vez! ¿Y á eso llamas cumplir con tu obligación? ¡Por mi vida que he de despedirte!...

—¡Señora!—exclamó el pobre abate cayendo de rodillas.

—Ve—repuso Quintilia con tono imperioso,—ve á averiguar el nombre del que así me desobedece y me provoca: aquí espero la respuesta, y sino es un convidado, que le echen al instante de mi palacio.

El pobre abate, pálido é inundado de un sudor frío, se precipitó al baile repitiendo con sorda voz:
—¡*Máschera! jah máschera maledetta!*

—Caballero—dijo al intruso con una arrogancia de que hacía alarde por primera vez en su vida,—¿quién es usted? Su alteza quiere saberlo.

Acercóse el extranjero al oído del maestro de ce-

remonias y le dijo su nombre, pero no produjo en él el mismo efecto que en maese Cántarida.

—No lo conozco—dijo el abate,—y como no está usted convidado, tengo orden para hacer que salga de aquí.

—Diga usted primero mi nombre á la princesa—respondió el máscara,—y si manda que me retire...

Seguramente hubiera empezado entre ambos un vivo altercado á no ser por la intervención de maese Cántarida.

—¡El!—exclamó;—hacerle salir á él, al primer entomólogo del mundo, el hombre más amable que he conocido en mi vida!... Quédese usted aquí, amigo mío; tomo sobre mí toda la responsabilidad; voy ahora mismo á decir su nombre á la princesa...

—Es inútil respondió el extranjero;—la princesa me conoce y bastará que el señor tenga la bondad de decirle mi nombre.

Cedió por fin el abate, aunque de mala gana, y volvió al balcón donde le esperaba la princesa: iba dando diente con diente y apenas pudo articular el nombre del intruso.

—¡Rosenhaim!—exclamó Quintilia fuera de sí....

—¿No me engaña el oído? Habla más alto.... ¡Pero no, no !Habla más quedo.... ¿Rosenhaim digiste.

—Rosenhaim—replicó el abate próximo á desfallecer.

—Pero la princesa, en vez de llenarle de denuestos, lanzó un grito y echándose en sus brazos, exclamó:

—¡Amigo mío! ¡amigo mío!

Creyó al principio el cuitado que trataba nada menos que de ahogarle, pero cuando vió brillar en sus ojos la alegría y sintió sobre sus descarnadas mejillas el contacto de una boca serenísima, se precipitó de rodillas y no pudo expresar su sorpresa y su gra-

titud más que derramando un torrente de lágrimas. Entonces la princesa, temiendo que la hubiesen oído, echó en derredor una inquieta mirada y acercándose al oído de Scipione, le habló en voz tan baja, que no pudo Saint Julien oír más que las últimas palabras:—Y sobre todo, calla como un muerto!

—Esto es hecho—dijo Luis para sí:—ya llegó la crisis y seguramente voy á descubrir algún misterio infernal....

Cinco minutos permaneció la princesa en el balcón, inmóvil como una hermosa estatua iluminada por la luna; luego alzó los brazos de repente hacia el cielo tacnonado de estrellas, lanzó un hondo suspiro, apoyó una mano sobre su corazón y volvió al baile con el rostro completamente sereno.

Buscó Saint Julien con los ojos al misterioso, extranjero, pero ya había desaparecido; poco después se retiró la princesa y no se la volvió á ver.

Pasó Luis el resto de la noche rodando por el palacio sin poder descubrir cosa alguna. Cuando de nuevo se halló cara á cara con Galeotto en la escalera principal.

—¿A dónde vas?—le dijo.

—Ando buscando al criocero—respondió el paje, —pero es preciso que se haya echado á volar por esos aires, y que sea un verdadero escarabajo, como decía el buen Cantárida...

—Creo que por hoy nada descubriremos—dijo el secretario;—estoy rendido y me voy á acostar.

—Pues yo juro no acostarme hasta descubrir quien es ese pajarraco.

—¿Sabes quién es un tal Rosenhaim?—preguntó Luis.

—Ni por asomo—respondió el paje.

—Pues en ese caso, nada sabemos—repuso Saint Julien; y esto diciendo se retiró á su cuarto.

XII.

—Conque en fin, amigo Cantárida—decía al día siguiente Quintilia á su sabio bibliotecario—¿toda aquella escena trágica no era más que una pantomima?

—Como he tenido el honor de decírsela á vuestra alteza.

—¿Pero sabes caro maestro, que tu comedia podría muy bien parecerme algo impertinente?...

—Acaso haya sido de mal gusto, pero vuestra alteza debe perdonarme en favor del desenlace.

—Cierto, cierto que sí, amigo mío; pero guárdate de hacer alarde con nadie, sea quien fuere, de esa invención; á todos los ha embaucado con ella, y no todos tienen los mismos motivos que yo para perdonártela. Estoy segura de que á estas horas no se habla de otra cosa en la corte que de la singular manía que le dió ayer á tu pobre cerebro en lo mejor del baile, de resultas de un trabajo excesivo, de estudios demasiado graves.

—Ya han estado esta mañana más de treinta personas—respondió el maestro—á informarse de mi salud, y por no descubrirme, aunque declaré que me hallaba infinitamente más aliviado, afecté á evitar con horror toda especie que tuviese relación con la historia de los insectos.

—Y por eso mismo las buenas almas—replicó la princesa—habrán buscado con empeño todos los medios posibles para sacar esa conversación, á fin de satisfacer su curiosidad á riesgo de agravar tu locura. Pero espícame una circunstancia que no comprendo bien. Nuestro amigo me ha contado cómo con el objeto de sorprenderme, te avisó su llegada, cómo tú la recibiste y ocultaste en tu pabellón del

parque, donde le disfrazaste con toda perfección, ya alcanzo por que razón, viendo que yo no hacía el menor caso de el, te descolgaste con aquel ridículo monólogo que tanto nos hizo reír á todos, mientras tú te reías allá para tus adentros de nuestra credulidad y de tu malicia: pero dime, ¿por qué después que procuré calmarte, aunque en vano, cuando el oricero se te acercó al oído é hizo como que te decía alguna palabra misteriosa, diste aquel grito de sorpresa y te echaste en sus brazos como si hubieras recibido una noticia inesperada?

—Hicelo, augusta princesa—respondió el profesor—con el objeto de fijar más en el la atención de vuestra alteza, que si me hubiera escuchado con cuidado, ciertamente habría adivinado quién era el personaje en cuestión. Estas fueron al pié de la letra mis palabras... «¡Y sin embargo, no hay en el mundo más que un solo hombre que me aventaje en esta creencia!...»

—Me acuerdo muy bien del resto de tu frase—interrumpió la princesa.—«Y es un joven á quien conocí en París y que se llamaba...»

Entonces te dí un pellizco en el brazo, porque creyéndote en realidad loco rematado, temí que ibas á pronunciar aquel nombre que jamás debe salir de... ¡Pero, silencio!... ¿No te parece que acaba de pasar alguno por delante de esa ventana? Juraría haber visto una sombra en la pared, detrás de nosotros.

—No lo creo—respondió el profesor,—pero para más prudencia, cerremos las puertas y las ventanas.

Esto diciendo fué gravemente el profesor á cerrar la ventana junto á la cual el pícaro de Galeotto, acurrucado entre unos jazmines, había escuchado el diálogo precedente; no pudo por lo tanto oír más y

volvió al palacio algo mohino y fastidiado de que le hubieran impedido apoderarse del famoso secreto.

Pasaron aquel día y el siguiente sin que pudiesen Saint Julien y el paje ver á la princesa más que en público. No se admiraba el primero de verse proscrito de las habitaciones particulares de su alteza, y los muchos disparates y locuras que le pasaban por la cabeza le impedían abandonarse á la pesadumbre que sentía, á pesar suyo, de haber perdido su privanza. No sé si fué un resto de cariño de Quintilia ó su ansia de averiguar lo que tanto anhelaba saber, lo que le hizo acceder á los consejos é instancias de Galeotto, pero es lo cierto que nunca salía de palacio. Desplegaba el paje tanta actividad y sutileza en sus investigaciones, que logro en cierto modo convertir al melancólico y nonrado Saint Julien; comunicóle un poco de su maligna alegría, y el joven, persuadido de que todo aquello era un sueño, adoptaba irónicamente un carácter enteramente distinto del suyo.

Pero al cabo de veinticuatro horas, esta disimulación llegó á serle insoportable; su alegría cesó de repente; todo lo que le rodeaba le causaba una especie de horror. Sintióse abrumado de fastidio y de tristeza y una noche, en el momento que empezaba á alzarse en alas de las frescas brisas los preludios del concierto que se daba en la corte, embozóse en su capa, y, alejándose con rápidos pasos, cruzó el parque y llegó á una reja que daba sobre el campo. Subió entonces á la cima de unas de las colinas que rodeaban el palacio, y anduvo errante cerca de dos horas por los espesos bosques circunvecinos, al cabo de las cuales se halló en una hermosa pradera, donde, rendido por el cansancio, se tendió sobre la hierba y permaneció largo tiempo sumergido en vagas y tristes meditaciones.

Acababa de levantarse para volver á palacio, cuando vió á un joven de gallarda presencia apoyado en el tronco de un árbol á pocos pasos detrás de él; cuando pasó á su lado Saint Julien, saludóle cortesmente el desconocido y le siguió á corta distancia. Como el héroe de esta historia había tomado alguna delantera, y bajaba á muy buen paso la cuesta del tendero que ambos seguían; llamóle el desconocido dándole el título de *signore* y le suplicó que tuviese la bondad de esperarle un poco.

—¿Qué me manda vuesa merced?—preguntó Saint Julien.

Reconoció el otro en estas palabras dichas en italiano el acento francés de Saint Julien, y hablándole en francés con suma facilidad, aunque con mucho acento alemán, le pidió permiso para volver con él á la ciudad.

—Usted me dispensará si es indiscreta mi súplica—añadió;—soy extranjero y recién llegado á este país; no conozco esta senda y tengo además la vista muy corta. Si no le soy á usted importuno, seguiré sus pasos y me aprovecharé de su experiencia en estos sitios.

—Y en ello tendré una verdadera satisfacción—respondió Saint Julien, á quien desde el primer momento cautivaron la agradable voz y buen porte del extranjero,—voy á acortar el paso, y aun así estoy seguro de que con tan grata compañía me parecerá mas breve el camino.

Pronto entablaron conversación, empezando por la música y pasando á todas las generalidades sobre que pueden departir dos personas que no se conocen.

Tan grata les fué esta conversación, que estableció entre ellos una especie de simpatía y les inspiró el deseo de prolongar aquel buen rato; propuso el

extranjero á Saint Julien que entrara con él en un café, y habiendo Luis aceptado, pidieron cerveza, con lo que pasaron juntos una hora más. Dijéronse mutuamente sus nombres y su profesión.

—Yo soy de Munich—dijo el extranjero;—me llamo Spark y tengo treinta años; soy estudiante y nada más. No soy rico, pero tengo mucha afición al estudio, y soy bastante económico para contentarme con mi suerte y mirar la vida como cosa muy llevadera. Hace algún tiempo que viajo con el objeto de instruirme, y la casualidad me ha traído á este pequeño principado cuyo aspecto me ha parecido tan halagüeño, que he resuelto pasar en él algunas semanas. Mucho celebraré que nos veamos de cuando en cuando en este café y que demos algunos paseos juntos cuando no tenga usted cosa mejor que hacer.

Aceptó Saint Julien con mucho gusto, y se citaron para el día siguiente á la misma hora y en el mismo sitio.

Cuando volvió Saint Julien á palacio, ya había terminado el concierto: acababan de dar las doce, y la princesa, rendida de tantas vigiliass, se había retirado á su cuarto; más no bien hubo entrado en el suyo el joven secretario, cuando llegaron con mucho tiento á su puerta, y por el agujero de la cerradura le dijo Ginetta que su alteza le llamaba.

XIII

Estaba Quintilia sentada junto á su ventana, y contemplaba la noche, sumergida en dulce meditación: en su rostro brillaba una expresión de serenidad que nunca había visto en él Saint Julien.

Presentóse éste á su soberana con cierta expre-

sión de desdén y arrogancia; pero su noble y magestuosa actitud le hizo tal impresión, que, obedeciendo á un ademán de la princesa, se sentó sin atreverse a desplegar sus labios. Ginetta salió de la estancia, y cerró la puerta tras de sí.

Apenas quedó sola con su secretario, la princesa le presentó su mano, y le dijo en voz grave y cariñosa juntamente:

—Seamos amigos.

—Mas bien cedíó Saint Julien á su turbación que á su propio deseo, besando respetuosamente la mano de la princesa; luego quedó en pie y como aturdido. De nuevo le hizo sena de que se sentara á algunos pasos de ella, y al punto la obedeció.

—Severa he sido con usted, Giuliano—le dijo con dignidad y durezza—pero usted ha sido injusto conmigo, ha querido tratarme como á cualquier mujer, y se ha engañado. Mucho tiempo hace que estoy en una situación excepcional; mi carácter, mis ideas, y hasta mis hábitos, han debido llevar un sello peculiar, que me guardaré muy bien de defender; sé que he chocado á muchos, que muchos me han desconocido y calumniado. No dire que esto me es indiferente: ni tengo ese orgullo ni esa filosofía; pero mi suerte está arreglada de un modo, que constituye para mí en inevitables y aun en necesarias todas las cosas que hago, todas las inclinaciones que tengo, y por consiguiente todas las sospechas que tengo. Mi papel se limita á conservar bastante fuerza para no apartarme ni una línea de la senda que me he trazado, y todos los esfuerzos de mi razón se dirigen á ver claro en mi corazón y en mi vida. Hasta ahora he logrado repeler todas las influencias exteriores; soy lo que Dios me ha hecho, y no me he amoldado al gusto ni al capricho de nadie. Una mujer no se aisla impunemente, Luis, y yo he debido contar con

que inspiraría desconfianza y odio; pero ni ella ni él han sido poderosos á hacerme ceder una pulgada de terreno. La persona que hoy está delante de usted, es la misma que entró en su independencia hace diez años, y que cruzó por todas las cosas de la vida sin dejar en ellas nada de sí. Mucho he tomado de los demás, pero nada he dado más que á Dios y á una tumba.

Esta palabra *tumba* se mezcló á no sé qué idea en la mente de Saint Julien, inspirándole cierto terror involuntario. La princesa prosiguió:

Absolutamente insensible á las pequeñas ambiciones que hubieran podido embriagar á otra mujer, resuelta á vivir sólo conmigo misma, y no hallando la vida posible más que con un sentimiento y una idea ajenos á todo lo que me rodeaba socialmente, tomé mis medidas para hacer al menos llevadera la existencia que abracé; entreguéme á todas mis inclinaciones; busqué todas las distracciones, todas las amistades que me tentaban; amé la caza, la ciencia, los viajes, el estudio, y soñé con la amistad, habiendo, como ya he dicho, sepultado el amor aparte. Muchas veces me engañó la amistad, y sin embargo, aun creo en ella; mi alma se ha acostumbrado á esperarla. Si esta esperanza se devanece para mí, sabré vivir sin ella, pero mi vida puede ser más dulce, mi corazón más estóico, mi conducta más firme, mi conciencia más feliz si la amistad me sonríe. Y por eso, Giuliano, hago por usted lo que por muy pocos he hecho; me explico y me justifico. Si su alma es noble, si su corazón es puro, como lo creo, comprenderá qué prueba le doy en esto de amistad.

Subyugado Saint Julien por estas palabras, se inclinó profundamente; ella prosiguió:

—Ser fiel á un juramento, á un recuerdo, á un hombre, no es empresa que puede proclamar una

mu,er rica y festejada; hacerlo sería provocar ironías, echar el guante á todos los deseos, exponerse á peligros que no entran en el orden natural de la vida. Guardé, pues, mi secreto tan religiosamente como mi corazón, y evitando toda explicación, todo vano alarde de sentimientos, seguí una senda ignorada sin decir á dónde me proponía llegar. Seguía sin afectación, sin hipocresía, sin quejarme, sin arrogancia; la frente erguida, la mano abierta, libre la mente, la vista atenta, y cerrado los oídos. ¿Ve usted acaso que yo haya hecho mucho daño á nada de lo que me rodea?

—No, señora, no; sé que es usted una buena princesa—dijo Luis enternecido.—¡Ah! ¿por qué no quiere usted ser nada más?

—Ni me compadezca usted ni me admire—le respondió;—al principio sufrí mucho, ¡sí, mucho!, pero Dios hizo un milagro y fui feliz: este es un secreto que no puedo revelar á usted ahora, pero que espero poderle decir algún día; tenga solamente entendido que no fué desde entonces gran mérito en mí llevar adelante mi resolución, y que las ventajas excedieron con mucho á los inconvenientes de mi suerte. Graves fueron, sin embargo, estos inconvenientes, Luis y usted me los hizo palpar más cruelmente que nadie. Me juzgó usted por las apariencias, como hacen todos los hombres, y se dijo: «Eso no es verdad porque no es probable.» Con semejante raciocino se evitan mil decepciones, y se pierde una amistad. Perder una amistad, Giuliano, es una gran pérdida, porque el que hallase una sola amistad perfecta en su vida, casi podría pasarse sin amor. ¡Gloria á las almas generosas que se entregan sin temer traiciones! Estas beben en la copa de Alejandro y arriesgan su vida por ganar un amigo. Pues bien; yo he buscado amigos, y para hallarlos

he ariesgado más que la vida, he expuesto mi reputación, y Dios sabe si he debido ser infamada por los que no me han comprendido y me han tomado por blanco de sus viles ambiciones. Desengañándolos luego, me ha hecho su enemiga y no hay calumnia que no hayan inventado para denigrarme. ¿Acaso ha creído usted, viéndome continuar sereno mi camino, que no oía los gritos y los insultos con que me escarneían? ¿Piensa usted que recibo imprudentemente á un nombre por confidente, por criado ó por amigo, sin saber que le creeran mi amante, y que acaso él mismo irá vanagloriándose de serlo? No, no. Conozco ó preveo todos los peligros á que me expongo, pero quiero arrostrarlos, hallando para ello valor en un manantial inagotable, mi buena fé: los hombres la desconocen, pero no importa; acaso llegaré á convencerlos, sin duda me conocerán algún día y si este día no llega, tampoco importa: al menos habré abierto el camino á otras mujeres; conseguirán lo que yo no he podido conseguir; otras mujeres se atreverán á ser francas, y, sin despojarse de la dulzura de su sexo, adquirirán tal vez la firmeza del de usted. Se atreverán á fiarse en sus propias fuerzas, á hollar con indignación la prudencia hipócrita, ese antemural del vicio, y á decir á su amado:— Este no es más que mi amigo,—sin que el amado lo dude ó las espíe.

—¡Sueño dorado!—respondió Saint Julien,—¡esperanza de un alma entusiasta!

—No, no soy entusiasta—repuso Quintilia,—pero me conozco, y cuando tiendo la vista sobre mi vida pasada, me digo que ciertamente no soy la única en el mundo que no ha mentado jamás. No me tome usted, sin embargo, por una mujer virtuosa, Giuliano; no sé lo que es la virtud, creo en ella como se cree en la Providencia, sin definirla, sin comprenderla.

No sé qué es luchar conmigo misma; nunca he tenido ocasión de hacerlo; jamás me he impuesto principios, porque nunca los he necesitado; nunca he sido arrastrada á nada involuntariamente: me he entregado á todos mis caprichos sin verme nunca en peligro. Un hombre que no tiene en su alma ningún secreto infame, puede beber hasta embriagarse y mostrar patentes los más recónditos pliegues de su conciencia. Una mujer que no ama el vicio puede no tenerle, puede pasar por en medio de ese fango sin cojer una sola mancha en sus vestidos; puede tocar las llagas de otras almas, como toca una hermana de la caridad la lepra de los hospitales; tiene el derecho de tolerancia y de perdón, y si no usa de él, es porque es mala: ser mala y casta, es ser fría; ser casta y buena, es ser honrada. Nunca he creído que esto fuese difícil para las almas bien dirigidas, pero ¡cuán pocas lo están en efecto! Compadezco á las que la fatalidad ha mancillado, pero no las ultrajo; esta es una de las mayores culpas que me imputan, lo sé; conozco lo mucho que han perjudicado ciertas amistades; se con qué ironía han recibido mis esfuerzos cuando he querido sostener y consolar á los que la sociedad maldecía, y para esto he hecho uso de toda la energía que me dió el cielo y he permitido á mi orgullo que se alce para hacer cara á la justicia. Los que se han refugiado bajo mi amparo, no han sido abandonados; al furor del populacho.

—Lo sé, señora—dijo Luis, solo de tres días á esta parte observo lo que me rodea, y sé lo que piensan de vuestra alteza aun los mismos que la temen y no se atreven á decirlo; sé que viéndola dar buena acogida á mujeres desacreditadas y á hombres perseguidos, la acusan de particular de sus pasados extravíos, y yo admiraría el valor con que los levanta un-

ted si no previese, si no supiera que tendrá al fin que humillarlos y abandonarlos donde los tomó.

—¿Con que piensa usted, Saint Julien, que no hay curación completa para mis enfermos? Yo nunca desespero de nadie y ambos tenemos razón; usted, si me da un consejo de prudencia; yo si me impongo un deber de misericordia. Toda la cuestión se reduce á saber si tengo bastante energía para aceptar las funestas consecuencias de mi resolución; si la tengo, ¿de qué se me puede acusar? ¿No tengo el derecho de perjudicarme, si tal es alguna vez mi voluntad?

—¡Qué carácter tan singular!—dijo Saint Julien; no sabré decir si me encanta ó me aterra.

—Me dice usted lo que me han dicho muchas veces—repuso Quintilia.—Me admiro de parecer singular, y cuando empecé, esperaba no encontrar más que auxiliares y amigos. ¡Cuál fué mi sorpresa cuando me dieron á entender que era una loca! ¡Loca! Cada vez me admiro más de parecerlo. Usted y los que tal creen sí que son locos.

—Pero, señora ¿que bien se hace á los malos protegiendo su insolvencia?

—Avorrezco la insolvencia y no la protejo; sólo acojo á los desgraciados y á los arrepentidos.

—O á los hipócritas cubiertos con esa máscara.

—Verdad es que he sido engañada. Giuliano; esas son las espinas del camino: punzan, sacan sangre. ¿Pero debemos retroceder cuando oímos á lo lejos llanto y quegidos que nos llaman? ¡El temor de ser engañado!... Para las almas que sienten la necesidad de hacer el bien, ese temor es una pusilanimidad que es preciso vencer.

—¡Señora, señora!—exclamó Saint Julien, nació usted para ser reina de un gran pueblo y para hacer grandes cosas.

—O más bien—respondió ella sonriendo— para ser hermana de la caridad.

—¿Pero qué bien ha logrado usted hacer?—dijo Luis tristemente,—sus cárceles son más espacia-sas, sus hospitales más sanos, y su bondad es un refugio para todos los que la invocan; pero ¿por haber mejorado la suerte de los miserables, ha ennoblecido usted sus almas depravadas, sus malas inclinaciones y su cobarde indolencia? Muchas veces hemos hablado de esto, señora, y me ha contestado usted que en este punto más de una vez han quedado burlados sus deseos. Citemos un ejemplo inmediato y en una clase más elevada—añadió movido por un resto de intención insidiosa y maligna,—Lucioli pasaba por un intrigante ambicioso; la tolerancia de usted cerró los ojos por mucho tiempo y lo elevó hasta su confianza: ya vió, sin embargo, que tuvo al fin que arrepentirse.

—Esa es una de las espinas de que antes hablaba—respondió,—el día en que ese humilde servidor se me mostró insolente, le despedí en efecto, y si hubiera aprovechado la lección, Luis, no lo hubiera llamado á usted, no le hubiera dado su confianza, temeroso de que fuera un segundo Lucioli. Bien ve usted, amigo mío, que los locos tienen su sensated, que vale tanto como otra cualquiera.

Esta respuesta enterneció á Saint Julien.

—Es usted buena y grande — le dijo, —y no me rzaco su amistad.

—Espere usted un poco, Giuliano — le contestó sonriendo, — aun no estamos reconciliados. Le he explicado mi carácter y mis ideas, y usted me ha comprendido; sólo falta que me crea y aun no le he dado ninguna prueba de mi sinceridad.

Palpitó Luis de alegría creyendo que llegaba á la resolución de todas sus dudas. En su alma rígida la

necesidad de estimar era aun mucho mayor la necesidad de amar; y por eso estas palabras de Quintilia fueron mucho más dulces para él que una declaración de amor.

—¡Oh! Sí—exclamó ingenuamente:—deme usted esas pruebas, á fin de que lllore de arrepentimiento á sus pies, á fin de que la respete y la bendiga hasta la muerte. Sí, sí; pruébeme que es sincera y haré todo lo que usted quiera; la serviré toda mi vida, sofoaré este amor en mi pecho antes de importunarla jamás.

Detúvose de repente porque vió fijarse en él con frialdad y aun con una especie de desdén los ojos de Quintilia, siguió luego un momento de silencio tan penoso para Saint Julien, que agitado, confuso, empezó á dar paseos por el cuarto.

Volvió la princesa á su habitual serenidad y le dijo:

—Puedo abrir mi papellera y darle á usted pruebas irrecusables de mi vida; en menos de cinco minutos podría hacerle ver sobre qué se fundan todas las calumnias de que soy objeto, y hasta qué punto son vanas y odiosas las secretas jactancias de Lucioli y de otros muchos. Pero ¿hemos llegado á ese punto, Saint Julien? ¿Me pide usted ese precio por su amistad.

No se atrevió el joven á responder; púsose pálido y quedó inmóvil,

—¿Me ha visto usted alguna vez hacer algo malo?

—No, señora, no—respondió.

—¿He manifestado jamás una idea baja? ¿He mostrado un solo sentimiento vil en los seis meses que hemos pasado juntos en mi gabinete?

—No, señora.

—¿Ha tenido usted alguna vez entera confianza en mí?

—Sí, señora; casi siempre.

—¿Qué es lo que se la ha hecho perder?

—No me condene usted á decirselo, señora; simples apariencias, rumores ridículos, la presencia de Ginetta á su lado, su desenfado y soltura á veces, y más que todo, sus singularidades, sus gustos, que se suceden sin excluirse; todo lo que no comprendo me aterra... Pero ¿para qué quiere usted mi estimación?

—Mo se la pido, caballero—respondió la princesa—esperaba poder reclamarla.

De nuevo quedaron en silencio, hasta que la princesa, haciendo un violento esfuerzo para dominar su propia altivez, añadió:

—Es usted brutal, y ningún hombre de su edad se ha atrevido á hablarme de ese modo: eso hace; que yo lo estime, y que quiesiera que me estimara usted. ¡Pero vea lo que es la confianza, Giuliano! ¿Quién me impediría pensar en este momento que es usted el más astuto y hábil ambicioso que se ocultó jamás bajo la capa de una áspera franqueza? Sin embargo, sé que no me engaña usted, y que realmente me habla sin rodeos cuando me pone en esta alternativa: su retirada ó mi justificación. ¡Mi justificación!—añadió con una expresión de despecho.—Tome usted; esa es la llave de mi papelera; y la tiró con rabia á los pies de Saint Julien.

—No la levantaré, señora—repuso él también despechado;—me mira usted como á un insolente; lo he merecido y me voy.

—¡Adios, pues!—dijo presentándole su mano;—es triste que no hayamos podido seguir como antes siendo amigos.

Acercóse el joven para cojer su mano y vió que estaba llorando, lo que dispó al punto toda su cólera; luego parándose en frente de ella cabizbajo y

compungido como un niño que no se atreve á pedir perdón, se echó también á llorar.

—Luis—le dijo,—¡ah! ¿es posible que mis amigos me hagan sufrir tanto? ¿por qué no creen en mí como yo en ellos ¿por qué todas las simpatías que inspiro mueren al nacer? ¿por qué me desprecian unos, me desconocen otros? ¿qué he hecho yo para eso? Cuando toda mi vida ha sido un eterno sacrificio á la amistad, ¿será preciso que compre la confianza de aquellos á quienes doy la mía? Cuando recogí á usted en una zanja, un día en que estaba herido, jadeando, cubierto de polvo y no muy bien equipado, ¿por qué no lo tomé por un vagabundo y un aventurero de ruia condicion? ¿por qué creí en el candor de su mirada y en la nobleza de sus palabras? ¿tengo yo algo acaso que prevenga en contra mía? ¡Como! ¿Pregunta usted á los demás lo que debe pensar de mí? ¿No se lo dice su corazón? ¿No he podido ganarle? ¿Y qué me importa su estimación, arrancada por fuerza? Me volverá usted lo que me es debido y su alma no me habrá dado nada...

—Tiene usted razón—dijo Saint Julien echándose á sus piés;—guarde usted sus pruebas; que no las quiero; reserve su amor para el que lo haya merecido; en cuanto á mi respeto, á mi celo en servirla, á mi amistad, si puedo atreverme á repetir la palabra que usted emplea, póngale á prueba señora... ¡Ah! sí; ha vencido usted una naturaleza muy desconfiada y adusta: preciso es que Dios haya recompensado su grandeza de alma con un poder muy grande sobre las almas de los demás. ¡Señora, señora! No se queje, no. Siempre que quiera hallará amigos; además, si estos le faltan, procuraré multiplicarme hasta el infinito para obedecerla.

Quintilia, enegada en llanto, se echó en sus brazos, y le estrechó en ellos con efusión fraternal.

Llamaron en aquel momento á la puerta con mucho tiento, y habiendo abierto la princesa, entró Ginetta trayendo un recado muy urgente. Pasó Quintilia con ella al balcón, haciendo seña á Saint Julien de que se quedase.

Muy larga le pareció la conversación; tanto deseaba volver á ver á Quintilia, y recibir de sus labios alguna nueva palabra amistosa antes de retirarse. Una agitación deliciosa le rebosaba del corazón; en su impaciencia manoseaba todos los objetos esparcidos sobre la mesa, sin mirarlos y casi sin verlos; pero dió la casualidad de que halló su mano el reloj de la princesa, y lo abrió para contar los minutos que le rodeaba Ginetta. Al echar los ojos sobre el interior de la caja, un frío de muerte corrió por sus venas; oprimió su corazón un recuerdo confuso y doloroso, y se apoderó de él una gran curiosidad. Acercóse á una luz, y leyó clara y distintamente el nombre de Carlos Dortan.

—¡Infame!—exclamó con sorda voz, tirando con violecia el reloj sobre la mesa. Luego lo volvió á coger, queriendo convencerse bien de que no le habían engañado sus ojos. Leyó de nuevo el nombre fatal, observó la caja de platino con los embutidos de oro esmaltado; era absolutamente igual á la que le enseñó el viajero pálido en Lyon la mañana de su partida.

Aquella historia, que al principio le hizo tanta impresión, no tardó sin embargo en borrarle de la memoria. En aquella época Saint Julien mucho menos esperto, estaba por lo mismo mucho más sobre sí para no fiarse de sus impresiones; díjose, pues, que la aventura del viajero era novelesca ó inverosímil, que ni su nombre ni su fisonomía habían he-

cho el menor efecto en la princesa, y que aun el mismo Dortan no había sostenido su papel hasta el fin, pues no se había atrevido á dirigirle la palabra: fozosamente debía ser un maniático ó un ridículo charlatán, dispuesto á bur'arse de la sencillez de su interlocutor; en fin, no volvió á acordarse de aquella aventura sino confusamente como de un sueño doloroso y absurdo.

Profunda fué su indignación al adquirir una prueba irrecusable de la sinceridad de Carlos Dortan. Aquella mujer que tan pomposamente ostentaba la supuesta franqueza de su alma, y que de ella ofrecía pruebas, no le pareció ya más que una descarada histrionita, una coqueta odiosa que representaba todos los papeles por placer y despreciaba todas las virtudes de que hacía alarde.

Entró Quintilia á la sazón, y Saint Julien hizo cuanto pudo por disimular el estado en que se hallaba, pero se afanaba inútilmente, porque es seguro que la princesa no pensaba en él. Dió algunas vueltas por el cuarto con visible agitación, y dijo varias veces á Ginetta:— Pronto, pronto, mi manteleta con una capucha de terciopelo y la linterna sorda.— Mas habiendo reparado entonces en la presencia de Luis, se conoció que sentía que la hubiera oído; esto no obstante, llegóse á él con suma afabilidad y le presentó la mano, dándole las buenas noches. Besóla Saint Julien lentamente, procurando mostrar en su ademán la afectada insolencia de un cortesano, y le dirigió la frase más impertinente que pudo discurrir; mas no hubo ella de oírle sin duda, pues le respondió:— Sí, sí, hasta mañana: duermo bien hijo mío.

XIV

Devorado de ira y rencor entró Luis en el cuarto

de Galeotto, á quien encontró dormido sobre una butaca.

—¡ Ah! ¿eres tú?—le dijo bostezando,—¿de dónde vienes? No se te ha visto el polvo en toda la noche.

—Vengo del cuarto de la Cavalcanti—respondió Saint Julien.

—¡Hola! ¡hola!—dijo el paje incorporándose;—el señor secretario acaba de ser despedido ó es el más feliz de los mortales, ó es príncipe ya, lo menos por treinta y seis horas.

—Jamás me envileceré hasta ese punto—respondió Luis.

—¿Pues qué ha habido?

—Nada, Galeotto, sino que ya sé lo que debo pensar de esa mujer; le hacías demasiado favor tratándola de pedante, diciendo que era muy posible que nunca hubiese tenido bastante sensibilidad para cometer una falta... ¡Oh! ¡cómo te engañabas! Esa mujer es una imprudente ramera que de ningún capricho se priva, que se entrega en secreto á todos los vicios, y que tiene la pretensión de pasar por un dchado de castidad virginal y de sentimentalismo alemán: es lo más horrible que hay en el mundo; una hipócrita.

Después de este tremendo prefacio, contóle Saint Julien todo lo que le había pasado con Quintilia aquella noche.

—Mucho me alegro saber todo eso que me dices—respondió Galeotto con aire pensativo,—pero en verdad me dejas pasmado. Muy hábil debe ser esa mujer, cuando ha habido días, aunque pocos, en que á mi mismo me engañaba, y eso que ciertamente nada tengo de crédulo... Pero ¿estás seguro de que no te equivocas, amigo mío?

—Seguro, segurísimo, Galeotto, y como siempre he vivido aquí en una continua alternativa de con-

fianza y desconfianza, (con la diferencia de que en mí los días de desconfianza eran muy raros y los otros muy frecuentes) resulta que estoy aún más consternado que tú.

—¡Consternado!—exclamó Galeotto.—¿lo estoy yo por ventura? No por vida mía. ¿Qué me importa eso á mí? Nunca he estado enamorado de ella. Y ¿quieres que te diga lo que se me está ocurriendo en este momento? Es extraño, pero es la verdad. Creo que ahora sería capaz de enamorarme perdidamente de esa mujer.

¡Cómo! ¿Ahora que debías despreciarla?...

—¿Despreciarla?... ¡qué disparate! Todo lo contrario. Yo la creía pedante, absurda, la hallaba ridícula y me burlada de ella; pero ahora ya no haré tal, porque veo que no la hice justicia; es astuta, embustera, imprudente; sabe doblegarse á todos los papeles con tanta destreza que no es posible averiguar su verdadero carácter. ¿Sabes que una mujer así vale mucho y que bastaría ella sola para revolver el mundo si se hallara al frente de un vasto imperio? Con una conciencia tan flexible, con tanto artificio y sangre fría, con tanta perfidia, mucho se puede hacer... y ¿quién nos dice que ella no la hará? Presentóse una buena ocasión, y dará que decir á todas las bocas de la fama. ¿Sabes tú cual es la primera facultad? La de dominar los ánimos, que es la verdadera grandeza; así se llega á dominar las cosas. Lo dicho, dicho; ya estoy reconciliado con ella; ya no me avergüenzo de ser su paje; podrá darme lecciones, y para sacar más provecho de su escuela, quiero además ser su amante....—allo por un momento y luego añadió con ademán reflexivo:—Si puedo lograrlo, porque ya veo que la cosa no es tan fácil como parecía á primera vista.

—Tampoco es difícil—repuso Saint Julien:—basta

que pases por la calle junto á ella y que le gustes; ella cuidará de darte su coche é introducirte en sus habitaciones privadas.

—¡Doble motivo, pardiez! Mujeres que tienen tales antojos y que los satisfacen con tanto desparpajo, no son para todos; se puede vivir con ella diez años bajo el mismo techo, sin obtener el más leve favor: pueden además resistir al hombre más hábil y más seductor, porque á esas no se las coge por sorpresa. Ahora sí juraría que Lucioli nunca fué su amante; era demasiado estúpido el probrecillo. Ella hubiera podido abrirle la puerta de su gabinete, si el pobre diablo hubiera ocultado los deseos que tenía de entrar en el salón del consejero. Yo, que no tengo el menor empeño de ser príncipe de Monteregale, ya me andaré con más cuidado: ganaré su confianza y todo saldrá á pedir de boca.

—¿Con que es decir que lo que me cura de mi insensato amor es precisamente lo que enciende el tuyo?—dijo Saint Julien.

—Llamarlo amor, si quieres: yo le llamaré de otro modo: curiosidad, disposición, afición á la ciencia, deseos de estudiar el corazón humano.

—Y lo que hace que yo lo avorrezca y la desprecie ¿te reconcilias con esa mujer?

—Complétamente; mas no por eso dejaré del llevar adelante la activa guerra de ardides y observación en que estamos empeñados contra ella; por el contrario, la haré con más celo que nunca, y mis descubrimientos tendrán más importancia á mis ojos. No temas, Giuliano; suceda lo que suceda, jamás te venderé.

—Puedes venderme si quieres, porque no estaré aquí mucho tiempo. Pero, escucha; antes de darte las buenas noches, quiero que me cuentes esa historia de Max,

—Lo haré en cuatro palabras. Max era el amante de su alteza, cuando con la muerte del duque su esposo, á quien jamás vió, como ya te dije, quedó soberana libre y absoluta. Estaba Max tan en favor con ella que, según opinión de toda la corte, iba á darle su mano; así, pues, aunque bastardo de dieciséis años, estaba tratado aquí con el mayor respeto. Pero una noche, estando cenando, hizo la fatalidad que se le subieran á la cabeza al joven favorito los vapores del orgullo, justamente con los del marrasquino de Hungría, y sin encomendarse á Dios ni al diablo soltó no sé que imprudente balabronada en presencia de su alteza. Es fama que su alteza frunció las cejas de un modo imperceptible, y no dijo palabra. Al día siguiente por la mañana los criados de Max no le hallaron ni en su cama, ni en su cuarto, ni en su palacio, ni en la ciudad, ni en el principado; le buscaron y aguardaron pero inútilmente. Nunca más se le vió, ni se volvió á oír hablar de él: parece que hubo de por medio un asesinato lindamente ejecutado.

—¿Y nadie pidió venganza de tan horrible atentado?

—Max era un bastardo de quien, sin duda, querían deshacerse en su corte, pero es el caso que ahora tratan de servirse de su nombre como de un espantajo para obligar á su alteza á acceder á ciertas miras políticas. El enviado Gurk prepara una pomposa reclamación de la persona de Max, si su gallardía personal no corona sus primeras tentativas. Ya estás enterado de estos manejos.

—Y en ellos veo á la justicia del cielo que cae de improviso sobre el crimen impune.

—¡Bah! ¡bah! ahora que miro las cosas desde su verdadero punto de vista—dijo Galeotto—veo que

fué un golpe atrevido para una princesa de dieciséis años.

—¡Tenía dieciséis años! ¡qué horror!

—¡Bah! ¡bah!—repuso Galeotto,—los crímenes de los príncipes no son como los de demás. Hay en los grandes destinos humanos resoluciones inevitables y no es poco saber tomarlas á tiempo y llevarlas á cabo con habilidad: un rapto que no es sonado, un asesinato que á nadie salpica de sangre, un hombre que se elimina como se eliminaría un número, y que se evapora en medio de una ciudad como una gota de agua al sol.... Vamos, convengamos en que esto tiene su mérito. ¡Y ni la más leve sombra de remordimiento en una fuente de diez y seis años! ¡y ni un rastro de amargos recuerdos en toda una vida pública! Eso se llama fuerza de alma, y pocos hombres la tendrían.

—Espero que tú no la tendrás—dijo Saint Julien volviéndole las espaldas.

—Aguarda una palabra—dijo Galeotto deteniéndole.—¿Has descubierto algo acerca de ese Rosenhaim?

—Nada.

—¿Qué habrá sido de él? Maese Cantarida está en el secreto.

—¿A que apurarnos por la suerte de un hombre—dijo Saint Julien en una corte donde un importuno se evapora como una gota de agua al sol?

—Veo que parodias mis metáforas—dijo el paje;—pero te lo perdono si te encargas de penetrar en el pabellón del parque.

—¿En el pabellón donde el profesor de Historia Natural hace sus experimentos, y se divierte por las noches en echarla de astrólogo y de alhuimista, flechando su telescopio hacia la luna y asustando á

los perros con inocentes explosiones de electricidad?

—Y donde apuesto las orejas á que está escondido ese amante nocturno; pero al cabo y al fin ese Rosenhaim no hace más que tres días que está aquí, y tres años hace que veo á la princesa frecuentar el pabellón del parque. ¿Sabes una cosa muy rara que me ha dicho Ginetta.

—Veamos.

—Un día en que, según su costumbre, defendía á capa y espada á su señora, creyó quitarme toda posibilidad de creer en el asesinato de Max, diciéndome que su alteza le había amado con delirio y que era el único de quien podía decirse otro tanto. Respondíle que así lo creía yo, por cuanto aquel era el único á quien había hecho asesinar. Entonces se enfureció y me dijo que, no sólo su alteza había amado á Max, sino que aún después de muerto lo seguía amando, y la prueba, añadió, es que todos los días va á encerrarse en el subterráneo del pabellón junto á una tumba de mármol que ha hecho construir allí en secreto, y.... Pero, amigo Luis, me miras con ojostan desdeñosos, que no me atrevo á continuar esta historia: tan extraordinaria es, que te vas á reir si te la repito como no la han contado.

—Cómo supongo que no le darás crédito...—dijo Saint Julien.

—¿Qué se yo?—dijo el paje.—¡Las mujeres son tan novelescas! ¡Hay en las cabezas ampliamente dotadas de intiligencia y de energía contrastes tan singulares, misterios tan tenebrosos! ¡Ah! En este mundo es preciso creerlo todo y no creer nada; es preciso ver...

—Pero, en fin—dijo Luis—esa tumba de mármol contiene una caja de oro, si hemos de creer á Ginetta. Y esa caja de oro, ¿qué contiene?

No lo sé, y Ginetta sostiene que tampoco lo sabe; pero dice que esa caja tiene la forma y el tamaño de las que se usan para embalsamar corazones humanos....

—Esa historia es asquerosa y horrible—dijo Saint Julien con aire sombrío después de un largo silencio. —¡Asesinar á un hombre y llorarle! ¡coserle el corazón á puñaladas y arrancarle luego las entrañas para embalsamarlas y conservarlas como una reliquia ó como un trofeo! ¡encerrarse todos los días en un subterráneo con una tumba y un remordimiento y prostituirse en saliendo al primero que pasa!... Si todo eso es posible, séalo en buena hora.

Dió un fuerte taconazo en el suelo y apretándose la frente con la mano, exclamó con angustia:

—¡Oh padre mío ¡oh mi antiguo solar, mis labradores, mis bosques, mis libros, mi patria! ¿Dónde estáis? ¿Dónde está aquel tiempo feliz en que ignoraba todo lo que sé ahora?

Estaba tan triste y tan abatido; que no se atrevió Galeotto á embromarle como solía hacerlo cuando soltaba la rienda á su sensibilidad. Paseóse Luis en silencio por el cuarto y luego añadió con amargo acento:

—Si ese amante desconocido se esconde en el pabellón, debe ser para ella un atroz refinamiento de deleite recibir sus caricias junto al mausoleo de Max; acaso es ese mismo subterráneo fué asesinado el infeliz, acaso su misma tumba sirva de lecho á los monstruosos placeres de Quintilia... ¡Qué horror! ¡qué horror!... ¡Me parece que estoy soñando, Esta misma noche se preciaba conmigo, en efecto! de haber sepultado su propio corazón en un ataúd... ¡bella metáfora por cierto!... pero no me dijo que hubiese sepultado también su cuerpo, y bien hizo á fe mía, porque hubieran sobrado bocas para darle

un solemne mentis Mira... Levántate y ven á la ventana; ¿ves aquella luz pálida que atraviesa por entre los árboles del parque? Pues es la de la linterna sorda que mandó encender á Ginetta para ir á la cita: padeció esa distracción delante de mí... Pero ¿qué haces?

—¿Qué he de hacer? Vestirme y seguir á la loba.

—Es la única palabra puesta en razón que has dicho en todo el día—dijo Luis con sequedad viéndole echar á correr medio vestido y deslizarse como un gato por los sombríos corredores.

Fué Saint Julien á meterse en la cama, pero no pudo dormir un punto con sosiego. Soñó que se echaba sobre él una turba de asesinos, que le abrían el pecho y le arrancaban el corazón palpitante, mientras que Quintilia en pie, inmóvil y pálida, cubierta de pies á cabeza con un manto carmesí, lo miraba todo con horrible indiferencia presentándoles una caja de oro cincelado, llena de sangre.

XV

Pasó Saint Julien todo el día encerrado en su cuarto, resuelto á darse por enfermo si le hacía llamar la princesa; pero no le llamó, y cansado de sufrir solo, salió hacia el anochecer para distraerse un poco. Acordóse entonces del estudiante con quien había hecho conocimiento la víspera y con quien tenía una cita en el el café del *Sol de Oro*.

Hallóle ya sentado á la mesa, fumando junto á una botella de cerveza aún no destapada y dos vasos boca abajo.

Saludáronse cordialmente, pero no pudo Saint Julien, por más que hizo, mostrarse alegre, y el estu-

diante, sosteniendo casi solo la conversación, estuvo aún más amable que el día anterior. Juntos permanecieron hasta las once de la noche, hora en que se levantó Spark, diciendo que era esclavo de sus costumbres arregladas y que nunca se acostaba más tarde; pero le propuso un largo paseo para el siguiente día.

Nada deseaba tanto Luis como huir de la atmósfera de la corte; hizo preguntar á Quintilia si tendría algo que mandarle aquel día, y como su respuesta fué que podía disponer de sus horas como gustase por todo el resto de la semana, no paró en palacio, por espacio de varios días, más que las horas consagradas al sueño. Empleó todo su tiempo en pasear por las montañas, ya solo, ya con el estudiante alemán, que cada vez le inspiraba simpatía más viva.

No tardó Saint Julien en profesar á aquel joven el más sincero cariño, ni hubiera podido ser de otro modo con su excelente corazón y sus elevados sentimientos. Era Spark uno de aquellos hombres de naturaleza tan recta y armónica, que á primera vista se les estima, y luego, cuanto más se le trata, se los estima más: era sencillo y franco: no aspiraba á ninguna superioridad y de todo juzgaba con acierto. Fácil era conocer que sabía más de lo que decía, pero su circunspección nada tenía de altanera; procuraba agradar, pero no rayaba en aquella empalagosa afectación de finura que revela poco talento ó un corazón árido y seco.

Parecía juntamente hombre de carácter y servicial, sensible para los demás, indolente para sí mismo; tenía en la Providencia una confianza novelesca, pero no pueril, que parecía ser la consecuencia de una vida sin mancha y de un corazón generoso.

Su sensibilidad no era fogosa y febril como la de

Saint Julien, y éste fué sintiendo cada vez más la necesidad de buscar un apoyo en la calma y la dulzura de un alma más fuerte y serena que la suya. Oprimido por su acerbo dolor, devorado por su continua incertidumbre, no sabiendo qué decir con respecto á la princesa y aun así mismo, resolvió confiarle á aquel hombre tan intiligente, tan bondadoso y al mismo tiempo tan prudente, y pedirle consejos. No dejaba de inspirar cierta repugnancia la idea de abrir á otro su corazón, porque á decir verdad no era naturalmente expansivo: Galeotto había sorprendido los secretos de su alma y no los comprendía; además, el carácter de aquel joven era demasiado opuesto al suyo para que pudiese resultarle ventaja ó placer alguno de su confianza con él; antes por el contrario tenía el arte de irritar todos sus males y envenenar todas sus heridas.

Tomó, en fin, no sin trabajo el partido de consultar sus dudas con Spark, y una mañana, hallándose de paseo en la colina donde se vieron por primera vez, suplicóle que se sentase sobre la hierba á su lado y suspendiese sus observaciones botánicas por otras de psicología.

—¿Sobre quién?—preguntó Spark sonriendo,—¿sobre usted ó sobre mí?

—Sobre mí, sino lo lleva usted á mal, amigo mío; tengo un secreto que me pesa y á nadie puedo confiar: quisiera decírselo á usted.

—Con mucho gusto—respondió el estudiante,—no me recusaré afectando una modestia importuna. Los que hacen ascos para escuchar una cosa en confianza, son los que temen tener que guardar un secreto ó hacer un servicio.

—Grande es sin duda el que le voy á pedir—dijo Saint Julien.—No reclamaré el apoyo de su brazo para salir del duro trance en que me encuentro, pero

llamaré á su corazón en ayuda del mío; un buen consejo es lo que le pido.

—Y es pedir mucho, en efecto—respondió Spark.—No le prometo á usted satisfacerle, pero haré cuanto depende de mí; ambos discurriremos y Dios nos ayudará.

—Usted está, amigo mío, con respecto á las cosas que me interesan, en una posición enteramente desinteresada—dijo Luis;—no conoce á la persona de quien voy á hablarle y la juzgará imparcialmente con arreglo á los hechos que le voy á referir.

—Pero advierta usted, querido amigo, que es cosa muy seria la que me propone. Si desnaturaliza los hechos ó si ignora alguno, podrá suceder que pronunciemos un juicio erróneo.

—Juzgará sólo ateniéndose á los que conozco y le diré, y como no está bajo los hechizos de la víbora, puede juzgar de todo mejor que yo.

—¿Se trata de una historia de amores y de una mujer, según veo?

—Se trata de una mujer, sí—¿Conoce usted á la princesa Quintilia?

—¿Cómo quiere que la conozca cuando hace sólo ocho días que llegué á este pueblo?

—¿Le ha hablado alguno de ella?

—Sí; algunos á quienes ha protegido, algunos pobres á quienes ha dado limosna, me han dicho que es una mujer muy benéfica.

—Todas esas mujeres lo son—dijo Luis.

—¿Qué mujeres?—preguntó Spark con suma ingenuidad.

—¡Ah, amigo mío, y cómo veo que no la conoce usted!—exclamó Saint Julien;—si así no fuera, no me preguntaría qué mujeres.

—Veo que no tiene usted de ella la más alta opi-

dión—dijo Spark; pero, sin efecto, su opinión está ya formada, ¿para qué me consulta?

—Para saber si debo huir de ella y olvidarla, ó perseguirla y quitarle la máscara. Voy á contarle á usted cuanto me ha sucedido en los siete meses que hace salir de la casa paterna.

Escuchó Spark la historia de Saint Julien con suma atención, pero con tanta calma, que no pudo el joven, en ningún pasaje de su narración, presentir el juicio que formaba el oyente; no se vió un solo pliegue en el bello y sereno rostro del estudiante y el humo de su pipa se exhaló en bocanadas tan regulares como el día anterior, cuando escuchó á Luis en el café del *Sol de Oro* leer en alta voz la *Gacete Ausburgo*.

Luego que Saint Julien hubo acabado, hizo Spark una especie de gesto que consiste en acandilar un poco el labio inferior, y que generalmente se puede traducir por estas palabras:—Todo eso no merece la pena de pensar tanto en ello.

Después de un breve silencio, dejó su pipa sobre la hierba, y le dijo:

—Amigo mío; antes de decir á usted lo que pienso de la princesa. Quintilia, permítame que le diga lo que pienso de usted: es muy noble, pero muy orgulloso; muy virtuoso, pero muy intolerante; muy sincero, y, sin embargo muy desconfiado. ¿De dónde procede esto? ¿No ha sido usted educado por un sacerdote católico?

—Sí—respondió Luis—y fué mi mejor amigo.

—Entonces comprendo su carácter, y sin dejar de reconocer que es muy bello, quisiera que se tomase usted el cuidado de modificarle y alizar su corteza áspera y nudosa. No creo que el pajecillo le haya dado buenos consejos; lo miro como un intrigante peligroso y de mal corazón. Lejos de burlarme, como

él, de los principios de usted, los apruebo rigurosamente, y declaro que, si su princessa Quintilia fuera tal cual la juzga en este momento, bien haría en huír de ella y olvidarle; pero...—Hizo Spark una breve pausa y reflexionó; luego prosiguió:—Pero creo que se engaña usted de medio á medio y que es una excelente mujer.

—¡Cómo! ¿á pesar del asesinato de Max?

—No creo en el asesinato de Max—dijo Spark sonriendo,—jamás creeré que la muerte de un hombre esté suficientemente probada por su ausencia y el asesinato de un amante por una palabra ligera por un lado y un fruncimiento de cejas por otro. Esa historia me parece muy buena para dormir á los niños y producirles tristes ensueños.

—¿No cree usted en ese crimen? Haga usted que yo no crea en él; nada deseo tanto como arrancar esta ascua de mi corazón. ¿Pero el vicio, la disolución...

—¡Ah! ¡ah! ¿Sus galeotos querrá usted decir? Una mujer puede tenerlos y ser una buena mujer. De mí sé decir que no me gustan esas mujeres, más no por eso les tiro pedradas; paso á su lado sin decirles ninguna injuria. Si la princesa Quintilia está en ese caso, no hable usted mal de ella; déjela y no vuelva á acordarse de semejante mujer.

—Todo eso le parece muy fácil, Spark, pero yo tengo el alma abrasada de cólera y celos.

—Mal hecho.

—Pero, en fin, lo que le he contado le debe probar que esa mujer es una....

—Lo que me ha contado nada me prueba sino que ha adquirido usted en la desgracia la costumbre de mirarlo todo con una prevención poco favorable y casi malévola. Arránquela usted, arránquela de su cabeza, amigo mío; es una planta dañosa,

—Pero una mujer que discurre de ese modo sobre el candor y el platonismo, y que se echa por amante, primero un Lucioli, á quien va luciando por todas partes y que se vanagloria de sus favores....

—¡Eh, eh!—dijo Spark,—ese Lucioli se me figura que ha de ser un majadero con sus puntas y remates de bellaco, á quien no dejaría yo de solfear las espaldas si le tuviese á la mano y fuera amigo de la princesa.

—Si la ha desacreditado, la culpa es de ella; ¿por qué lo ha ido luciando por todas partes como?...

—Porque es buena y sencilla, como ella misma le ha dicho á usted. Sus palabras me parecen sinceras, amigo mío; la creo. Ese carácter me gusta y apruebo esas ideas; no digo que deban seguir ese ejemplo las mujeres que no quieran ser calumniadas y perseguidas; pero para un hombre de carácter que se burla de la opinión del vulgo y que no escucha más que la voz de su conciencia, una mujer así es una querida de aquellas á quienes se adora hasta la muerte.

—Confieso, Spark que la confianza de usted me confunde; no sé si abrazarle como al mejor de los hombres ó compadecerle como á un loco.

—Como usted guste, amigo Luis: me ha pedido su opinión y se la doy.

—Y yo daría mi mano derecha por pensar así. Pero, en fin, ¿aquella aventura de reloj? ¿Ese Carlos Dortan?...

—Ese Dortan es un tonto á quien ella enviaría noramala en el momento más crítico de la broma.

—¿Y una mujer de decoro se presta á semejantes bromas? ¿Tan poco caso hace del peligro á que se expone? ¿Echa también á broma la venganza de un hombre ofendido? Yo, en lugar de ese Dortan, seguiría á una mujer así hasta el fin del mundo, la

obligaría á cumplir sus promesas y luego la escupiría en la cara.

Cubrió un vivo carmín la frente de Spark al oír estas palabras, como si ante la idea de semejante violencia, se hubiera resentido su alma honrada y pura; más no tardó en volver á su habitual serenidad y dijo con un tono de certidumbre que sorprendió á Saint Julien:

—Esa histoia es falsa; ese Carlos Dortan será algún relojero que habrá vendido á la princesa ese reloj y, habrá inventado esa sandia aventura para burlarse de usted, ó porque hay antes de una imprudencia increíble, ó porque ese pobre hombre está loco.

—Usted lo arregla todo á pedir de boca; me he dicho todo eso á mí mismo, sin poder persuadirme radicalmente.... ¿No ví la alegría con que supo la llegada de aquel máscara desconocido?

—¿Y qué prueba eso? ¿no se llora de alegría por la llegada de un hermano, y aún de un amigo? Las mujeres son más expansivas que nosotros, y las italianas lo son más que todas las mujeres.

—Pero ese Rosenhaim ¿quo está escondido en el pabellón?

—Puede que así esté Rosenhaim en el pabellón como Max en la tumba.

—¿Luego no cree usted en la muerte de Max?

—No sé por qué se me antoja que ese supuesto corazón enbelsamado en una caja de oro, late á la hora esta en un pecho muy feliz.

—¡Pero si la princesa misma le da por muerto!

—¿Ella lo da por muerto? Entonces será verdad; pero todos podemos morir sin ayuda de nadie.

Y cogiendo de nuevo su pipa empezó Spark á llenarla de tabaco con suma cachaza.

—Las quejas que le quedan á usted contra ella—

añadió después de haber encendido su pipa—se reducen, pues, á su aire marcial, su alegría juvenil, su latín, su afición á las mariposas, sus trabajos políticos, su doncella Ginetta, su familiaridad con todos los que la rodean, á quienes tiene la bondad de tratar como á amigos mientras que ellos no la comprenden, incluso usted, Luis... Pues bien: yo en su lugar la querría con todo mi corazón, y pasaría mi vida empleado en agradarla y servirla.

—Pero si lo hiciese así como usted me aconseja, volvería á creer en ella, y me enamoraría perdidamente, y si ella no me amase, sería el más desgraciado de los hombres.

Yo en todo soy absoluto y exclusivo, Spark cuando pienso cómo esa mujer me trastornó la cabeza algún día, conozco que si no me curo por la desconfianza, tendré que clavarme un puñal por la desesperación.

—No tal — dijo Spark.

—Le digo que me volveré loco si no me ama.

—Y yo le digo á usted que no, que se consolará, y todo acabará; además, ella lo quiere mucho: bien lo prueba todo lo que ha hecho por usted.

—¡Oh! demasiado me ha hecho sufrir esa tranquila amistad, demasiados tormentos he abrigado en mi seno. No me atrevo á volver á empezar.

—Es usted un ingrato. ¿No me ha dicho que esos seis primeros meses fueron los más felices de su vida? Escuche usted, amigo mío; veo que no está en disposición de juzgar del verdadero estado de su alma; que está obcecado por el despecho.

Crea mis consejos. Antes de saber de qué se trataba, creía poder resolver la cuestión con acierto; ahora tengo suma confianza en mi dictamen, porque las cosas me parecen claras é indudables. ¿Quiere usted prometerme que haga lo que yo le diga?

—Le prometo procurarlo—dijo Luis.

—Pues bien: enciérrese en sí mismo; y no abra sus pulmones á la emponzoñada atmósfera que le rodea; viva con Dios y consuecorazón, que es bueno; huya de la corte, de los envidiosos, de los necios, de los malvados, sobre todo del pajecillo Galeotto; quédese al lado de la princesa; yo respondo por ella. El otro día la ví pasar á caballo; su fisonomía me gusta, por que es de aquellas que no engañan. Sírvala usted fielmente, y no crea de ella más que lo que ella le diga; si su amor persiste en hacerle sufrir, dígaselo sin rebozo; háblela mucho de él y con frecuencia.

—¿Cree usted que me escuchará?—dijo Luis, cuyos ojos centelleaban de alegría.

—Sin duda lo escuchará como yo lo he hecho; lo compadecerá; no lo amará probablemente....

—¿Lo cree usted?—dijo Saint Julien abatido.

—Casi con certeza; pero no importa; háblele usted y ella le consolará con su sincera amistad; con esa amistad, Luis con la afición de usted al trabajo, con una conciencia tranquila y un poco de fe en la divina Providencia, no será usted desgraciado, se lo fío.

—¿Y si con todo me engaña?—repuso el joven; ¿si al cabo de diez años de una vida como la que usted me pinta, veo con amargura que no he abrigado más que una quimera en mi corazón?

—Habrá gozado diez años de felicidad y tendrá derecho para decir á Dios cuando comparezca ante él:—Señor, los hombres me han hecho daño y no me he vengado.—¡Y ya verá usted, lo que Dios le responde. ¡Oh! créame usted, amigo mío; jamás hay que arrepentirse, ni aún en esta vida, de ser bueno; el que se arrepiente, deja de serlo.

—¡Honrado y excelente amigo!—exclamó Saint Julien apretándole cariñosamente la mano.—Sí, se-

en su compañía el bálsamo de paz que cura las heridas del alma.

Volvió Luis al palacio, descargado el corazón de un gran peso, y por la primera vez al cabo de muchos días oró con fervor.

VXI

Al día siguiente por la mañana le hizo llamar Quintilia, y había en su rostro una expresión tal de bondad y contento, que Saint-Julien se sintió muy dispuesto á seguir los consejos de Spark.

—Tengo que dictarte algunas cartas —le dijo dándole con familiaridad un golpecito en el hombro, — siéntate y corta bien la pluma.

Hízolo así el secretario y la princesa le dictó la siguiente comunicación:

Señor duque:

Tenéis una arrogante figura; un talento superior y un empleo magnífico; me propongo escribir directamente á vuestro augusto soberano á fin de darle las gracias por haberos elegido para desempeñar cerca de mi persona esa importante y agradable misión.

No me es posible veros hoy, con tanto más motivo cuando necesito suma calma y la más austera reflexión para responder, señor duque, á las proposiciones de vuestra excelencia; temería no poder resistir á la persuasiva influencia de vuestro ingenio tratando de viva voz una cuestión tan grave.

Ahora ya, después de una madura deliberación, me creo autorizada por mi conciencia y mi voluntad, á rehusar positivamente la alianza que me ofrece vuestro gabinete. Mis opiniones son invariables

en este punto y vos las conocéis. La libertad de hecho establecida por mí, soberana absoluta en virtud de poderes absoluto, etc., etc.»

Dictóle muchos renglones que Sanit Julien hubiera podido escribir por sí mismo, tan al corriente estaba de los sistemas del soberano con faldas de Monte Regale.

Luego que hubo teminado la parte política de esta carta (y la pasaremos por alto como cosa ajena á esta historia), continuó dictándole Quintilia:

«En cuanto á la pregunta que V. E. me ha dicho que tiene reservada para el caso en que yo me negase definitivamente á entrar en esa alianza, pido por favor que me sea expuesta inmediatamente, porque ocupaciones del mayor interés para mí me obligan á hacer un pequeño viaje por Italia. Será para mí un verdadero sentimiento abreviar la mansión de V. E. en mis Estados, y ciertamente desearía que me fuera posible disfrutar de ella por más tiempo.»

—Añade las fórmulas de costumbre—dijo la princesa,—y dame enseguida la pluma.

Luego que hubo firmado y hecho poner en el sobre el nombre del duque de Gurk, tiró de la campanilla y se presentó el paje.

—Lleve usted esta carta al duque de Gurk—le dijo—y tráigame al instante la respuesta.

Si solicita verme le dice usted que es imposible.

Mucho sorprendió á Galeotto el tono frío y absoluto de la princesa, por lo que tuvo que echar el resto de su presencia de ánimo para darle á entender que traía para ella un mensaje secreto.

—No tengo secretos en que pueda usted tener parte alguna—le respondió con sequedad;—explíquese delante del señor conde; se lo permito.—y como el paje titubeaba, añadió:—se lo mando.

Galeoto, desterrado hacía ya muchos días de las

habitaciones particulares de su alteza, sin saber por qué, había contado mucho con el momento en que le sería permitido hablarla: mas aunque ya había comunicado á Saint Julien su intención de perjudicar al conde Steinach, y trabajar en su propio provecho aparentando servir y proteger á aquel magnate, le escocía mucho sin embargo tenerle por testigo de su conducta. Nada paraliza tanto una estratagemas como el ojo de un juez pronto á censurar su torpeza ó á maldecir su perfidia.

Con todo, fué preciso hablar; aventuró, pues, algunos preludios de una explicación entre chusea y misteriosa, y acabó por sacar del seno una carta cerrada bajo tres cubiertas; pero Quintilia, á cuyos pies había incado el paje una rodilla, no alargó la mano para recibirla y le mandó que la abriera y leyese en alta voz.

Galeotto estaba cada vez más amilanado.

—¿Me ha oído usted?—repitió la princesa.

Entonces, sacando fuerzas de flaqueza, leyó Galeotto la carta con tono patético y aparentando una turbación que á cada palabra iba en aumento: era una declaración de amor del conde de Steinach, redactada en términos tan vehementes cuanto podían permitirlo el decoro y alta categoría de la persona á quien iba dirigida. Declamábala el maligno paje en voz trémula y como si la aterrara la aplicación que á sí mismo podía hacerse de las tímidas y apasionadas expresiones de la carta. Varias veces afectó que le faltaban fuerzas para acabar una frase y aun para sostener el papel en sus manos; en fin, representó tan al vivo aquella comedia, que Saint Julien hubiera caído completamente en el lazo á no ser por la última conversación que habían tenido sobre el particular, en que le declaró Galeotto sus proyectos y sus esperanzas.

Pero no fué difícil conocer que ni el amor de Steinach ni el que Galeotto aparentaba cobigar tímidamente bajo las alas de la diplomacia sentimental, hacían la menor mella en el corazón de Quintilia.

—Risa de oír tales sandeces,—dijo luego que el paje hubo acabado; y arrancándole la carta de las manos la tiró en una cestilla de mimbres que tenía debajo de la mesa, en la que solía echar todos los papeles inútiles.—Pero por poco castizo que sea ese italiano—añadió,—el conde de Steinach, que no sabe ninguna lengua, ni siquiera la suya, jamás hubiera sido capaz de escribirla.... Usted es quien ha compuesto esa ridícula jerigonza, señor Galeotto.—Y sin esperar su respuesta; dijo volviéndose á Saint Julien:—Escribe otra carta que voy á dictarte; Galeotto esperará y la llevará á donde diga el sobre.

Dióle una fórmula de despedida impertinente y burlona para Steinach, como la que había dirigido á Gurk; la firmó igualmente, la cerró y se la entregó á Galeotto sin desplegar sus labios. Quiso el paje hacer una pregunta, más ella le cerró la boca con una mirada y con el dedo le indicó la puerta.

En tanto que volvía de su comisión, entretúvose Quintilia en departir con su secretario y amigable. Parecióle entonces tan franca y tan buena, que Saint Julien cedió, más que al consejo de Spark, á los impulsos de su propio corazón, y se sintió más que nunca dominado. Lo mucho que había sufrido le hacía saborear con mayor malicia aquella dulce sensación; bendijo interiormente á su amigo y cobró de nuevo confianza en la vida.

Al cabo de una hora volvió Galeotto. Había venido ensayándose por el camino para mostrarse grave y frío, pues no podía disimular el despecho que le causaba haber sido tratado tan duramente por

Quintilia. Esta era naturalmente viva y aun arrebatada, más por lo común olvidaba en menos de una hora sus resentimientos, y hasta la causa que los había producido: aquella vez, sin embargo, recibió al paje tan mal como antes lo había despachado. Quiso transmitir una respuesta verbal del conde Steinach, mas ella le interrumpió diciendo:

—Responderá usted cuando se le pregunte—y tomando la carta de Gurk la abrió y se la dió á Saint Julien.—Lee en alta voz—le dijo;—y usted señor Galeotto de Stratigópolis, siéntese en un rincón, y aguarde mis órdenes.

Saint Julien leyó:

«SEÑORA:

La respuesta de vuestra alteza es tan decisiva—que creeria faltar al respeto que le debo insistiendo en mi pretensión; obedezco, pues, la orden que me da, sometiéndole testualmente la reclamación de mi soberano.

Un enviado de nuestro gabinete, el caballero Max, encargado hace quince años de representar al príncipe de Monte Regale en los esponsales de vuestra alteza, se estableció en esta corte con el consentimiento de sus protectores; pero habiendo sido llamado al cabo de cuatro años, no respondió á las órdenes de su gobierno ni volvió á presentarse. Hoy se le intima la orden de dar cuenta de su conducta durante esa larga ausencia y de comparecer ante mí, duque de Gurk, ministro plenipotenciario etc., etc., para entregarme ciertos papeles y responder á ciertas preguntas que deben decidir de su indentidad. A falta de este acto de sumisión de parte del caballero Max, vuestra alteza deberá dar las pruebas de su muerte ó designar el lugar de su retiro; y á falta de esta satisfacción será decla-

rada en estado de hostilidad contra nuestro gobierno, etc.....

—Muy bien—dijo Quintilia,—toma la pluma y escribe.

«No reconozco en ningún soberano de la tierra el derecho de hacerme una reclamación arbitraria ó una pregunta absurda. No tengo que dar cuenta á nadie de las acciones de los demás, y jamás príncipe alguno, pequeño ó grande, fué el guardián de los extranjeros residentes en su territorio. Todo lo que puedo hacer en obsequio de vuestra corte es permitiros publicar y pregonar en mis Estados una orden dirigida directamente al caballero Max, de parte de su soberano; y si él la obedece, será para mí una satisfacción ver cesar las inquietudes de vuestra corte sobre este punto.»

Firmó Quintilia la carta, la cerró y dirigiéndose al paje.

—Ahora, caballero—le dijo—¿qué enbajada trae usted de parte del conde de Steinach?

El conde en su desesperación....—respondió Galeotto.

—Deje usted frases á un lado—interrumpió Quintilia—y dígame á qué se decide.

—Se somete á las órdenes de su alteza.

¿Qué órdenes? Le he dado á escoger entre retirarse ó callar.

—Callará.

—Sea en buena hora, ese no pasa de ser un necio y no quiero ofenderle si no me obliga á ello: el otro es un insolente. Vaya usted á llevar mi carta y vuelva.

De nuevo empezó la princesa á departir con Saint Julien de cosas indiferentes; tenía tanta sensatez y penetración, que al fin acabó el secretario por declarar absurdas sus sospechas.

Volvió Galeotto, pidiendo de parte del duque de

Gurk el favor de una audiencia á solas antes de su partida.

—Ya veremos,—respondió Quintilia;—bastante hemos hablado de esos señores por hoy; hablemos ahora de usted, señor Galeotto de Stratigópolis. Llevará usted ese billete á mi tesorero, quien le entregará una cantidad que lo pondrá en estado de viajar por algunos años; tal creo que es el objeto de sus deseos. No llevará usted á mal que yo disponga dentro de algunas horas, para su sucesor, de la habitación que ocupa en palacio. Para facilitar su partida, he encargado caballos de posta que vendrán á buscarle esta tarde y le conducirán hasta la frontera; le suplico que conserve el carruaje para continuar su camino; usted mismo designará la dirección que más le convenga seguir. Ruego á Dios que prospere largos años, y tengo el honor de besarle la mano.

Galeotto, herido del rayo, quedó pálido como un difunto, tartamudeó algunas palabras inconexas, mas pronto leyó en los ojos de la princesa que su resolución era irrevocable, por lo que supuso que Luis le había vendido. Indeciso sobre el partido que tomaría, pero precisado á obedecer y resuelto á vengarse, hizo un profundo saludo y salió sin decir palabra.

Quiso Saint Julien interceder en su favor, pero la princesa le impuso silencio con afabilidad y le permitió que fuera á despedirse del paje.

Hallóle al pie de la esalera principal y manifestó su sorpresa y su sentimiento con tanto candor, que el paje quedó sin saber á que atenerse acerca de sus viles sospechas.

—Si no eres el primero en este momento—le dijo—eres el primero de los hipócritas y el último de los hombres, en fin, nada sé, nada creo; me parece

que estoy soñando; no sé lo que me pasa, ni lo que siento, ni lo que debo hacer.

—Debes aparentar que estás resignado á obedecer —le dijo Luis, y aguardar en la frontera á que pase el chubasco; es imposible que su alteza tenga quejas serias de tí y que no te vuelva á llamar. Habrá sospechado tus enjuagues con el conde Steinach y habrá querido asustarte; pero te justificaré lo mejor que pueda, Ginetta llorará á sus piés, tú le escribirás y al fin se dejará aplacar.

—¿Qué sé yo? ¿qué sé yo?—dijo el paje con notoria desconfianza:—no sé si me vendes; no sé si Ginetta me dará esta noche por sustituto el paje de Steinach, mientras la princesa recibirá en el pabellón al misterioso Rosenhaim, á quien tan tiernamente abrazaba anoche en el parque llamándole su *único* amor; ó bien al duque de Gurk que acaso llegará á hacerse temer, ó al de Steinach, á quien aparenta desdeñar, ó al tierno Saint Julien que ha sabido ocultar su devota indignación, ó que se ha hecho tolerante.... No sé lo que pasa en las cabezas de los demás; si me engañas, buen secretario, espera un poco antes de cantar victoria; aún no me doy por vencido. Esperemos. Ven ahora conmigo á la tesorería; te permito que repitas á la princesa todo lo que me veas decir y hacer.

Entraron juntos en el despacho del tesorero, á quien presentó Galeotto el billete cerrado que le dió Quintilia. Cuando dijo el tesorero la cantidad que iba á entregar al pajecillo, tuvo éste como un bafido; tanto era aquella superior á la que había esperado en su mezquina ambición. Por un momento estuvo á punto de abandonar el singular proyecto en que había ido pensando por el camino; pero mientras el tesorero contaba la suma, púsose á dar vueltas por el cuarto con la cabeza muy caliente y

de nuevo empezó á discurrir. Aquel pequeño capital le ponía en estado de satisfacer su ambición á viajar y de ir á presentarse con cierta dignidad en alguna otra corte más importante que la de Monte Regale; pero si llegaba de esta suerte al logro de un deseo de muchos años, renunciaba á una empresa concebida pocos días antes. En su pasión por la intriga, había sonreído á la esperanza de luchar con la experiencia y lo que él llamaba la habilidad de Quintilia; habíase propuesto por objeto de sus primeras armas en aquel género desbaratar, aunque no fuese más que por poco tiempo, á dos rivales más favorecidos por la fortuna y más arrogantes que él; echarlos por tierra le parecía una satisfacción necesaria á su amor propio ajado. En fin, mientras que una codiciosa vanidad le excitaba á tomar el dinero é ir á otra parte á buscar otro género de placeres, una vanidad refinada, un verdadero despecho de cortesano le impelía á sacrificar su hacienda á la esperanza incierta de su frívolo triunfo.

Venció por fin el despecho, y en el momento en que le presentó el tesorero una parte de su caudal en oro y el resto en letras contra varios bancos extranjeros que él mismo había designado, pidió papel para poner un recibo, é hizo en él una declaración de amor á la princesa, anunciándole que nada necesitaban en el mundo, pues iba á morir de pesadumbre. Pidió enseguida la carta orden firmada por ella, que acababa de entregar al tesorero, la hizo pedazos, metió éstos en su cartera; encargó á aquel que la enviase á Quintilia, tiró desdeñosamente las letras sobre la mesa, dió un revés teatral á los montones de oro, y volviendo la espalda al tesorero estupefacto, salió sin llevarse un maravedí.

Saint Julien, que no vió en aquel proceder más que un acto de noble altivez, lo aprobó y puso en el

instante mismo á disposición del paje cuanto posea.

—¿Qué sé yo? ¿qué sé yo?—repitió éste, siempre sobre sí;—es posible que obres de buena fe y también lo es que me hagas esa oferta sin gran mérito. En todo caso, de nada necesito, pues no voy lejos, y no se pasará mucho tiempo sin que oigas hablar de mí; puedes decírselo á su alteza. La frontera más lejana está á tres leguas... Adios, adios, mil gracias por tu amistad si es verdadera; si es fingida, ya veré de pasarle sin ella.

Subió en su coche hablando siempre en el mismo tono, con lo que dejó á Saint Julien no menos ofendido que pesaroso de aquellas ruines sospechas.

Solicitó ver á la princesa y le refirió la magnánima conducta del paje suplicándola que le levantara el destierro; pero Quintilia, que habia recibido ya la carta de Galeotto por conducto de su tesoro, no dió grande importancia á todo aquello.

—No puedo complacerte—le dijo;—no vuelvas á hablarme de él, porque me disgustarías sin adelantar nada. El te acusa de haberte perjudicado conmigo, pobre Giuliano; acepta esta injusticia en castigo de las que tú has cometido, y aprende, hijo mío, por experiencia propia, cuán dura cosa es verse acusado sin ser culpable.

XVII

Saint Julien, precisado á abandonar la causa de Galeotto, fué á pasar la tarde con Spark en el café del *Sol de Oro*. Contóle lo que habia sucedido, y Spark, con su optimismo habitual, declaró que haber despedido al paje era medida muy prudente de parte de la princesa, y un acontecimiento muy feliz para Luis; procuró también consolarle de las inju-

riosas sospechas de Galeotto, diciéndole que el aprecio de semejante hombre era casi una ignominia.

Mientras esto decía Spark, creyó ver Saint Julien detrás de la cortina de lienzo de la especie de tienda de campaña en que se hallaban, la sombra vaga de un individuo de pequeña estatura, que, al parecer, los estaba escuchando: hablaron en voz más baja, y desapareció la sombra. Pero cuando, habiendo dado las once, se despidió Spark de Saint Julien, según costumbre, sintió al revolver una calle muy oscura que le daban un golpecito en el hombro. Volvióse al punto, y vió junto á sí un hombrecillo embozado en una larga capa, que le dijo en voz baja:

—Calla, soy Galeotto.

Entraron juntos en una calle desierta á la sazón, hablando con suma cautela.

—¡Cómo!—dijo Luis,—¿ya estás de vuelta y aún no hace seis horas que nos despedimos?

—Y aún es mucho que en un imperio donde no se puede cazar una liebre sin exponerse á violar el territorio extranjero. Me apeé en la frontera; tomé una jícara de chocolate, y dejé mi maleta en la posada; luego, tomando varias sendas que conozco por las montañas, llegué aquí sin encontrar á nadie en el camino. ¡Poquito á poco, señora Quintilia, aún no tenemos, á Dios gracias, una Siberia á nuestras órdenes! Pero escucha, Giuliano; ya sé lo que debo pensar de tí; me has vendido sin querer, y sin saberlo te has vendido á tí mismo; has sido confiado y bonachón como acostumbra, y fuerza es que te perdone el haberme hecho víctima de tu simpleza, por que presumo que no tardarás en serlo tú también. Probablemente tendrán aún necesidad de tí, cuando no nos han despedido á los dos al mismo tiempo.

—¿Que quieres decir?—preguntó Luis.

—Escucha, escucha—replicó el paje:—he oído toda tu conversación con ese estudiante, ¡el diablo cargue con él!, que no sé como llama.

—Se llama Spark; y es el mejor de los hombres.

—Tanto mejor para Quintilia; es su amante, y se conoce que nos recomienda eficazmente. ¡Pobrecillo! Puede que algún día podamos recompensarle tantas molestias como se toma por nosotros. Aquí no es de larga duración el reinado de un hombre; ha tiempo y esperanza para todos.

—Yo creo, Galeotto, que has perdido el seso—dijo Luis.—¡Spark, amante de la princesa! ¡Si no la conoce, si acaba de llegar de Munich! El otro día la vió pasar por primera vez y jamás ha puesto los pies en palacio.

—¡Buena razón! Pregunta al buen Dortan como se traba conocimiento con esas damas. Tu fumador alemán es bastante bien plantado, y su lánguida cabeza rubia no vale menos que las patillazas de Lucieli. Dice que la vió pasar el otro día; señal de que él pasaría también, ó de que estaba sentado al paso con la gorrita sobre la oreja y la pipa en la boca. ¿No fuma madama Quintilia como una georgiana? Aquella pipa le petaría sin duda, le haría una seña, ó Ginetta le llevaría un billetito....

—Galeotto, tú deliras; la sospecha llegará á ser tu monomanía; si continuas así, pronto tomarás tu propia sombra por un ladrón.

—¿Señor Cándido—dijo el paje—¿sabes leer y conoces la letra de la princesa?

—Qué quieres decir?—preguntó Luis.

—Lleguémonos á aquel farol—dijo Galeotto,—y lee ese billete que el señor Sparco ó Sparchi; ó como se llame, dejó caer torpemente del bolsillo hace un momento. Toma, y lee.

Reconoció inmediatamente Saint Julien la letra de Quintilia, y leyó con estupor estas pocas palabras: «Pues no puedo ver esta noche á Rosenhaim en el pabellón, iré á verte, querido Spark. Deja entornada la puerta de tu casa que mira al río.

—Ya ves—dijo Galeotto—que el señor Sparco es un buen diablo, muy guapo, complaciente, nada celoso y verdaderamente filósofo. Nosotros hubiéramos tenido acaso el necio orgullo de querer ser reyes absolutos al menos por tres días; pero á ese digno alemán poco se le importa; vaya á buscarle de noche una hermosa princesa, y se quitará la pipa de la boca para decir:—¡Eh! ¡eh!—Pero tengan la preferencia el pabellón y Rosenhaim y dilaten su ventura para el siguiente día, y él volverá á tomar su pipa diciendo: ¡Ah! ah!... ¡Hola, hermano Luis! ¿á qué viene esa cara de gato enfadado? Adelante.

—¿A dónde quieres que vayamos?

—A la orilla del río, donde veremos pasar á la princesa de *incógnito*.

—Galeotto—dijo Saint Julien fuera de sí—creo que eres el mismo diablo en persona.

Buen rato tardaron en buscar al rededor de la casa que habitaba Spark un escondrijo desde donde poder acecharlo todo. Pertenecía aquella casa á un ebanista que había consentido en cederla toda entera por algun tiempo; en ella vivía Spark solo é ignorado en el barrio más desierto de la capital. Daban sus ventanas sobre el Celina, rodeado en aquella parte de un espeso bosque de sauces donde fácilmente pudieron esconderse los dos amigos. Un cuarto de hora después del toque de las doce turbó el profundo silencio de la noche un ligero batir de remos y vieron deslizarse por delante de ellos una lancha en que iban dos hombres.

—No es ella—dijo Luis.

—Silencio—repuso Galeotto; me parece que conozco ese modo de remar: Ginetta es hija de un gondolero de Venecia.

Arribó la barca casi junto á ellos, y mientras uno de los dos hombres la amarraba en el tronco de un sauce, el otro, saltando ligeramente á la orilla, le dijo en voz baja:

—¿Me aguardarás aquí?

—Sí, señora—respondió, y mientras el primero se dirigía con rápidos pasos á la casa del ebanista, el supuesto remero se embozó en su capa y se tendió en el fondo del bote.

—¡Ginetta!—dijo el paje con voz atiplada llegándose á ella.

Estremeciéndose Ginetta, púsose al punto en pié y tendió la vista en derredor con inquietud, pero ya el paje había vuelto á internarse en la sombra, donde permanecía inmóvil.

Creó la niña que había sido aquello una ilusión y de nuevo se tendió en su lancha. Galeotto cogió del brazo á Saint Julien y le llevó con mucho tiento á unos cien pasos del río.

—¿Dirás ahora que soy el diablo y que te hago ver fantasmas?—le dijo.

—Galeotto—respondió Luis—no sé si esto es un sueño, pero si alguno hace en él el papel de Satanás, es esa mujer impura que tiene en los labios tan castas palabras al servicio de su imprudente falsía. Pero, dime: ¿Por qué es así con nosotros? ¿Por qué no nos tratan como á Dortan, como á Spark, como Rosenhaím? ¿Por qué no recibimos por la mañana una cita para la noche sin más ceremonias? ¿A qué fin afanarse en inspirarnos respeto y temor?

—¿No lo sabes?—dijo Galeotto riéndose,—porque vivimos con ella y necesitaba servidores que la teman y necios que la admiren. Y luego, las mujeres

estragadas son antojadizas, es decir, deprabadas de cabeza y de corazón: para ellas el placer y el amor son dos cosas muy distintas. La sandia confianza de un niño, como tú por ejemplo, la divierte y halaga su vanidad; es un pasatiempo para por la mañana mientras llega el amante por la noche, que es también amable á su modo sin agraviar al otro. ¿De qué te apuras? A tí te toca el mejor papel.

—¡Por la eterna condenación del infierno!—esclamó Saint Julien—que es un papel abyecto y estúpido.

Galeotto se echó á reir.

—Buenas noches—le dijo.—Voy á pedir hospitalidad á una pescadora que conozco; tú vuelve á palacio y prepara un soneto pastoril para presentárselo mañana á su alteza en un ramillete de alicies.

Saint Julien, en vez de retirarse, fué á esconderse entre los sauces hasta el momento en que salió Quintilia de la casa de Spark; éste le daba el brazo.

Acompañóla el alemán hasta la barca, y parándose entre los árboles, á tres pasos de Saint Julien, le dió un beso en los labios; aquel beso hizo á Luis estremecerse profundamente, en términos que parecía querer salirsele del pecho el corazón.

Despertóse Ginetta sobresaltada cuando entró su señora en el bote.

—¡Adiós, adiós!—dijo Quintilia al joven alemán.

Retiróse Spark, pero permaneció asomado á su ventana hasta que se perdió la barca entre la bruma. Luis, escondido entre los sauces, la seguía también con los ojos. La princesa llevaba el sombrero en la mano; el viento hacía ondular sus largos rizos; estaba en pie y hermosa como un ángel con su traje de hombre.

Durante el resto de la noche estuvo Saint Julien

entregado á más crueles angustias que nunca. Decididamente despreciaba ya á Quintilia, porque el descubrimiento de aquella última vileza confirmaba todas las demás; para mentir de aquel modo, era preciso tener toda la imprudencia que da una larga carrera de vicios.

— Pero—se decía Luis—¿por qué tanto disimulo conmigo y tampoco con los demás? ¿Por qué no se ha fiado de mí como se fia de Spark? ¿De Spark, á quien no conoce y en cuyos brazos se echa sin curarse en lo más mínimo del desprecio con que la mirará mañana? Bastante orgullosa para repeler las insolentes pretensiones de Gurk y de Steinach, se entrega sin rebozo á un pobre estudiante cuyo nombre apenas conoce. ¿Por qué no se ha mostrado á mis ojos tal cual es? Acaso la hubiera cobrado cariño y este cariño de menos no me hubiera echo desgraciada. Franca, atrevida, dada á amorosos devaneos, la hubiera querido como á un hombre, hubiera sido discreto como Ginetta, en caso de necesidad, y al menos cuando hubiera hablado con ella, no hubiera tenido que estar siempre alerta, no hubiera hecho un papel ridículo ni dejándome subyugar por falsas virtudes. Semejante mujer nunca me hubiera inspirado amor, pero desde el momento en que me hubiera confesado francamente sus flaquezas, no me habría creído con derecho para despreciarla; hubiera sido tolerante con ella; la amistad puede serlo. ¿Creía no poder ganar en mí un amigo sin subirse sobre un pedestal y sin divinizar en sí el fango humano? No es ella tan tímida, ella que hace gala de perdonar á los que condena la justicia de los hombres. ¿Creía poder rodearse de tantas perfecciones sin hacerme que la amara con delirio? ¡Oh! no es ella tan ingenua; bien sabe lo que vale y lo que puede. Pero ¿que quería de mí? Me ha toma-

do por capricho como tomó á Dortan, como toma ahora á Spark, y, con todo, no ha hecho de mí su amante: me ha tratado como á un personaje político cuyo aprecio le fuera útil y ha puesto en juego toda la habilidad de una hija de Satanás para cerrarme los ojos á la evidencia. ¡Miserable artificio! ¡Echarme á los pies una llave que nada encerraba sin duda y decirme todo lo que debía impedir á un hombre de honor el levantarla. ¡Y en tanto lloraba y yo también! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿No es una infamia burlarse de esa suerte de los que creen en vuestro nombre?... Y sobre todo, ¿por qué ese refnamiento de hipocresía conmigo? Deja á los demás que crean todo lo que les parezca; nunca se ha justificado con Galeotto, y sólo para mí se impone el deber de fingir y aparentar todas las virtudes que desconoce y desprecia.

Volvió Luis á palacio y dió cien vueltas en su cama buscando siempre una respuesta á estas preguntas, pero no halló otra más probable que la que le había dado Galeotto, y era la de que Quintilia, como mujer estragada, quería probar de todo, satisfacer ampliamente su vanidad ó su curiosidad, inspirando un amor verdadero, contemplando desde el seno de la deprovação el espectáculo, nuevo para ella, de las tímidas angustias de un corazón puro. No era aquello para ella más que un ensayo, un pasatiempo, un recreo gratis, una partida entablada con un necio que aventuraba todo su porvenir y que debía perder ó ganar sin arriesgar nada en el juego. Esta idea le arrebató de cólera en términos que no pudo en toda la noche pegar los ojos.

El día siguiente lo pasó vagando por los bosques. Vió á lo lejos á Spark y se volvió precipitadamente. No sabía en verdad qué pensar de su amigo: ya lo miraba como á un escéptico sofista, capaz de estar

disertando horas enteras sobre la virtud, pero capaz también de capitular sin dificultad con el vicio; ya como á un intrigante más corrompido aun que la misma Quintilia y empleado por ella en el vil oficio de espía.

Cuando, ya muy entrada la noche, volvió á su cuarto rendido por el cansancio, halló la puerta cerrada por dentro con cerrojo, una especie de voceilla de baile de máscaras le preguntó—«¿quién es?»—por el ojo de la cerradura.

—¿Quién ha de ser?—respondió:—yo, que quiero entrar en mi cuarto ¿Y vos, quién sois?...

Abrióse al punto la puerta, y al encontrarse con Galeotto, Luis retrocedió con sorpresa.

—¡Silencio! ¿nada de exclamaciones!—dijo el paje. —Me ha parecido cosa chistosa esconderme en palacio precisamente y escoger tu cuarto por asilo; nadie me ha visto entrar, pero llévete el diablo por el plantón que me has dado. Estoy sin cenar y me caigo de debilidad; mira; tú que eres buena y puedes circular libremente por los corredores, ve á traerme volando algún par de perdices escabechadas, con dos ó tres botellas del mejor vino que halles á la mano, y si encuentras al paso por alguna casualidad alguna jelatina de rosa ó alguna sandía acaramelada de Alenjandría, no dejes de cogerla. Un paje italiano no se alimenta como un groom inglés, y desde que he mudado de régimen, me siento todo *splenetic and rask*.

Gran placer tuvo Luis en hallarse con su alegre compañero; la ironía era la única distracción de que se sentía capaz. Dió una vuelta por las cocinas y volvió con un faisán, dos botellas de vino de Chipre y una empanada de ristachos. Cerraron las ventanas, corrieron las cortinas, echaron los cerrojos y enseguida se pusieron á cenar.

Las locuras de Galeotto y el calor del vino irritaron de tal suerte la sangre de Luis, que en vez de dormirse en su silla, como al principio amenazó á su compañero, cayó en un estado de exaltación medio febril, medio báquita, que divirtió extraordinariamente al paje. Al cabo de una hora de charla calmóse de súbito y quedó tan sombrío, que Galeotto, no pudiendo ya humanamente sacarle una sola palabra, tomó el partido de tumbarse en la cama, y echar un sueño.

Sentía Saint Julien dolores bastante agudos en la cabeza y en el pecho, pero ya se le había pasado enteramente la embriaguez; sólo le quedaba una exaltación que le predisponía á la cólera.

—No —se decía paseando lentamente por la estancia al rojizo resplandor de una lámpara próxima á apagarse,—no se dirá que me han puesto en una colección para estudiarme con microscopio como uno de los insectos de ese viejo chocho de Cantárida; no iré á arrastrar cobardemente por otros climas la herida que me ha hecho un dardo envenenado, mientras esa mujer estará aquí haciendo la descripción de mi cerebro lunático y la disección de mis frases de novelas, entre una sesión de metafísica y una aventura nocturna. ¡No, no, por vida mía! No dejaré incrustar el episodio del secretario privado en la crónica escandalosa de la corte ó en las memorias secretas de la princesa; y si el villano Spark ú otro cualquiera redacta este capítulo, yo le ofreceré un desenlace digno de la oposición. ¡Veamos! ¡veamos!... ¡Eh, Galeotto! no te duermas como una ostra y dime qué lo primero que se dice á una mujer cuando se sale de debajo de su cama.

—¡Ah! eso es según—dijo Galeotto bostezando;—se hinea uno de rodillas y pide perdón con voz do-

liente, ó bien, y esto es lo más acertado, no se dice nada y se pide perdón después.

—Si grita, ¿qué se hace?

—¿Estás en tí? ¿Gritan acaso las mujeres? Eso ya no se estila.

—¿Y si se enfurece?

—Sería menester ser muy tonto para....

—Comprendo; no se la cree; pero ¿y si el temor de ser sorprendida y la inoportunidad del momento le dan virtud?...

—Cuando se comprenden tales hazañas, jamás se debe retroceder ni vacilar, sean cuales fueren los primeros obstáculos: ser insolente á medias es hacer el papel más desairado que se puede imaginar: valdría cien veces más no serlo ni poco ni mucho. El que no se embarca no pasa la mar, y el que es animoso tiene en su favor noventa y nueve probabilidades, mientras que la virtud de la mujer no tiene más que una.

—Bien está. Adiós, Galeotto: de aquí á una hora habré desaparecido como Max el bastardo, ó quedaré vengado.

—Mira, mira, ¿has perdido el seso? ¿á dónde vas? ¿qué te sucede?

—¿De qué estamos hablando hace dos horas?

—Tú lo sabrás; estamos hablando sin decir nada, en consecuencia de lo cual vas á hacer que te asesinen.

—Ese riesgo necesito para sostener mi resolución; si lo que voy á hacer no fuera un acto de temeridad, sería una cobarde villanía. Jamás me sentiría con ánimo para dar un beso á esa mujer si no arrostrase por ello la muerte.

—Y si no hubieras bebido una dosis exorbitante de vino Chipre. ¡Bah, bah! ¿Crees que te pegan esas

calaveradas? Vuelve en tí, Giuliano: mírame cara á cara; ¿no ves dos Galeottos?

Paróse Luis enfrente de él y le miró de hito en hito.

—Por quien soy que me da miedo de mirarte,—dijo el paje;—pareces un espectro.

—Estoy ofendido y quiero vengarme ¡adios!—exclamó Saint Julien, y dicho esto salió de la estancia llevándose la luz.

No era Galeotto muy valiente y su delicada constitución justificaba hasta cierto punto esta flaqueza; así, pues, cuando no menos por el sobralto que le causaba el estar solo á oscuras, que por el temor de que le hallaran en el cuarto del secretario, si en efecto intentaba éste alguna barrabasada y no le salía á medida de su deseo, quiso escapar, vió con terror que Saint Julien, en su distracción, había cerrado la puerta por fuera y llevándose la llave. Forzoso le fué resignarse y esperar.

XIX.

Logró Saint Julien escurrirse sin ser visto de nadie por pasadizos excusados hasta el tocador de la princesa; abrióle con mucho tiento, atravesó la alcoba, que estaba en tinieblas, y se acercó de puntillas á su gabinete, del que veía salir por la puerta entornada un débil rayo de luz. Aplicando el ojo á aquella rendija, pudo ver y oír lo que pasaba en el gabinete.

Estaba Quintilia tendida en una hamaca de seda de la India; llevaba una especie de bata holgada y ligera, y sus cabellos caían destrenzados sobre sus hombros desnudos.

Ginetta, sentada en un taburete, mecía blandamente la hamaca, cuyos cordones de hilo de plata

tenía en la mano; una lámpara de alabastro, pendiente del techo, derramaba una voluptuosa y templada luz, y de un pebetero de plata encendido en mitad de la estancia se exhalaban suavísimos perfumes.

—Estoy rendida—dijo la princesa;—dame conversación; dime algo, Ginetta, porque si no, me duermo.

—Se da usted muy mala vida, señora—respondió la doncella,—todo el día ocupada en los negocios, y toda la noche en los amores. Apenas duerme cuatro horas, y eso no es bastante.

—Hablas por tí, pobre hija mía, y tienes razón; te hago velar toda la noche, y muchas veces debes maldecirme. Pero ¿no podrías dormir de día, tú que no tienes nada que gobernar?

—¡Ah, señora! ¿quién no tiene también sus desazones?

—¿Pues no te has consolado ya de la pérdida de Galeotto?

—¿Podía no hacerlo? ¡Un monstruo que nos calumniaba á los dos!...

—Gina, Gina, eres un poco vefeta, pero haces bien si así ahuyentas las penas. No me meto en tus quebraderos de cabeza; no quiero ver más que lo que tienes de bueno; tu discreción á toda prueba, de cariño hacia mí...

—Y mi gratitud—dijo Ginetta,—porque se la devo, y muy grande.

—¿Por qué, hija mía?

—Porque siempre ha sido bondadosa conmigo, y esto es todo lo que se de usted; en lo demás no me ocupo, y cuando no comprendo algo, no me apuro por comprenderlo. Pero, veo, señora, que se duerme.

—En efecto, no puedo remediarlo. Escucha, Gina, ¿qué hora es esa que da?

—Las doce.

—Pues una vez que no salimos hasta la una, prefiero dormir este poco de tiempo, y despertarme después; me despertarás cuando sea hora.

—En ese caso voy á trastear por mi cuarto, porque si me quedo aquí en esta media luz, de seguro me duermo también.

—Ve, hija mía, ve, y sé siempre buena y fiel.

Vió Saint Julien á Ginetta salir por la puerta opuesta y cerrada tras sí; esperó algunos minutos, y cuando estuvo bien seguro de que la princesa empezaba á dormirse, entró de puntillas y se acercó á ella.

Entonces que ya no la amaba, y que la miraba como á una ramera, al mismo tiempo que una penosa turbación oprimía su pecho, un sentimiento de irresistible curiosidad le excitaba á la insolencia.

Podía contar las palpitaciones de su corazón y respirar su abrasado aliento; dejándose llevar de sus impresiones naturales, sentía una mezcla de deseo y de temor; pero cuando se acordaba del insensato amor que había profesado á aquella mujer, sólo sentía la necesidad de vengarse. Y, sin embargo, contemplando aquel rostro tan noble embellecido por la calma del sueño, empezó involuntariamente á dudar de la verdad de la infamia con que suponía mancillada su frente.

Aquella frente era tan pura, brillaba tan serena bajo sus largos cabellos negros; aquella actitud cansada revelaba tanto olvido del momento presente, tanta indiferencia hacia lo que pasaba en el alma de Saint Julien, que éste quedó como subyugado por un profundo respeto. Mirábala atentamente,

procurando sorprender en la agitación de su seno, la revelación inmediata de un carácter envilecido, y de una depravación habitual.

Una sílaba furtiva escapada de sus labios, un suspiro lascivo hubieran bastado para darle la insolencia que le faltaba; pero un sueño tranquilo se parece tanto á la inocencia, que Saint Julien estuvo por un momento á punto de retirarse en silencio y de renunciar á su empresa.

Pero el recuerdo de Galeotto, que le esperaba, y que se burlaría de él, le hizo avergonzarse de su timidez, y pensando que los momentos eran preciosos, resolvió estampar un beso en los labios de Quintilia; pero en vano lo intentó; no pudo decidirse, y se contentó con besarle la mano.

—¿Quién es?—dijo ella despertándose sin mostrar gran sorpresa ni el menor sobresalto.

—¡Quién la ama y muere por usted!—le respondió.

—¡Guiuliano!—dijo incorporándose:—¿qué es esto? ¿qué hora es? ¿dónde estamos? ¿quién me ha cogido la mano? ¿qué quieres, y qué dices?

—Digo que es preciso que tenga usted compasión de mí, ó que yo muera—dijo Luis echándose á sus pies, y procurando volver á asirle la mano; pero ella se la alargó sin resistencia, y le dijo con dulzura:

—¡Jesús! pero ¿qué te pasa, pobre Guiuliano? ¿por qué has entrado aquí? ¿qué desgracia te amenaza? ¿qué puedo hacer por tí?

—¿No lo sabe usted?

—No por cierto. ¿Qué hay? ¿qué te han hecho?

—¡Ah!—exclamó Luis, dominado por la indignación—muy hábil es usted en verdad, aparenta ignorar las cosas más sencillas, y sin embargo...

Julien, que retrocedió palideciendo y tendió azorado la vista en derredor, esperando ver acudir á sus asesinos á la menor señal de resistencia.

—No hay que asustarse—le dijo el profesor—que no corre usted ningún peligro, á menos que piense en fugarse ó en maltratarme, y no lo creo bastante mal criado para propasarse á tanto. Sírvasse usted ayudarme—repitió;—tal es la voluntad de su alteza nuestra idolatrada soberana Quintilia I, y supongo que no es usted hombre que da entrada en su pecho á pueriles miedos.

Saint Julien, lleno aun de desconfianza, pero resuelto á mostrarse animoso hasta el fin, ayudó á maese Cantárida á remover la losa del sarcófago; levantó el profesor un gran crespón negro y suplicó á Luis que cogiese la caja de oro en forma de corazón que estaba debajo. Estremeciéndose Saint Julien hasta la médula de los huesos, pero creyendo que acaso no se trataba más que de asustarle con el espectáculo del castigo de otro, sacó la caja y se la presentó con mano trémula al profesor, que la abrió apretando un muelle, y se la alargó diciendo: —Vea usted lo que hay dentro.

Pasó una nube por delante de los ojos del mancebo, y durate algunos segundos parecióle ver un objeto atroz sin forma y sin nombre, y en el fondo del terrible corazón de oro; pero al fin se le aclaró la vista, su sangre volvió á circular libremente y no vió en el terciopelo blanco de que estaba forrada por dentro la caja más que un paquete de cartas atadas con una cinta negra.

—Lea usted esos papeles, señor conde—dijo el profesor;—tal es la voluntad de su alteza: yo me quedaré aquí para suplir con mis explicaciones los claros que pudieran hacer confuso ó difícil su sentido.

Saint Julien, no siendo ya poderoso á tenere en

pié, se sentó en las gradas de sepulcro; puso el profesor á su lado una de las lámparas y desplegó el primer papel.

Era éste un expediente matrimonial legal, pero secretamente contraído entre la princesa Quintilia y el caballero Max: este documento tenía de fecha más de diez años.

El segundo era un billete concebido en estos términos:

«He tenido la desgracia de enojaros y la he merecido: el orgullo ha hinchado por un momento mi corazón y con sobrado rigor me habéis castigado, porque era el mío, señora, un dulce y generoso orgullo. La alegría de ser amado por vos, la esperanza de poseer en breve á la mujer más noble del universo, pudieron embriagarme y hacerme olvidar la prudencia en un momento de exaltación, y me tomásteis por un vil cortesano, ansioso de subir al trono y de cubrir con un título de duque su título de bastardo.

¡Oh! El cielo sabe que os engañásteis, Quintilia; habéis sido cruel, y, sin embargo, no os maldije y voy á morir lejos de vos. ¡Ojalá os prueben mi conducta y mi muerte que yo no amaba en vos más que á vos misma! ¡Ojalá me compadezcáis, me perdonéis, deis alguna lágrima á mi memoria y halléis en otro corazón el amor que estaba en el mío y que vos habéis desconocido!

Max.»

—¿No conoce usted la letra de este billete, señor conde?—dijo el profesor luego que Saint Julien hubo acabado de leer.

—La conozco, en efecto—respondió Luis;— si no estoy soñando, es la de un hombre recién llegado á la ciudad y que se llama Spark.

—Creo que de ello le será á usted fácil cerciorarse, leyendo las cartas siguientes; pero antes de pasar adelante, suplico á usted que observe la fecha de ésta, y que corresponde, como usted ve, al día siguiente del supuesto asesinato de Max; de aquí á dos meses hará cinco años. Me han dicho que usted sabe los motivos del altercado que medió entre la princesa y su amante, después de una cena en que éste soltó algunas expresiones algo ligeras. Quintilia tenía entonces dieciseis años y Max quince; su reyerta tuvo, pues, toda la importancia que se da en esa edad á las cosas más insignificantes. Declaró su alteza al triste Max que nunca sería suya, y en un momento de despecho le mandó que jamás volviese á presentarse á sus ojos. Con harta precipitación siguió él esta orden no meditada. Enamorado y altivo indignado de que se le atribuyese una baja ambición partió misteriosamente aquella misma noche, y fué á establecerse en París bajo el nombre de Rosenhaim; allí, renunciando á toda idea de ambición, á toda esperanza de porvenir, á toda vanidad humana, sepultóse en vida, por decirlo así y nadie por espacio de cinco años supo qué había sido de él.

La princesa, después de haber llorado su ausencia, cobró algún aliento con la esperanza de que volvería resuelta á perdonarle, aguardó á que hiciese las primeras tentativas para obtener su perdón. Al cabo de cierto tiempo, no recibiendo noticia alguna de su amado, creyó que ya se habría consolado, y aunque devorada de pesadumbre, afectó un olvido completo y toleró los galanteos de sus nuevos adoradores; pero fiel, á despecho de su resentimiento, al único amor de su vida, no pudo decidirse á hacer una nueva elección. Mucho se ha dudado de la conducta de Quintilia, pero yo le presentaré á usted pruebas irrecusables de cuanto digo.

¿Pues qué—interrumpió Luis—le ha encargado á usted la princesa su justificación? Eso sería hacerme más honor del que merezco, y tomarse un trabajo excusado; estoy resignado á todos los castigos.

—No estoy encargado de discutir con usted,—respondió Cantárida—y le suplico que tenga la bondad de escucharme, pues mi deber es hablar. Reclamo, pues, un poco de atención.

Aquel tono seco y frío ofendió profundamente á Luis; calló y escuchó al anciano con aire tétrico, que afectaba parecer indiferente. El profesor continuó:

—Así transcurrió un año, al cabo del cual, la princesa cediendo á su inquietud y á su dolor, hizo practicar pesquisas en todo el país, y tomar en secreto informes en todas las cortes de Europa, sin que fuese posible averiguar el paradero del desgraciado Max. Convencida entonces de que se había dado muerte, y de que había desgarrado el corazón más noble y sincero, una pasión más viva se encendió en el suyo; nutrió su dolor con toda la exaltación de su edad, pero en secreto, y para mejor entregarse á su amargura en la soledad, hizo labrar esta bóveda y esculpir este sepulcro, donde venía á llorar todos los días.

Pasaron otros tres años, y vine á establecerme en Monte Regale. Buscaba la princesa en el estudio de las ciencias una distracción á sus pesares, y un refugio contra las seducciones de la vida, á las que había hecho voto, de resistir hasta la muerte; me conoció; tuve la satisfacción de agradarla, y me ofreció aposento en su palacio. Habiéndola llamado á París un asunto de interés, me permitió que la acompañara, lo que acepté con gusto, pues nunca había visto aquella célebre capital y deseaba exami-

nar las preciosas colecciones científicas que encierra.

Visitando los gabinetes de historia natural y las bibliotecas, hice conocimiento con el supuesto Rosenhaim, cuyo noble caracter, interesante figura y afectuosos modales, me cautivaron desde el primer momento. No tardó en unírnos con estrecha amistad el amor de la ciencia; sus profundos conocimientos y alta capacidad me pasmaron; pero al mismo tiempo me afligía ver siempre pintada en su rostro una mortal melancolía, y cuando le hablaba de cualquier otro punto que no fuese la ciencia y la filosofía, me estremecía contemplando el desaliento profundo que manifestaba aquella alma tan joven y tan pura. Procuré ganar su confianza, y al fin me declaró que un amor desgraciado le había hecho odiosa para siempre la sociedad; que el único vínculo que le unía á los hombres se había roto, y que, renunciando á toda carrera de ambición, se había establecido en París en la más oscura condición, y no hallaba consuelo á sus sinsabores más que en la ciencia y en las artes que cultivaba con entusiasmo.

Estas palabras me conmovieron profundamente, y le pedí licencia para verle y tratarle con más intimidad. Llévome a la bonardilla que habitaba, vivienda muy pobre, pero limpia y brillante, con infinidad de flores y de pájaros. Examinando en una ocasión con detenida una aeride, planta parásita de Africa, no pude menos de exclamar:

¡Dichoso usted que posee una planta tan rara! Muchas veces se le ha descrito á su alteza Quintilia y nunca he podido adquirirla...—Pero no pudo continuar por la impresión que le causó este nombre. Púsose pálido como una azucena y se dejó caer sobre una silla; luego se puso encendido con la púrpura y me hizo las más raras é incoherentes pregun-

tas. A cada una de mis respuestas le daba una especie de delirio, y cuando supo que su alteza estaba en París, se precipitó hacia la puerta como un insensato y cayó al suelo sin sentido.

Cuando volvió en sí, que fué muy pronto, merced á la eficacia de mis auxilios, no me fué posible obtener de él más que explicaciones vagas é inverosímiles; rogóme sobre todo por lo más sagrado que nunca hablase de él á la princesa y que le proporcionase medios de verla sin ser visto. Díjele que debía asistir al día siguiente á una sesión de botánica en casa de un amigo mío, profesor de gran mérito. En ella se introdujo en efecto, pero tan escondido estuvo en no sé qué rincón, que no pude hablarle ni aun acercarme á él.

Había ya oído hablar muy confusamente de la historia de Max, é ignoraba en aquella época el secreto dolor de la princesa; no pensé, pues, en noticiarle mi encuentro con el joven naturalista ni se me pasó por la cabeza ni aun remotamente que pudiesen ser una persona Max y Rosenhaim; pero tanto llegó á chocarme por fin la mudanza que siempre se efectuaba en el rostro de mi amigo al solo nombre de Quintilia, que creí deber anunciar esta circunstancia á Ginetta. Esta doncella, de quien tanto tienen que decir las malas lenguas, pero cuyo entrañable cariño á la princesa nadie pone en duda, hizo los mayores extremos de alegría escuchándome, y exclamó:

—¡Oh! ¡sí, es él, seguramente es él! ¡Nunca dí crédito á su muerte!

Quiso decirselo al punto á su señora, pero se detuvo reflexionando que, si se engañaba en sus conjeturas, no haría más que ulcerar con una amarga decepción el alma de la princesa. Aconsejóme que los reuniese un día como por casualidad, asegurán-

dome que si mi amigo era Max, en efecto, Quintilia se hecharía en sus brazos.

—Pero me ha recomendado el secreto en términos tan positivos—le dije—que temería ofenderle...

—Pues por lo mismo—repuso Ginetta—es conveniente y necesario hacer lo que propongo.

Pusímonos, pues, de acuerdo y al día siguiente persuadí á Rosenhaim á que viniese á ver una colección de medallas antiguas que acababa de comprar para el gabinete de su alteza. Júrele (y confieso que por primera y última vez de mi vida juré en falso, pero con sana intención) que la princesa nunca ponía los pies en mi casa, aunque estaba ésta muy inmediata á la suya. Dejóse, pues, persuadir Rosenhaim, y Ginetta por su parte se dió traza igualmente para llevar á la princesa á mi cuarto á ver mis medallas. No tengo ni con mucho bastante elocuencia para descubrir la escena de que fui testigo; bastante decir que pronto siguió á aquella patética reconciliación un enlace, cuyo testimonio legal acaba usted de leer.

La princesa quería declararse y llevar á su esposo con toda pompa á Monte Regale, pero nada en el mundo pudo determinar á Max á dividir con ella su trono, sobre lo cual puede usted leer, si gusta, la segunda carta que tiene en la mano.

Saint Julien, excitado por el novelesco interés de aquellas aventuras, leyó lo que sigue:

XXI

«¡No, amada mía, no, jamás! La naturaleza humana es frágil y está llena de miserables pasiones; una sola es grande y hermosa, el amor; pero éste es una llama divina que es preciso guardar como se guar-

daba en la antigüedad el fuego sagrado en pebeteros cerrados sobre un altar de oro; un perfume que es preciso guarecer y sellar por miedo de que se evapore; una preciosa hnella que no se debe exponer al roce de la circulación, por miedo de que se borre.

¡Oh! sí; sea nuestro corazón un tabernáculo misterioso y sagrado donde se oculte el Dios. Vivamos el uno para el otro sin que lo sepan los hombres; no me obligues á ostentar entre los envidiosos y los indiferentes una frente radiante de alegría que sería un insulto para todos ellos y que se esforzarían en empañar á tus ojos. ¡No, no! harto me ha hecho sufrir el emponzoñado contacto de tu corte y no sé además cómo debería conducirme para no perderme en ella.

Siempre fué mi caracter opuesto al disimulo y la desconfianza, y á pesar de haber pasado mis primeros años en esta atmósfera letal, nunca he podido corregir mi imprudente vivacidad, y nunca tampoco olvidaré lo que por ella he sufrido, ni á costa de cuantos años de miseria y desesperación he expiado un momento de locura. Si entonces hubiéramos sido unos simples particulares, si hubiéramos estado en medio de una familia pobre y honrada, sin nada que temer los unos de los otros, yo hubiera podido ser mucho más expansivo, Quintilia, y verte sonreír á mi cándida alegría. Pero ¡ah! era un aventurero, un bastardo, tú una princesa, y nuestro enlace debía ser un misterio; yo no tenía derecho para hablar de mi ventura y no podía regocijarme sin pasar por insolente y vano.

Hoy me ofrece tu generosidad una remuneración cuyo gran valor conozco y aprecio, amada mía, pero no la necesito. Ser amado por tí, estrecharte en mis brazos y llamarte mi esposa; verte con menos

frecuencia, pero sin testigos importunos, sin enemigos de mi felicidad, colocados siempre entre tú y yo; poder abandonarme á mi delirio, á mi gratitud, sin que se me atribuya jamás un vil motivo de interés; suspirar á los pies de mi amada, de mi esposa sin que parezca que rastreo ante mi soberana ó que solicito una merced de mi bienhechora, ¿no es esto, dime, una felicidad más segura y más verdadera?

He contraído además en la soledad y en el trabajo gusto y costumbres tan diferentes de todo lo que se usa en derredor tuyo, que siempre en tu corte estaría fuera de mi centro y sería desgraciado. Déjame, pues; en mi amada oscuridad; he hallado en mi infortunio una amiga generosa que me ha libertado de mí mismo, que me ha preservado del suicidio y que, por espacio de cinco años me ha ayudado á vivir sin tratar de arrancarte de mi corazón, ni de empeñar la pureza de tu imagen en mi memoria: esta amiga es la aplicación al estudio, ó ingrato sería si la abandonase ahora que he hallado el dulce objeto de todos mis deseos, de todas mis esperanzas.

Déjame en mi humilde vivienda, que es el templo en que la he servido, el santuario en que se ha revelado á mí, al que ha hecho descender del cielo á la ciencia vestida de su túnica lestellada.

Mi vocación está allí, no lo dudes; de ello estoy bien convencido; permíteme que vaya todos los años á pasar una temporada contigo, pero que nadie lo sepa y que mi nombre se borre de la memoria de los hombres. Sea tu corazón la única página en que yo lo halle escrito cuando vaya á ofrecerte el mío, siempre enamorado, etc.»

Prosiguió el hilo de su discurso, dijo el profesor á Saint Julien, que después de mil vanos esfuerzos para sacar á Rosenhaim de su retiro, acabó Quintilia por consentir en darle su mano en secreto y en

volver sin él á sus Estados; pero desde entonces siempre había ido á pasar todos los inviernos algún tiempo en París, y todos los veranos iba Max á habitar por algunas semanas en el pabellón del parque; siempre había estado embozada en el más impenetrable misterio su permanencia en Monte Regale y siempre llegaba él de improviso, procurando de esta suerte á su mujer la más dulce sorpresa y probándola que contaba con ella hasta el punto de no temer ser nunca mal venido.

—Esta unión ha sido siempre tan feliz y tan pura —continuó el profesor— que bien puede citarse como prueba de la excelencia de las leyes de Licurgo, que imponían á los maridos el deber de no ir á reunirse con sus mujeres sino con todas las precauciones que toman los amantes para no ser observados.

A instancias del profesor, abrió Luis otras muchas cartas de Max y de Quintilia dictadas todas por una ternura exaltada unida á la más absoluta confianza y á la más dulce y santa amistad.

XXII

La lectura de aquellas cartas inspiró á Saint Julien un sentimiento doloroso.

—Bastante he visto ya, caballero —dijo al profesor— si la princesa quiere humillarme con la comparación que hace de mi carácter con el de Max...

—Tengo para mí —interrumpió Cantárida— que la princesa no hace comparación entre los dos; pero escuche usted el resto de esta historia. El día del baile entomológico llegó el caballero Max disfrazado por mí y la princesa, sorprendida en medio de las incomodidades de la diplomacia, que en vano se esforzaba por cubrir con los rumores del baile, jamás recibió á su esposo con tanta alegría. Instalóse

al principio, según costumbre, en este pabellón, pero tomando en consideración las súplicas y las amenazas del duque de Gurk, creyó la princesa que, en vez de ocultar á Max, acaso pronto sería necesario darle á conocer. No es esto decir que la importe justificarse de las horribles sospechas que los gabinetes vecinos afectan abrigar sobre la desaparición de ese hombre, pues bien sabe que no son más que otros tantos ardides; y en cuanto á la opinión pública, harto ha aprendido á su costa el caso de que ella debe nacerse; para doblegar la cerviz ante sus fallos; pero el temor de una guerra le impedirá arrostrar decididamente el resentimiento de un príncipe más poderoso que ella. No quiero exponer la tranquilidad de sus vasallos por una cuestión de interés personal.

Decidióse, pues, que Max dejaría de ocultarse y viviría tranquilamente en el principado bajo un nombre supuesto, con el fin de dejarse reconocer en caso de necesidad. Poco deseoso de mostrarse en público, habita una casa retirada y rara vez se deja ver en las inmediaciones de palacio, por lo que nadie hasta ahora ha reparado en él; quince años de ausencia le han mudado de suerte que no será fácil que le reconozcan á menos que presente pruebas de su identidad, paso que piensan dar cerca del príncipe de Gurk. Han existido entre ellos relaciones particulares en las que no se han conducido el duque de un modo bastante decoroso para desear que Max esté aún en la vida, y ciertamente bajará de tono apenas le diga el esposo de la princesa dos palabritas al oído, lo que piensa hacer esta noche sin ir más lejos, porque es el caso que su alteza, después de haberse reído grandemente de la arrogancia de Gurk, empieza ya á no poder aguantarla.

Ahora que está usted al corriente de todo, sírvase

leer las últimas cartas que Max escribía hace pocos días á su alteza:

«¿Sabes; bien mío, que se habla mucho de tí, y que algunos grandes señores, tan humildes y cortesanos contigo á las luces del baile, murmuran de tí en las sombrías alamedas de tu jardín? Como el pabellón les inspira poca desconfianza, vienen á sentarse en la oscuridad en los bancos que lo rodean, y, separado de ellos por las persianas del saloncito, oigo todas sus impertinentes baladronadas. ¡Dios me libre de repetírselas y de nombrarte los tontos que las inventan! Si creyéndolos tus amigos, te confías á ellos; mi deber sería no ocultarte nada; pero sé el caso que haces de ellos y no lo hago yo mayor de sus sandeces que tú de sus personas.

Quiero, sin embargo, comunicarte una observación que se me ha ocurrido oyendo comentar tus acciones y lo que ellos llaman tus liviandades. Dicen que tus secretarios particulares, tus escuderos y tus pajes son tus galanes, y yo te acuso precisamente de lo contrario, y es de que no los tratas bastante como á personas. Los escojes gallardos y bien formados como si se tratara de comprar un caballo ó un perro, les das empleos y trajes de hombres, pero tanto caso haces de ellos como si fueran de otra especie que tú y yo.

Eso no me parece bien, amada mía. Tú no eres orgullosa, lo sé; no procedes de ese modo más que por sencillez é irreflexión, pero eres imprudente y cruel acaso sin saberlo. ¿No consideras que esos hombres son jóvenes? ¿que son capaces de ambición y de amor? Si alucinados por la esperanza de alcanzar una condición más elevada, soportan lo que tiene de ridículo su condición presente, los envilezcan á sí mismos. Si por cariño á tí se someten á todos tus caprichos ¿no consideras que te es preciso

pagar ese afecto ó pasar por ingrata? Eres bondadosa con ellos, lo sé, nunca los humillas ni con tus palabras ni con tus acciones, los colmas de dativas y satisfaces todos sus gustos con prodigalidad; ellos deben adorarte, Quintilla, por que bien sé cuánta es tu delizadeza en todo, pero no creas que eso basta para hacerlos felices. Si te aman como deben, tus dulces palabras y tus amables sonrisas, por poca sensatez y nobleza de alma que tengan, no pueden consolarlos de la abyección á que los condenas.

A muchos peligros expones su corazón; son jóvenes, irreflexivos, algo preciados de su mérito tal vez... tú los admities en tu intimidad; les muestras sin doblez todo ese carácter exterior de bondad, de alegría y de loca familiaridad que haría perder la cabeza al mismo maese Cantárida si su afición á los insectos no le tuviese en el fondo del pabellón á cubierto de tus inocentes seducciones; y cuando los cuitados se lisonjean de poseer al menos tu confianza, ven que no les has enseñado más que tu vestido. Entonces les aterra no conocer el misterio de tu destino; se preguntan si eres un ángel ó un demonio, uno de aquellos picos de hielo que el sol no derrite jamás ó uno de aquellos negros torrentes que se derrumban con estrépito, talando cuanto se opone á su ciego y terrible impetu. Entonces, Quintilla, esos hombres, si son malos, se convierten en enemigos tuyos; éste, á mis ojos, es el menor inconveniente; tus enemigos no existen para mí; pero á esos hombres, si son buenos, los haces desgraciados; esto es lo que te ha sucedido con Saint Julien.

Créeme, él te quiere, y ya sea amor ó amistad lo que profesa, lo cierto es que sufre de verse que me has dicho de él, es un joven delicado é inteligente; no juegues con reposo, amiga mía, explícate con él; si te inspira más confianza y aprecio que los otros,

no se lo dejes ignorar; si no lo tienes en más estima que á Galeotto ó á su galguita, no le dejes concebir funestas esperanzas, porque tu corazón es mío; bien lo sé, y mi compasión á los demás no llega hasta el punto de querer repartirle con ellos; sábelo Dios.»

Respuestas:

¡«Nos vimos ayer tan de paso, que no tuve tiempo para explicarme contigo completamente acerca de Saint Julien; y pues tengo esta hora disponible mientras él está escribiendo en una mesa inmediata unos despachos que le dicto, voy á quitarte toda inquietud sobre este punto, á fin de no tener que hablarte esta noche más que de tí.

En primèr lugar, convengo en que acaso no estoy exenta de culpa con los demás; soy, en efecto, muy aturdida y á veces harto egoísta en mi fastidio y en mis diversiones, lo que proviene de que siempre vivo sola en medio de todos, sin más que un recuerdo, sin contemplar más que una forma ausente y sin poder participar de las impresiones de los que me rodean. Cuando salgo de mis largas distracciones para caer en medio de ellos en la realidad, me hallo como una sonámbula que hace cosas extrravigantes é inesperadas en un estado que no es ni la vigilia ni el sueño.

Me acusan de ser rara, y conozco, en efecto, que así es la verdad; tengo mil caprichos que se desvanecen antes de satisfacerlos: en los esfuerzos que hago para ahuyentar mi tristeza ó mi alegría interior, parezco brusca y fría á los que un momento antes me hallaban expresiva y cariñosa; procuraré corregirme, te lo prometo, pero mucho trabajo me ha de costar ser como todos los demás, advertir á todas horas lo que pasa alrededor de mí, prever los inconvenientes de cada cosa y evitar el peligro para mí ó para otros.

Uno hay que nunca puedo temer y es el de distraerme de tí; y esta gran seguridad de mí misma en que vivo, esta confianza que tengo en mi fuerza, contra todo lo que no es tú, me hace en apariencia inaccesible á los males ajenos, y es porque no veo, es porque no comprendo lo que dicen, lo que hacen ni lo que piensan; es que ni yo misma sé lo que digo, ni lo que hago pensando en tí. Sí, dices bien, esto no es más que egoismo y tienes razón en reñirme; me corregiré si puedo.

Pero, por ahora, creo que no hay motivo para que estés con cuidado, pues ya no están conmigo los que hubieran podido ser mis enemigos ó mis víctimas; sólo tengo á mi alrededor á Gina, á quien quiero y lo merece, á Galeotto y á Sanit Julien. El tal Galeotto (empecemos por él) es, te lo aseguro, de la verdadera especie de los perros sabios; con él no soy injusta tratándole como á tal; es un títere sin corazón y sin seso, bonito, bien peinadito, con mucho pico para decir fruslerías. A nadie quiere, ni á mí, ni á Ginetta que, sin embargo, piensa algo más en él de lo que le permite su confesor. Le gustan los confites, los lazos, las plumas, el baile, los fuegos artificiales, los caballos, las sortijas de pedrerías y los cumplimientos. Convengo en que lo tomas por su linda figura: ¿sería regular que llevase la cola de mi manto ducal un enano disforme ó un negrito? Antes así era la moda pero una moda muy fea. A mí los monstruos no me inspiran más que horror, y nada me gusta tanto como rodearme de objetos y de hermosos rostros.

En todo me gustan el lujo y la belleza, y todo lo que halaga los sentidos de un modo noble: en esto me parezco á Galeotto, pero tengo de ventaja sobre él una cabeza y un corazón, y mezclo el sentimiento de las bellas artes á mis antojos: eso te gusta en mí,

y á veces te entretienes un día entero en dibujarme un traje de baile; por eso siempre te corresponden sus primicias. ¡Oh! ¡Qué delicia es para mí ponérmelo por primera vez y recibirte en el pabellón con mis más brillantes atavíos de reina! Tú me miras con tanto placer, te pasan por la cabeza tantas ilusiones, tanto amor, tanto delirio y poesía, cuando me posees exclusivamente en todo el esplendor de mi opulencia y de mi coquetería! Porque soy coqueta, tú lo sabes y no lo niego; pero el vulgo no ve más las galas de que tú has gozado antes que él, el vulgo no admira más que tus obras.

Pero volvamos á Galeotto; te digo y te repito que ese nada tiene que temer de mí, nada absolutamente.

Por lo que hace á Saint Julien, no diré lo mismo. También á este le preferí por su buen parecer; pero como hallé en él más bien la expresión de un alma noble que el brillo de una belleza de relumbrón, hice de él, no un paje, si no un secretario particular, es decir, un agradable compañero de estudios, un amigo sinuero, y una especie de confidente de mis proyectos filosóficos, literarios, científicos, políticos, etc., porque ¿qué no tengo yo en la cabeza? ¡Y tú trabajas sin tregua en ensanchar el círculo de ideas en que se lanza mi alma sedienta de saber, no amando más que á tí en toda esa creación que amo á causa de tí!

Mucho quiero y estimo á Sait Julien, no lo dudes; no juego con su reposo, no. Sé que me ama más de lo que yo quisiera; no sé cómo ha sucedido esto, porque creía no haberle hecho ver de mi carácter más que lo que debía establecer entre nosotros una amistad varonil. El mal está ya hecho, pero procuraré repararlo y hacerle comprender lo que puede y debe esperar y conocer de mí: desgraciadamente

se mezclan á su amor sospechas y acusaciones que no me gusta rebatir por sí misma. Allá veremos: puede que sea necesario que me ayudes; volveremos á hablar de esto.

Adiós, hasta esta noche; ámame, Max, ámame tal cual soy; ama mis errores y mis defectos; si tú los tuvieras yo los amaría.»

La siguiente carta, de fecha más reciente que las anteriores, era la última de la colección:

«Pues que no puedo verte hasta esta noche, Quintilia mía quiero sin más dilación escribirte dos letras.

Saint Julien me ha franqueado su corazón; el muchacho te ama con delirio, pero le han llenado la cabeza de absurdas y odiosas calumnias. Le he aconsejado que se quede contigo, y procure convertir su amor en una dulce y serena amistad; coadyuva á sus esfuerzos, sé indulgente y bondadosa con él; seguramente puedes curarle y convercerle.

Pero escucha; despideme inmediatamente á tu paje-cillo Galeotto, como al más venenoso áspid que jamás se ocultó entre flores; échale corriendo; esta noche te diré la razón. Temo también que Ginetta sea culpable de alguna ligereza; veremos.

Luis me ha hablado también de no sé qué trapi-sonda de un reloj y un relojero, de que no he entendido palabra y que no te quiero decir hasta que tenga noticias más circunstanciadas sobre tan ridícula aventura. Lo que me ha dicho Saint Julien me prueba que Ginetta es fiel á toda prueba, y que podemos contar con su discreción; pero acaso demasiado coquetuela, y no harás mal, si se realiza lo que presumo, en hecharle un buen sermón y perdonarla en seguida.

Hasta esta noche.

SPARK.»

—Ahora que va hemos despachado aquí—dijo el profesor—tenga usted la bondad de seguirme.

—¿A donde?—preguntó Luis:—de lo que acabo de leer, veo que he sido el juguete de las más absurdas sospechas, y no puedo creer en una venganza indigna de Quintilia. Déjeme usted que vaya á echarme á sus pies; obtendré mi perdón y...

—De aquí á una hora—interrumpió Cantárida—será usted puesto en libertad. La princesa debe venir aquí con el duque de Gurk antes del baile y usted podrá verla al salir: entre tanto, espero que tendrá usted la bondad de venir conmigo.

Siguió Luis al profesor, esperando poder quitárselo de encima en el jardín, pero al cruzar las calles de árboles que ya empezaban á iluminar los criados, vió que le seguían de cerca los cuatro hombres que le habían preso. Forzoso le fué resignarse y seguir mal de su grado al profesor.

Hiciéronle entrar en palacio por una escalerilla falsa, por lo que supuso que iban á conducirle á su cuarto y tenerle prisionero en él hasta su explicación con Quintilia; pero se engañaba de medio á medio, pues vió que le llevaban á las habitaciones de la princesa.

Entonces el profesor, habiéndole acompañado hasta el despacho de su alteza, le entregó una llavecita, diciéndole:

—Sírvasse usted abrir esa papelera y enterarse de los papeles que contiene.

Saludóle en seguida profundamente y se retiró después de haberle encerrado con llave. Saint Julien la tiró al suelo con despecho.

—¿Y qué me inporta ahora?—exclamó;—¿para qué quiero respetarla, si no trata ya más que de hacer que la tema? ¡Oh Quintilia! ¡Su orgullo me ha perdido! ¿Por qué me ha tratado como á un antiguo

amigo, á mí que no la conocía? Max merece todo su amor por su confianza; pero ¿á quién sino á él ha dado el derecho de creer de esa suerte en ella sin ser ridículo? ¡Ah! hubiera sido preciso adivinarla!

Demasiado exigente ha sido en verdad. ¿No debió conocer el amor que, á pesar de mis sospechas, ardía en el fondo de mi corazón? Aquel odio, aquella sed de venganza, aquella locura que me impulsó al crimen, ¿no eran las consecuencias de una violenta pasión?... ¿Estoy solo aquí? ¿No está escondida detrás de esa pared para ver y oír lo que hago y digo? Quintilia, ¿me escucha usted? ¡Pues bien! ¡Escúcheme! ¡Soy un miserable!... Estoy desesperado!...

No pudo decir más y se dejó caer sobre una silla, derramando un torrente de lágrimas.

Ningún rumor, ningún movimiento respondió á sus sollozos: sólo á la media luz que despedía la lámpara de alabastro, tendía sus tristes miradas sobre aquel gabinete que le recordaba los días más venturosos de su vida.

—¡Oh! ¿qué le diré para disculparme?—pensaba el desgraciado entre sí;—¿cómo podré hacerla olvidar el más grosero insulto que puede hacer un hombre á una mujer honrada?

Ocurrióle en su incertidumbre la idea de conformarse á las órdenes de Quintilia, esperando hallar entre sus papeles alguna carta de la princesa para él, pensamiento que le hizo palpar de alegría.

Abrió la papelera, y leyó por encima todas las cartas que contenía. No había entre ellas una sola línea para él.

XXIII

El cronista de la princesa Quintilia que nos ha transmitido los documentos relativos al caballero

Max no ha podido darnos detalles circunstanciados sobre lo que contenía su papelería.

Tampoco Saint Julien se explicó nunca sobre este particular pero debía ser una colección de cartas autógrafas dirigidas á la princesa, pues sabemos de positivo que, luego que hubo terminado aquella lectura, se cubrió el rostro con ambas manos y quedó sumergido en profundas reflexiones, que cogió en seguida la pluma y escribió lo que sigue:

«Faltaba añadir un testimonio á estos, y se lo doy voluntariamente, señora.

De rodillas en su estancia, solo, y devorado el corazón de remordimientos, declaro que he sido infame con usted, que he pagado sus beneficios con la más negra ingratitud.

Fácil me sería hacer como todos aquellos cuyas firmas he visto en estas cartas, es decir, no someterme á una desgracia merecida, diciendo á cuantos quisieran oírlo que he sido amante de usted; todos lo han dicho, sin curarse de las pruebas de lo contrario que dejaban en sus manos. Sabían que no le permitiría á usted su noble carácter hacer uso de ellas y así la han calumniado impunemente. Yo he sido más criminal que todos ellos, pero no seré tan vil; no responderé con una infame conrisa á los que me pregunten qué ha pasado entre usted y yo durante seis meses de intimidad; antes les diré: «Pidan á Quintilia que les enseñe el testimonio de mi conducta, que tiene en sus manos.» ¡Oh! sí; reciba usted este testimonio, señora, como una expiación de mi crimen, como el grito de una conciencia despedazada por el dolor de haberla ofendido.

Me otorgó usted la casta protección de una hermana y yo la recompensé con insultos y ultrajes; merezco todos los castigos que quiera imponerme; pero crea que no hay ninguno más humillante ni

más cruel que el que yo me inpongo firmando este escrito.

LUIS DE SAINT JULIEN.»

Luis, habiendo dejado este papel sobre los otros, se paseó por el cuarto con profunda agitación.

La hamaca suspendida en medio de la estancia, la lámpara mustia y triste, el abanico de plumas de pavo real olvidado en el suelo junto á una chinela bordada de plata y oro, un resto de perfume que embalsamaba el aire, las doce que daban en el reloj del palacio, todo recordaba á Saint Julien el momento fatal en que le impelió su error á una odiosa tentativa. Con sus remordimientos y su desesperación, su amor se reavivaba más profundo y más grave; arrodillóse junto á la hamaca y besó la chinela como una reliquia.

—¿No hay nadie aquí para compadecerme?—exclamó con vehemencia—porque aún soy más desgraciado que culpable. ¡Oh! vea usted, vea usted mis lágrimas, ¿cree usted que no son sinceras? 'Quintilia; si me oye usted, tenga compasión de mí! Gina, Gina, ¿no me oye usted tampoco? ¿no quiere interceder por mí? Y usted, Max, usted que es feliz, ¿no será generoso conmigo? No me perdonará para que su Quintilia, su esposa me perdone también? ¡Ah! la amo, la amo con pasión, pero soy amigo de usted y no tengo celos y me resigno á sufrir y á llorar!... ¡Usted puede llevarlo á mal, porque bien sabe que estaba loco, bien vió usted lo que sufría mi amigo! ¿No lo es usted ya? ¡Spark! ¿dónde está usted? ¡Solo en usted espero!... ¡Spark! ¡Spark!... Cansado de apurar inútilmente sus fuerzas contra la puerta inflexible, dejóse caer desalentado junto á la ventana entreabierta.

Aquella noche había baile también; habiéndose efectuado una aparente reconciliación entre la princesa y el duque de Gurk, aquella fiesta debía coronar el mes consagrado á los placeres.

Vió Saint Julien el ala principal del edificio que miraba al Celina espléndidamente iluminada; los acentos de la música llegaban á sus oídos, y desde el ala oscura en que se hallaba, podía ver pasar y repasar por las anchas ventanas del salón del baile los magníficos trajes, las plumas, gasas, diamantes y bordados de las damas y caballeros: dos ó tres veces le pareció reconocer el traje griego que casi siempre llevaba la princesa.

Aquel espectáculo exasperó de tal suerte su dolor, que resolvió salir de su inacción, aunque tuviera que echar la puerta al suelo. Pero sin duda se acababa de mudar la consigna, porque la primera puerta á que llegó no le ofreció la menor resistencia, y se halló en los corredores escasamente alumbrados.

Quiso penetrar en el baile, pero no se lo permitieron porque no estaba en traje de ceremonia. Bajó entonces precipitadamente la escalera principal, y á poco rato de estar en el jardín, un personaje nuevo en la corte, pero que Saint Julien se acordó confusamente de haber visto en otra ocasión, se acercó á él, y le pidió con empeño que le concediese un momento de conversación á solas.

—Me parece que su fisonomía de usted no me es desconocida—dijo Luis siguiéndole á un sitio apartado.—¡Sí! No me engañó; ¡usted es Carlos de Dorton!

—¡Silencio!—le dijo el viajero pálido con aire misterioso;—si mi nombre llegase á oídos de la princesa, tal vez haría que me echaran.

—¿Y qué le trae á usted aquí?

—Hablemos bajo, por amor de Dios. Cuando le encontré á usted en Lyón, yo también iba á Italia; hallándome en Venecia, y oyendo ponderar á muchas personas los talentos y hermorsura de la princesa Cabalcanti, el amor el despecho, la esperanza, ¿qué sé yo?... en fin, vine aquí, y con ayuda de un soberbio traje y de un mombre supuesto, he logrado engañar al maestro de ceremonias é introducirme en palacio; pero á nadie conozco, y temo que mi aislamiento en medio de tanta gente inspire algunas sospechas. Tenga usted pues, la bondad de venir conmigo hasta que salga la princesa. Entonces... allá veremos.

—Cualquiera que sea su proyecto de usted—respondió Luis con frialdad,—desde ahora lo tengo por absurdo, con tanto más motivo, cuanto usted no conoce á la princesa, y su aventura con ella es un sueño ó una ficción.

—¿Qué significa ese tono?—dijo, Dortan montando en cólera—en vez de servirme, viene usted á insultarme?.

—¿No es usted relojero?—preguntó Luis.

—¡Yo relojero!—exclamó Dortan estupefacto.—Hace un momento oí decir á una dama que padece usted una inflamación cerebral, y veo en efecto que está usted delirando.

—¡Que estoy delirando!—repuso Saint Julien.—Veamos: ¿quién es usted? ¿de dónde conoce á la princesa? Deme su palabra de honor... Sí, tiene usted razón; creo que estoy loco.

Sentáronse juntos en un banco: después de una brebe pausa, y habiendo reflexionado sobre aquel inesperado encuentro, ocurriósele á Saint Julien una idea singular.

Cansado del penoso papel que estaba haciendo á sus propios ojos, trató de persuadirse de que real-

mente no era culpable, de que Quintilia acababa de engañar de nuevo, y de que la llegada de Dortan era una circunstancia fatal, una previsión del destino para retirarle del abismo en que iba á precipitarse de nuevo: su desconfianza innata se despertó en él con todas sus objeciones y sus dudas. En verdad nunca había visto bien explicada la historia del reloj; podía ser muy bien que la princesa amase á su marido, y lo prefiriese á sus amantes; pero también era posible que se buscase á veces ciertas distracciones, sobre todo, en el misterio y la impugnidad. ¡Con el carácter de Spark era esto tan fácil!

Esta idea, confusamente improvisada en su cabeza, le movió á hacer mil preguntas á Dortan, y tenían las respuestas de éste tal carácter de verdad, que no sabía realmente el pobre Luis á qué atenerse.

—Pero, en fin—le dijo,—¿por qué no la habló usted en Lyon cuando la vió entrar en su coche?

—La ví, la reconocí, y estoy cierto, ciertísimo, de que era ella; pero me miraba con aire tan asombrado, afectaba tan admirable de no haberme visto en su vida, que, la verdad, me turbé, y el temor de dar una campanada me impidió...

Lanzó en esto Dortan un grito, se puso en pié, volvió á sentarse al punto, y asiendo del brazo á Luis le dijo, con voz apenas inteligible:

—¡Allí está! ¡Sí! ¡Ella es, ella es!

—¿Dónde?—preguntó Saint Julien con ansiedad mirando á todas partes.

—¡Cómo! ¿No la ve usted?—dijo Dortan bajando la voz cada vez más,—ahí, á pocos pasos de nosotros... vestida de sultana...

—¿La que acaba de dejar caer su abanico para que le coja aquel chisgarabís?

—La misma.

—¿Y esa es su conquista de usted, su princesa Quintilia?

—¡Sí, lo juro por mi honor!

—¿Bah, bah, amigo mío!—dijo Saint Julien poniéndose en pie para retirarse,—veo que ha padecido usted una pequeña equivocación. Esa es Gina, Ginetta, la doncella, la confidente, la camarista, como usted quiera llamarla.

—¡Es posible!—exclamó Dortan consternado;—¿no me engaña usted?

—No por cierto; acérquese usted á ella sin temor y verá que es una niña muy amable y nada severa. Usted creyó poseer una princesa y ahora se encuentra con que no hay tal. Pero mejor es así, créame usted.

Alejóse precipitadamente y más corrido que nunca de sus eternas sospechas; dió gracias á Dios por haberle hecho vencer la última, y se dirigió hacia el pabellón en que se hallaba á la sazón la princesa con el duque de Gurk, resuelto á merecer su perdón con el más ferviente arrepentimiento.

XXIV

Acercóse al pabellón sin ningún obstáculo, pero todos los esfuerzos que hizo para hablar á la princesa en el jardín, al que salió poco después entre numerosa comitiva, en la cual vió á Dortan que parecía no haber sido del todo mal recibido por Ginetta, y todas las diligencias que practicó fueron igualmente inútiles.

Dirigióse á la casa de Spark, pero estaba desierta; le esperó hasta el amanecer, pero en vano; en fin,

rendido por el cansancio, tomó el partido de alquilar un cuarto en una posada.

Después que hubo tomado algún descanso, fué á palacio y entro en su habitación, en la que halló al buen abate Scipione que lo recibió con su acostumbrada urbanidad y le dijo:

—Aquí me tiene usted ocupado en arreglar sus efectos a fin de empaquetarlos y transportarlos al sitio que usted me indique. Su alteza nos ha hecho saber que algunos intereses de familia le obligan á usted a dejarnos, por lo que estoy traspasado de sentimiento y ocupado en instalarme en esta estancia, pues es la volverme el empleo de secretario particular que ocupaba antes del señor conde.

Saint Julien, demasiado orgulloso para mostrar su dolor, indicó al abate la posada en que se había instalado interinamente.

Después de nuevas é inútiles tentativas para ver á Quintina y á Spark, resolvió esperar algunos días, persuadido de que recibiría de un momento á otro el perdón de la princesa; pero no fué así. En fin, llegada la noche del tercer día, le ocurrió la idea de ir a ver a maeese Cantarida y de humillarse hasta el punto de suplicarle que intercediese por él.

—Ignoro absolutamente—le dijo el profesor—los motivos que han dictado la conducta de su alteza con respecto a usted; no he hecho mas que obedecer puntualmente sus ordenes sin saber ni tratar de averiguar sus causas. Si usted me pide explicaciones, no puede dirigirse á peor conducto; pero si me pide usted un consejo de amigo, hele aquí. Póngase en camino y no espere aplacar á su alteza; jamás la he visto revocar una decisión formal: así como le cuesta mucha violencia emplear el vigor, le es imposible retroceder cuando una vez se ha deci-

Hecho á castigar. Atendiendo á que le han sido á usted entregados con toda exactitud á fin de cada mes los emolumentos de su empleo, no le hará á usted la princesa, como el señor de Stratigopoli, la afrenta de ofrecerle dádivas que usted rehusaría sin duda; limitase, pues, á exagerarle de su destino lisa y llanamente, y es de suponer que desea que no haya en esto ninguna humiliación exterior para usted, pues no se le ha oído la menor expresión de descontento ni ha expedido ninguna orden pública que le obligue á usted á salir de sus Estados. Con todo, salga usted de ellos, se lo aconsejo, antes de que sus vanas súplicas le atraigan los sarcasmos de sus enemigos y la nota de imprudente ó importuno.

Conoció Luis que el profesor tenía razón; la conducta de Quintina implicaba un desprecio más profundo é irrevocable que todas las muestras de indignación y enojo que había esperado.

Al siguiente día por la tarde, paróse á la puerta de su posada una silla de posta con las armas de la corte; se apeó de ella el abate Scipione y haciéndose introducir en el cuarto que ocupaba el joven, le dijo:

—Abajo está, señor conde, el carruaje que ha hecho usted pedir á su alteza para conducirle hasta Milán.

Antes de que hubiese dado Saint Julien en lo que debía responder, entraron los criados, cerraron sus baules, los ataron a la zaga del coche, y haciendo como que obedecían sus ordenes, le empaquetaron, por decirlo así, con su equipaje: hizo el abate mil respetuosos saludos y partieron los caballos á todo galope.

Al salir de la ciudad trajeron otros criados de su alteza á un hombre embozado en una capa y le hi-

cieron sentarse junto á Luis; el embozado era Galeotto.

—¡Loado sea el cielo!—exclamó el paje,—¿todavía estás por estos mundos de Dios? Ya había rezado un padre nuestro por tu alma.

—Mil muertes preferiría al pesar que me devora—respondió Saint Julien,—pero, ¿de dónde vienes y qué ha sido de tí desde que nos separamos?

—Ahora salgo del cautiverio en que me dejaste; con la única diferencia de que me pusieron en una pieza más cómoda y mejor ventilada que nuestro maldito calabozo. Hace un momento que me pusieron en libertad, después de haberme leído una sentencia de destierro perpétuo, acompañada de su correspondiente promesa de pena de muerte, si vuelvo á poner los pies en el territorio de su alteza la princesa Quintilia de Cavalcanti, etcétera, etc., lo que, si Dios quiere, no me sucederá jamás; de ello pongo por testigos á todos los santos y á todos los diablos.

Escuchó Galeotto, no sin sorpresa, pero con poco arrepentimiento, la relación de las últimas aventuras acaecidas á Saint Julien. Algo conmovido al principio, acabó por dar mate á su compañero riéndose de que tan pronto se dejase abatir por la adversidad.

Cuando llegaron á Milán, abrió su cartera, que le habían devuelto con el resto de su equipaje, y en ella halló en billetes de banco la suma que rehusó pocos días antes. Guardóse muy bien entonces de rehusarla, y se despidió de Saint Julien, no sin ofrecerle antes sus servicios que éste no tuvo á bien admitir.

Luego que quedó solo, titubeó Saint Julien acerca de lo que debía hacer, y estuvo enfermo por espacio de algunos días, perdió por fin todo resto de esperanza y se encaminó á Normandía, su patria.

Cuando pisó los umbrales de la casa paterna, llegó á sus oídos gran bullicio de cánticos y estrepitosas carcajadas. «Se conoce, dijo entre sí, que mi familia y que las pesadumbres no han quitado la vida á mi padre.»

Halló al buen hidalgo sentado á la mesa en medio de sus amigos; recibióle todos con los brazos abiertos, más proto disipó aquella primera impresión de alegría el disgusto que le causaron los chavacanos cantares y tosca afabilidad de los convidados.

Levantóse de la mesa á los postres y recorrió la casa del jardín buscando alguna dulce memoria, algún grato consuelo, pero el recuerdo de su infancia, tan triste y comprimida, le hizo sentir más y más sus amargas presentes.

Procuró durante algunas semanas acostumbrarse á la vida que hacían sus padres, más pronto tuvo que renunciar á ello y fué á establecerse en París.

Por largo tiempo sufrió, por largo tiempo estuvo su alma cerrada á la esperanza de una nueva vida y de nuevos afectos; por fin el estudio le salvó de la desesperación, y poco á poco se fué restableciendo su salud, gravemente quebrantada bajo el peso de la desgracia y del dolor.

Un año había transcurrido cuando, una noche de invierno, al salir del teatro de la Opera, vió pasar una mujer cubierta de diamantes y pedrerías, tras de la cual se precipitaba el gentío.

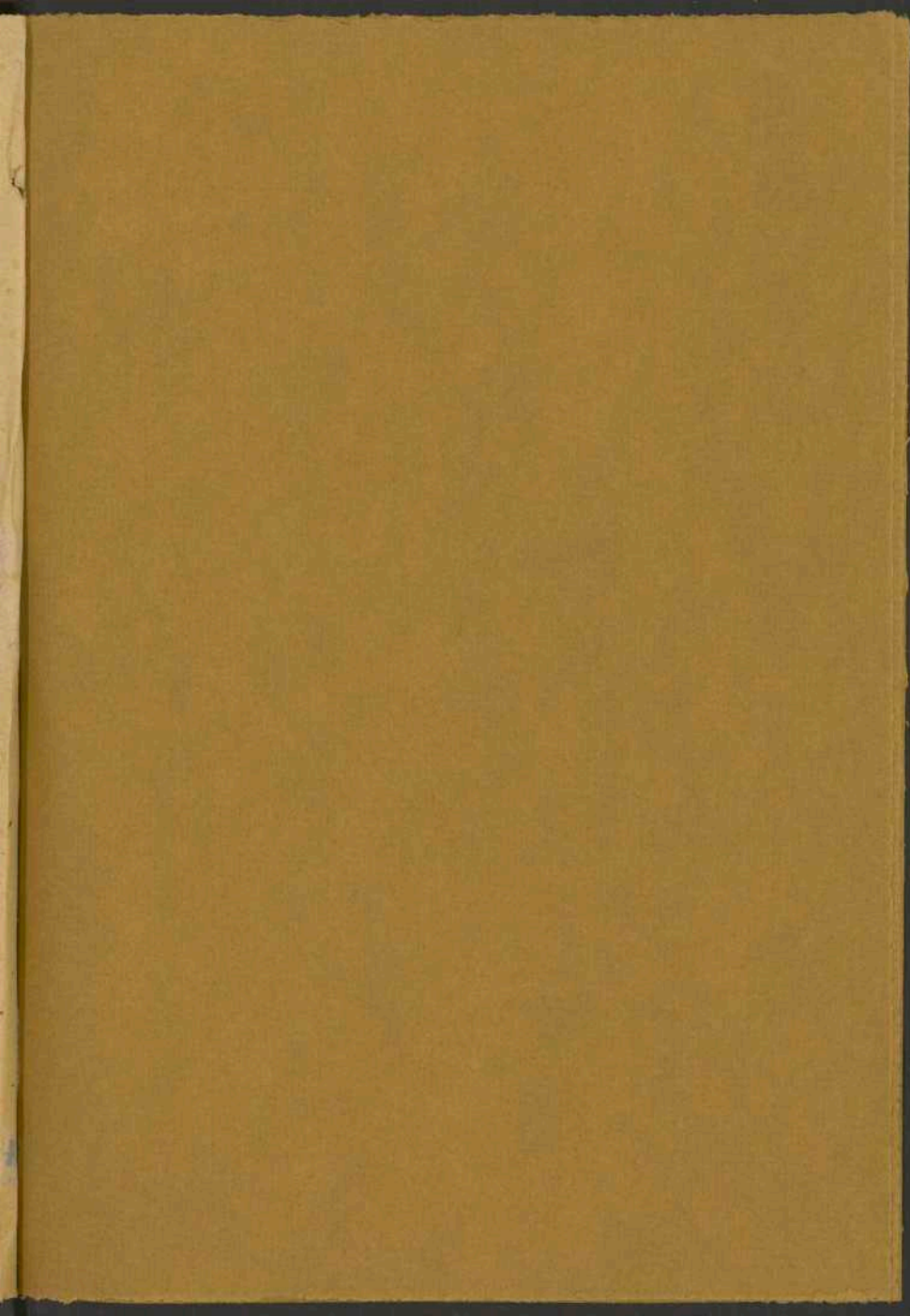
Aunque no pudo más que atrever su rico traje de terciopelo y sus hombres desnudos, se estremeció profundamente y estuvo á punto de desfallecer; si-

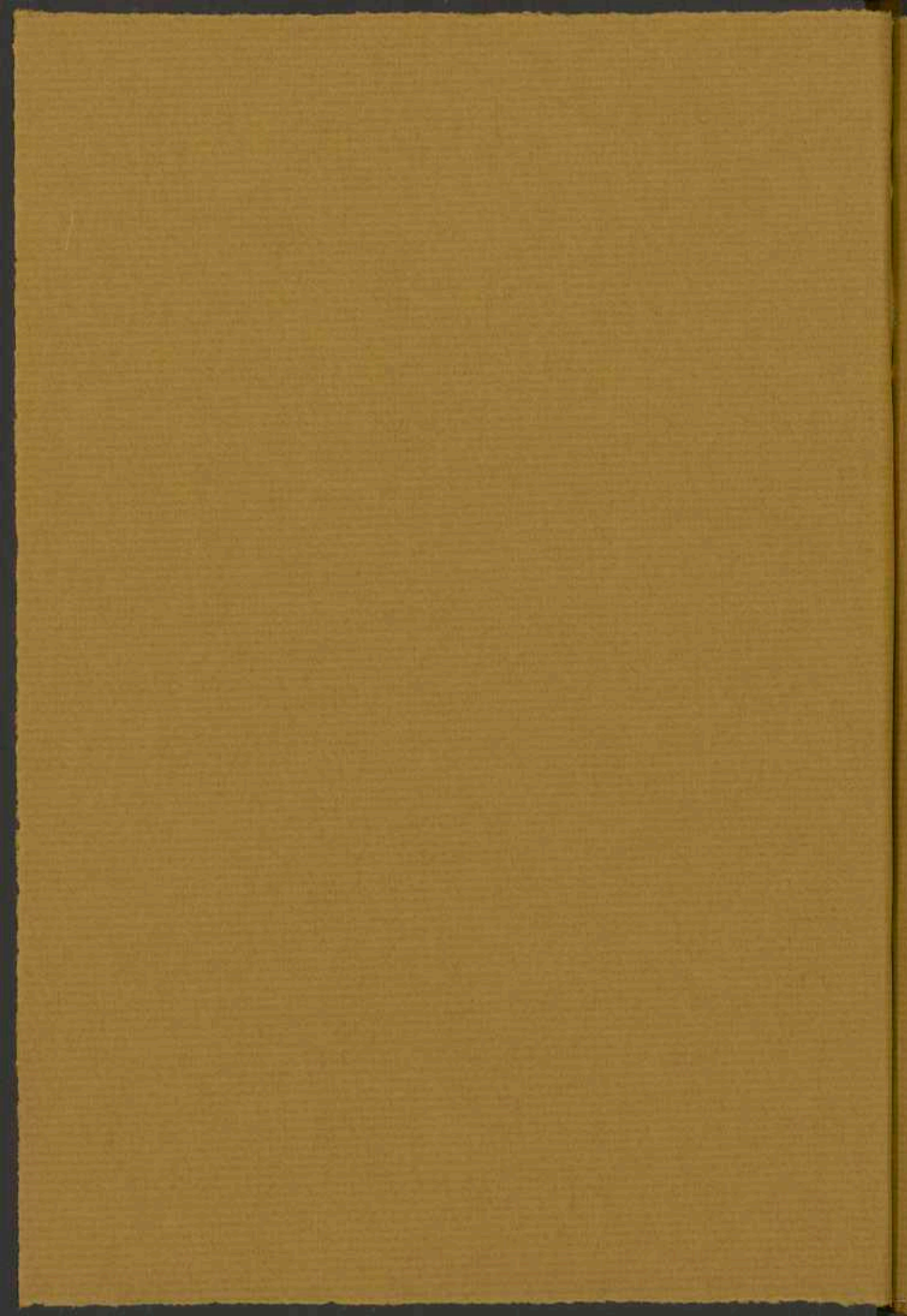
guióla como la demás y reconoció á la princesa Quintilia.

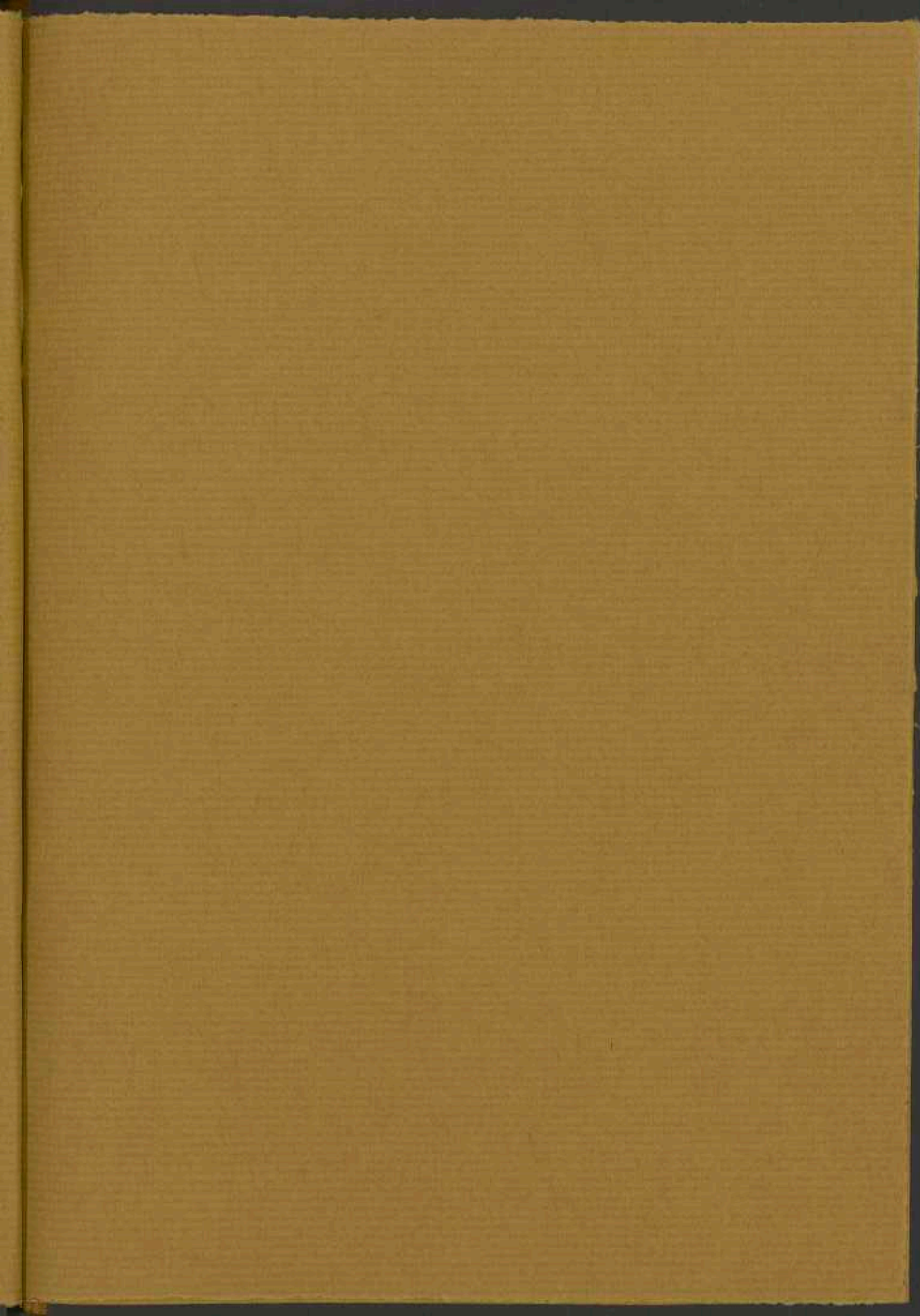
En el momento en que ponía el pie en el estribo para entrar en su coche, voló hacia ella llamándola; pero ella le miró de hito en hito con asombro, mandó á sus lacayos que cerrasen la portezuela; levantó el vidrio y desapareció.

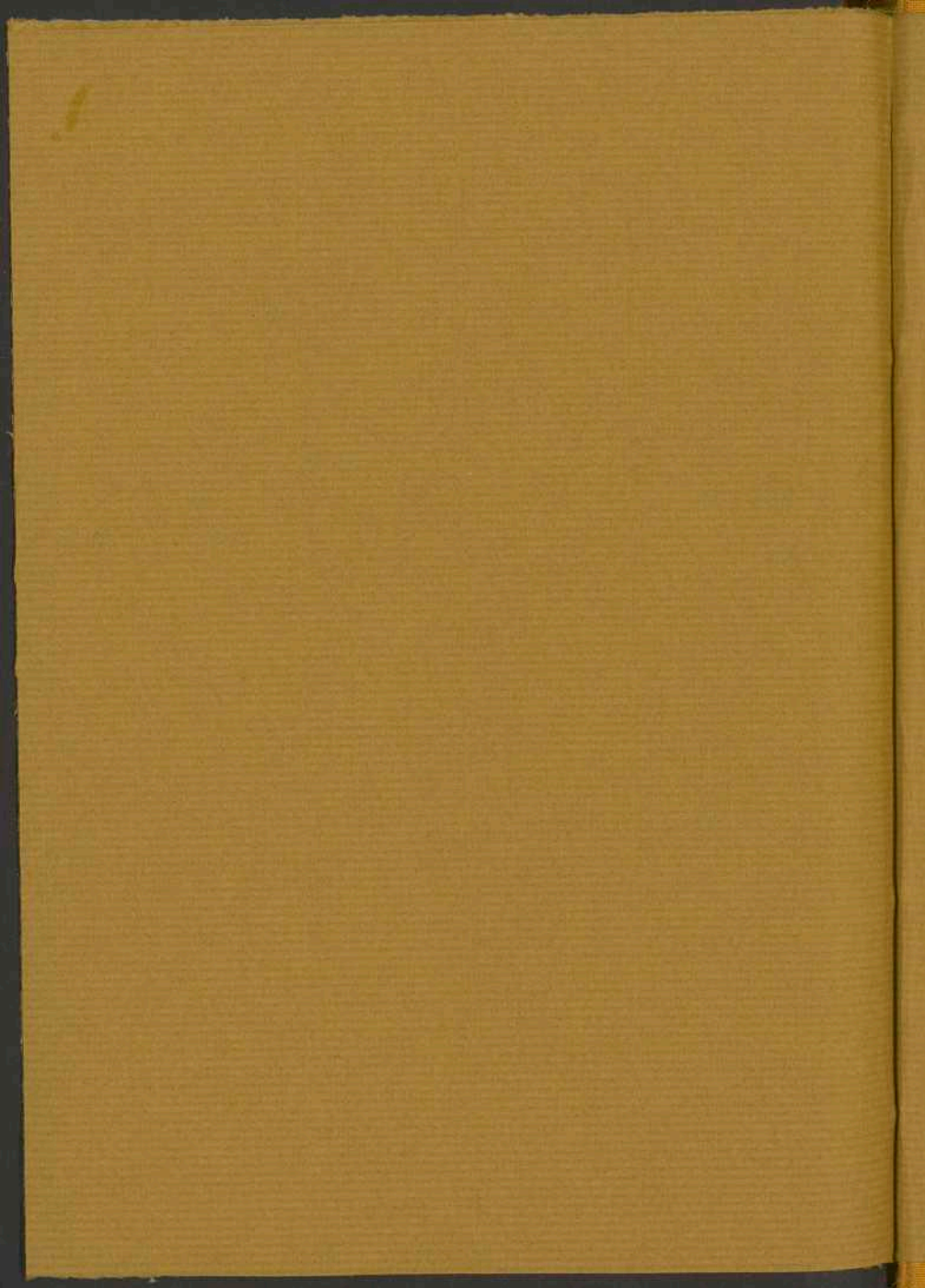
Aquella fué la última vez que la vió Saint Julien.

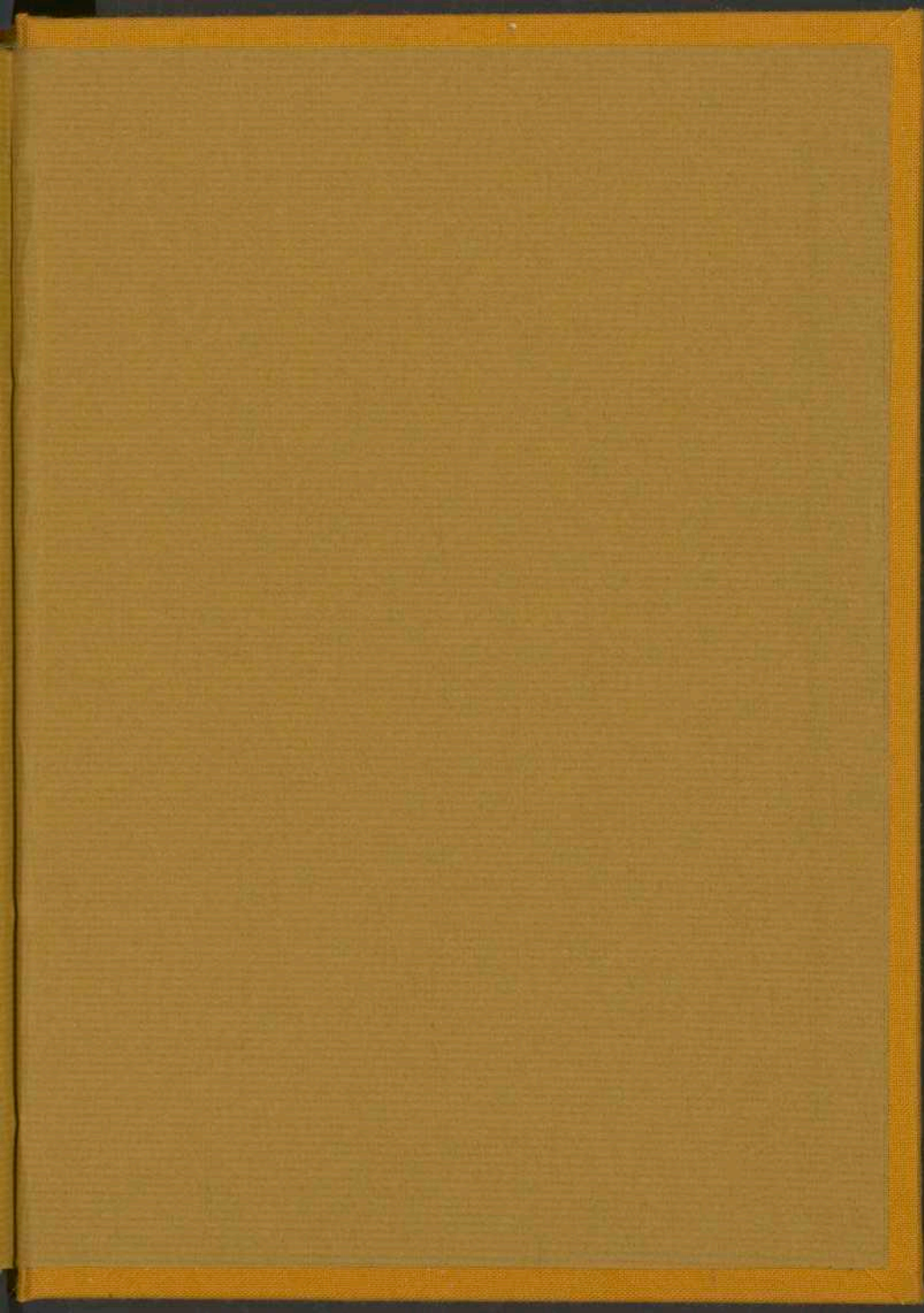
FIN

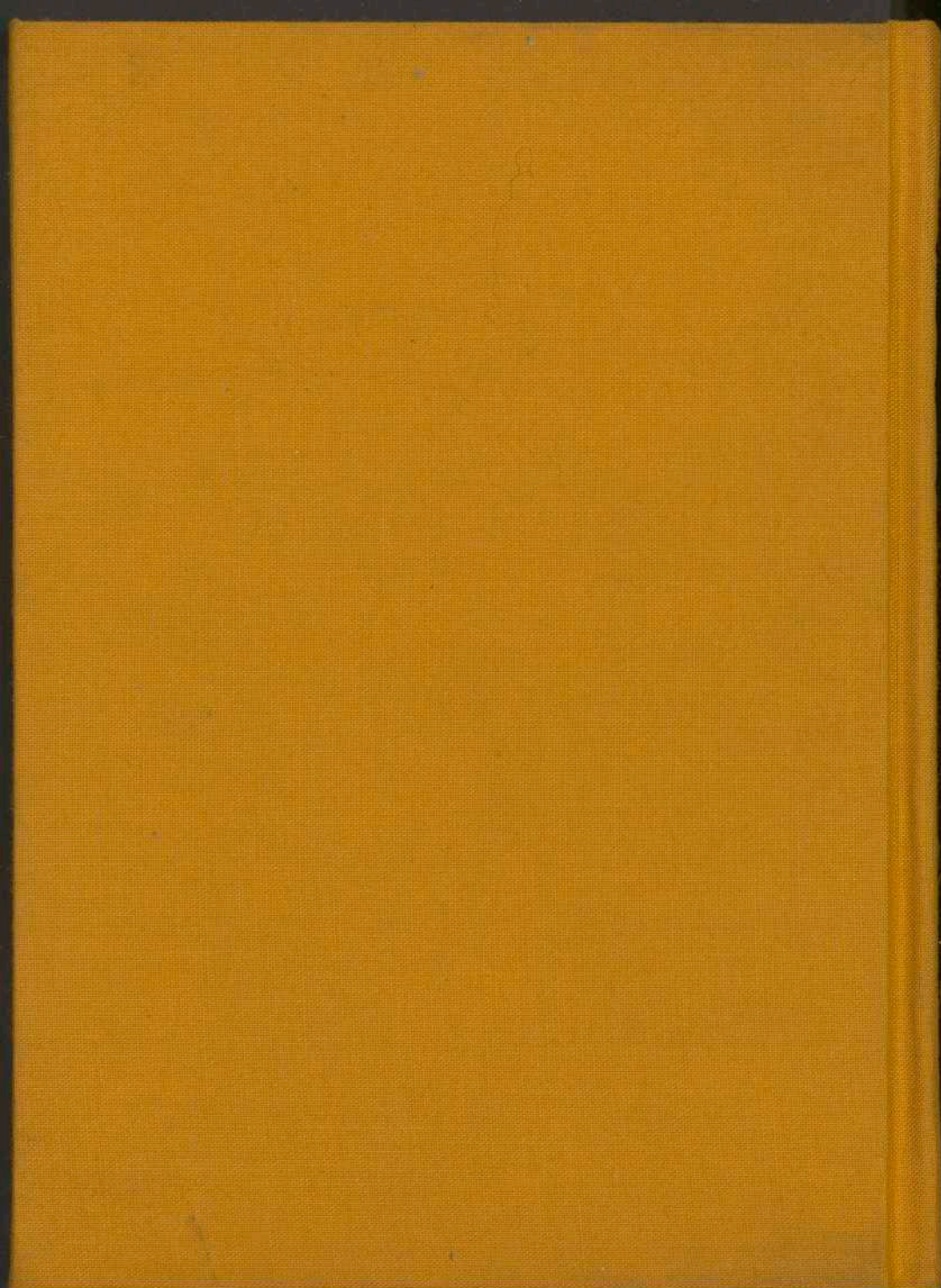












FOLLETO
A RIOT